

3 2775 9283909 0



UVIC - McPHERSON


LUIS ALBERTO SANCHEZ

Balance y Liquidación del Novecientos

¿Tuvimos maestros en nuestra América?



UNIVERSITY
OF VICTORIA
LIBRARY



Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

BALANCE Y LIQUIDACION
DEL NOVECIENTOS

¿TUVIMOS MAESTROS EN NUESTRA AMERICA?

LUIS ALBERTO SANCHEZ

LC

BALANCE Y LIQUIDACION DEL NOVECIENTOS

¿Tuvimos maestros en nuestra América?

(Tercera edición corregida)

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

LIMA, 1968

UNIVERSITY OF VICTORIA
LIBRARY

IMPRESO EN EL PERU

ARIEL: "Ariel anima el canto con sonidos de celestial pureza: su eco atrae a los muñecos y también a las hermosas".

GOETHE, *Fausto*
(Sueño de la Noche de Walpurgis)

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION (1955)

El texto original de este libro fue escrito entre 1936 y 1939, cuando en el mundo subía la oleada fascista; no obstante su fundamental carácter literario, el autor trató de presentar también el peligro que significaba para la juventud el divorcio entre la palabra y la acción en sus maestros más inmediatos, los hombres del Novecientos, es decir, los que alcanzaron su madurez después de 1900, los que anteceden a la beligerante generación de 1918-1920, a la Reforma Universitaria. Los años corridos han demostrado el terrible riesgo de tener maestros que, bajo el disfraz de una prédica idealista, rindan culto al más parvo materialismo, y que, panegiristas de la libertad teórica, se rinden ante la autocracia y hasta la elogian como un sistema plausible de gobierno.

A menudo ocurrió igual; pero pocas generaciones exageraron más el gesto, sin tener en cuenta la conducta, que la del Novecientos. Desde luego, hay en ella magníficos exponentes de honestidad y de efectiva congruencia entre el decir y el hacer (y el más importante, Rodó predecesor y maestro del novecentismo). Sin embargo, la tónica general no fue ésa; lo estamos palpando en los hechos hasta ahora.

Tal contraste originó la rebeldía general de la promoción de 1920 frente a sus maestros, no por creerse mejores, sino a causa de una inevitable actitud de fiscal y como resultado de la profunda diferencia señalada entre unos y otros por la paz de 1918; tanto que hemos juzgado conveniente eliminar de aquel texto original —revisado en 1940

para entregarlo a los linotipos— parte de los juicios y comprobaciones meramente estéticos, y, en cambio, hemos agregado y reforzado los aspectos social, ideológico y ético.

Más de una vez se nos ha acusado de injustos en el “ataque” a los novecentistas. Imputación falsa. Pocos admiran más que nosotros a aquellos que fueron nuestros reverenciados modelos de la niñez, la adolescencia y la primera juventud: no se bebe impunemente durante veinte años de un solo manantial sin aficionarse a su sabor. Se ha repetido que somos autores de una campaña de diatriba contra Rodó: nuestro primer artículo recordable, en 1917, poco después de cumplidos los dieciséis años, fue un elogio a Rodó, quien acababa de fallecer en Italia. “El Anti-Rodó”, artículo publicado en 1932, lejos de negar al autor de Ariel, exalta a éste en sí, pero denuncia la “falacia” de sus discípulos, y el contrabando político, oligárquico y dictatorial encubierto bajo el limpio marbete del insigne uruguayo. En 1941, un Ideario de Rodó corrobora nuestra sincera admiración al egregio autor de Los Motivos de Proteo.

Aunque buena parte del presente libro está dedicado a esclarecer el fenómeno modernista, no se trata de una obra de crítica literaria. Tampoco es nuestro punto de enfoque, el estético ni el totalmente objetivo. Debemos confesar y confesamos que nos interesa mucho más el aspecto ético y social del fenómeno, y que no podemos librarnos del peso de nuestra propia posición. Si el modernismo fue un movimiento integral, el arielismo también lo fue, y el de nuestra generación lo es. No hablamos como miembros de partido, sino de una época marcada a fuego por las consecuencias de la Primera Guerra Mundial. Diferimos de nuestros predecesores por muchos conceptos, pero hay muchos que nos unen. A primera vista es difícil descubrir la conexión posible entre hombres tan aparentemente dispares como Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, Gabriel del Mazo, César Vallejo, Julio Antonio Mella, Daniel Cosío Villegas, Pablo Neruda,

Rómulo Betancourt, Benjamín Carrión, etc., pertenecientes a la generación conocida como la de 1920. Pero existe un vínculo firme entre todos ellos: la inquietud social, el sincero descubrimiento del pueblo, la capacidad de darse a la lucha. En cambio, hay una diferencia fundamental entre cualquiera de éstos y aun los más avanzados de la generación del novecientos, llámense José Ingenieros, Alberto Masferrer, Emilio Frugoni; no se diga, tratándose de Francisco García Calderón, Manuel Díaz Rodríguez, Laureano Vallenilla Lanz, Carlos Arturo Torres, etcétera.

Habíamos pensado convertir este libro en uno más abundante y documentado: RAIGAL nos insta a transformarlo en uno más condensado y doctrinario que plantee los términos agudos del problema: es lo que hemos hecho.

Santiago, 1955

L. A. S.

PROLOGO A LA TERCERA EDICION

Salvo algunas precisiones y condensaciones en relato y juicios, y unas pocas adiciones bibliográficas, el texto de esta edición difiere muy poco de la segunda y ha restituido el título original, de la primera. Hasta aquí el panorama es el mismo.

Lima, 1968

L. A. S.

P R E F A C I O

EL DRAMA DE LA ORIENTACION

“La generación que se levanta es siempre acusadora y juez de la generación que desciende”.

MANUEL GONZÁLEZ-PRADA

“Nuestra generación no tuvo maestros, porque los vio a todos claudicar...”

V. R. HAYA DE LA TORRE

No puedo evitar que este libro contenga algo de autobiográfico. El tema lo requiere. Nacido yo en 1900 — el proceso de lo que entonces encarnaba el espíritu de América es parte de mi propio proceso. Me es imposible enjuiciarlo, sin participar, yo mismo —como acusado, como relator y como fiscal— en tan apasionante asunto. El drama de 1900 es el drama de los hombres que lo protagonizaron, y el de los menores que, a través de aquéllos, hubimos de soportar y soportamos sus resultados. Nuestra adolescencia dióse de manos a boca con la majestuosa estatua de Rodó, y vibró con las dianas de Chocano, los violines de Darío, el cientifismo de Ingenieros, la inquietud de Vasconcelos y las exégesis de Francisco García Calderón. Ellos y otros más, que

irán desfilando después, fueron los “maestros” de nuestra primera juventud. La ciega admiración o, mejor dicho, el deslumbramiento de entonces, se vio seguido por una sañuda reacción contra los adalides. En 1925 quemé definitivamente los ídolos de “mi 1914”. La mayoría de edad se afirmó en mí tan sólo cuando, desencantado del espejismo novecentista, dirigí el paso a través de nuevos senderos.

Podría creerse, por las líneas anteriores, que me propongo emprender un ataque frontal contra el novecentismo o “arielismo” y sus mantenedores. Nada de eso. Sé lo mucho de bueno que éstos produjeron y, en contraposición, he meditado largamente sobre cuanto de nocivo nos brindan y brindaron. Quien abrigue dudas acerca de la vigorosa influencia del medio y la realidad económica, sobre el pensamiento humano, encontrará aquí ocasión para revisar su criterio. El novecentismo brotó del confort, y lució y luce como flor de invernadero, como exponente de lujo. Su expresión y su ideario —su estilo— traducen alegría de disfrute, júbilo de vivir. La alegría nunca ha sido ni será un delito a condición de que revele salud. Y la salud espiritual proviene de la justicia, no del placer engendrado por la indiferencia ante el dolor de los demás. Los que piensan que en el revolucionario es indispensable la acritud, confunden la indignación (germen) con la revolución (fruto). También existe goce en trabajar y combatir — y en ser combatido.

Pero, volvamos al aspecto confidencial, al episodio íntimo de este libro pensado en voz alta. Si el camino más corto para dar la vuelta al mundo se encuentra en uno mismo, alguna utilidad tendrá mezclar, aquí, nuestros actos con los ajenos y concentrar las inquietudes de cierta generación en uno de sus componentes.

Con ello, además, satisfago un imperioso mandato que Coleridge sintetizó en dos versos:

*till my ghastly tale is told
this heart within me burns.*

*(mientras no concluya mi cruel relato
arderá, por dentro, mi corazón)*

* * *

Cuando abandoné el colegio en 1916, José Enrique Rodó brillaba cual Sumo Pontífice de la cultura continental; su *Ariel* era nuestra Biblia. Frecuentemente discutíase en las revistas si el poeta de América era Darío o Chocano. Nuestra angustia púber hallaba su mejor expresión en el lamento nirvánico de Nervo y en las declamaciones frenéticas de Vargas Vila. En algunos resaltaba la atribulante influencia del “Nocturno” de Silva, y en no pocos chisporroteaba el paradojismo de ese Wilde criollo y cotidiano que era —¿es?— Soiza Reilly, o los alquitaramientos verbales de Ventura García Calderón. La eruditez solía tentarnos a menudo y llegábamos a pensar que el libro es el que hace al mundo; y no que el mundo engendra al libro. Para ese entonces —niño prodigio de hogar mesocrático—, yo había publicado numerosos artículos en revistas escolares. Ya egresado del colegio, inicié un periódico que se titulaba pretenciosamente, *Lux* (1916). En él colaboró con estrofas místicas José Carlos Mariátegui. La segunda revista que “hice”, ya universitario, llevó, desde luego, como rótulo el de *Ariel* (1917). En ella, publiqué un artículo rindiendo homenaje a Rodó que acababa de morir, y otro a Chocano, que nos llenaba los oídos con su verso tonante. Incorporado, en seguida, al periodismo y a la literatura, dediqué en *Revista de Actualidades* (1917), un breve elogio a Evaristo Carriego, el sentimental poeta de barrio bonaerense. Mis tutores en andanzas literarias, eran miembros disidentes del novecentismo, pero marcados

para siempre por su amor al verbo: Abraham Valdelomar, José Carlos Mariátegui y, sobre todo, ese romántico y patético Ladislao F. Meza, bohemio, erudito e inconforme: hombre de ideas de mañana y corazón de ayer. Pero, mis “profesores” militaban todos en el arielismo que se había adueñado de cátedras universitarias, sinecuras burocráticas, secretarías de legaciones y direcciones de revistas, y que alimentaban en su espíritu esa tendencia que Romain Rolland ha denunciado en *Quince años de combate*: “la mentira idealista de los estetas y rectores”.

Sin embargo de que aparentemente, nos desarrollábamos bajo una orientación unitaria, en realidad carecíamos de guías. Nuestros modelos, nuestros maestros de ultramar —¡y las miradas se hallaban todas puestas en ultramar!— pertenecían a encontradas escuelas. En Filosofía nos debatíamos entre Bergson, Guyau, Boutroux, Renouvier, Ribot y Wundt; pero, en sociología, eran Spencer y otra vez Wundt los que imperaban. La estética la determinaba a ratos Croce y a instante caíamos en experiencias diversas, a través de Winckelman, Guyau y Fouillée. Todo era clima europeo. La historia de la civilización se regía por Gustavo Le Bon en pugna con el derrotero oficial spenceriano de la cátedra de Sociología General. En Lógica campeaba Filippo Masci, y en teórica de la historia no atinábamos a decidirnos entre *La evolución creadora* de Bergson, *Los primeros principios* de Spencer, la *Teoría de la historia* de Xenopol y, de cuando en cuando, la mano peluda del Enemigo, en ese entonces no temido, Karl Marx! ¡Cómo me enternecen los recuerdos de aquella edad paleolítica en que un profesor creía borrar con una sola palabra suya todo lo que el “materialismo histórico” significó para la sociedad! Esta teoría se analizaba en treinta líneas de la *Lógica* de Filippo Masci, y en una página de *Filosofía del Derecho* de Icilio Vanni, ¡Hasta la oratoria hubimos de absorberla en el ágil texto, penosamente traducido, del

italiano Angelo Majorana! Luego, en la vida, hemos aprendido muchas cosas, muchos ardidés que ignoraba nuestro meritísimo y bergsonianó profesor del *Arte de hablar en público* . . .

Al salir de aquel laberinto mental, aterrizamos en la realidad. Nuestros profesores nos incluían en sus equipos ideológicos y nos tendían la mano a condición de “idealistas”. Asistí durante dos o tres años a la tertulia de *Mercurio Peruano*, en donde, como aperitivo para un perfumado chocolate virreinal, se platicaba mucho sobre todo lo abstracto que gasifica el mundo y rara vez sobre problemas actuales. Ahí se exaltaba un heroísmo no siempre practicado. El único que lo puso en ejecución, Edwin Elmore, desertó de la “protervia” —así se llamaba aquel interesante y culto grupo constituido por banqueros, diplomáticos, diletantes, escritores y profesores universitarios—, y rubricó con su sangre la adhesión prestada a una fe.

¡Fe! ¡Pobre Elmore: hombre abstracto que, al anclar en los hechos, halló la bala de Chocano, hombre realista que en su verso cantaba sonoras abstracciones! Pensaban todos aquellos personajes, cerca de los cuales amaneció mi juventud, que el escritor —el “intelectual”, como ellos decían—, debía vivir casi al margen de la acción, sin ocuparse de la política, aunque usufructuándola. Su “idealismo” radicaba más en la palabra que en la conducta. Para renovarse, viajaban. De sus fugas al mundo distante, volvían cargados de estampas y nuevos trajes ideológicos. Creían que “renovarse es vivir”, sin caer en la cuenta de que esta máxima, invierte los términos de la verdad, puesto que vivir puede ser renovarse hasta que se arriba a una convicción, a la cual se arraigan en adelante actividad y esperanza.

Yo también partí para renovarme; regresé desorientado. Asomaba a mis veintitrés años, y ya, por haber publicado un libro erudito y otro de exégesis literaria, figu-

raba en esa legión decorativa de “los jóvenes literatos que más prometen para nuestro país”. Había encontrado en mi recorrido a muchos “profesores de idealismo”, análogos a los de mi Lima nativa, y en la confidencia al viajero que pasa me revelaron sus amargas dudas, y mostraron el drama de su reiterada servidumbre, porque no se prepararon para la vida militante que la incipiente crisis traía consigo.

Ahora, acendrado aquel “humano ardor”, cotejo mis comprobaciones con las que un discurso necrológico arie-lista dejó caer sobre la tumba de alguien que se fue antes de la cuenta. El oficiante, don José de la Riva-Agüero, hablaba ahí del “fracaso” de su generación, la que, en verdad, no fracasó, sino que no se preparó para una época distinta a la de su nacimiento. Fracaso fue el del oficiante; no el de los demás, que algunos encontraron su camino “a tientas y gimiendo”. Pero, de las palabras de aquel sermón fúnebre, pronunciado sobre la tumba limeña de don José María de la Jara y Ureta —noviembre de 1935— fluye una lección aprovechable. Manifestaba el sermonero que su “generación” profesó amor a la libertad, pero que, desengañada de aquel “error”, emprendió la obra de robustecer a la autoridad política y, al dogmatismo religioso. Empleando términos romanos, el adulado “populus” se convertía en “plebs”. Populus, mientras fue sumiso y no usó la protesta: plebs, ambiciosa y criminal, apenas el hambre y la inconformidad plantearon ante los ojos del novecentismo el problema del reajuste urgente. “Olocracia” había, pues, que llamar a la “democracia” voceada antaño.

Desde luego, es indispensable corregir el vicio de lenguaje que importa el término “generación”. Podríamos hablar de “promociones”, mas no de “generaciones”. Cada grupo de hombres enmarcados por la cronología de una generación no tiene iguales propósitos. Aunque nacidos en una misma época, con la escasa distancia de dos años,

José Ingenieros y José Enrique Rodó, hay, sin embargo, entre ambos una visible diferencia de tónica. Aquél abrazó el positivismo y luego el marxismo con algún retraso y poca gracia de estilo, viendo ansiosamente el problema del imperialismo y la raíz económica de nuestras anarquías y oligarquías. Este permaneció atado a su altar "idealista", fija la mirada en el porvenir sin cuidarse mucho del presente, a merced de cada empuje de los hechos siempre materializados y materialistas.

Existe un tono característico en cada época, pero no hay idéntica ideología en los hombres, que constituyen una generación. El novecentismo se nutrió de confort, de influencia económica extranjera, vivió de la avalancha monetaria del imperialismo, del eco remoto del neoidealismo francés. Pero ante esos hechos que determinan un clima social, los hombres reaccionaron de modo diverso: los unos hurgando el problema de la injusticia, los otros sumándose al poder.

Desventuradamente para la promoción "arielista", la mayoría de sus representantes adoptó la segunda actitud. Prefirieron lucir, brillar y gozar, a sufrir y, sufriendo, desarticular la injusticia para reconstruir un orden nuevo. Por eso se refugiaron, sin premeditación acaso, en un "idealismo" cómodo. Para la promoción posterior, la de 1920, el clima *devino* social, pero ¡ay! no pocos prefirieron navegar en los empavesados bajeles del arielismo oficial.

La palabra conducta, encierra profundo significado. En él estriba nuestra diferencia fundamental con la promoción arielista. "Sólo en agosto de 1914 fue cuando, a pesar mío, ingresé en la política —escribe Romain Rolland al iniciar su libro *Quince años de combate*—. Hasta entonces me hallaba impregnado de la ideología de mi tiempo y de mi clase, que denuncié, al fin de esta introducción, como la ideología del hombre abstracto, apartado (se de-

cía entonces, liberado), de las contingencias de la vida política y social. No parecía digno de un escritor ocuparse de ello". La "ideología" de que habla Romain Rolland es, en verdad, la conducta. Y como ésta implica un problema ético, llegamos ya a lo más sustantivo de la discrepancia con los gonfaloneros del Novecientos: ellos mantuvieron un criterio estético, deslumbrador pero egoísta, erudito, pero circunscripto y ajeno a nuestra realidad; hoy prima un criterio pragmático-ético, tal vez opaco, pero solidario, amplio y propio, hondo y social.

Mientras ellos —los "estetas y rectores"— exhibían su ironía; el dramático curso de los acontecimientos condujo a la gente nueva hacia el patetismo. No es admisible la impasibilidad ante el desgarramiento humano. Nerón literario, algún historiógrafo del Novecientos, se gozó en contemplar persecuciones y hecatombes, pero su gula y apoltronamiento lo castigaron dificultando el funcionamiento de sus secreciones internas y favoreciendo una viteliana obesidad eunuca.

El estetismo contagió a buena parte de la promoción del Novecientos. A unos les sirvió para darnos bruñidas páginas, intensas a veces y siempre brillantes. A otros, para desleir las ideas en forma demasiado puntillista. Ganaron los literatos; perdiendo los pensadores. Y como a los jóvenes suelen deleitarlos aquéllos, y estructurarlos éstos, es lógico que hayan formulado a veces su voto en contra, al comparar la compleja realidad candente con las unilaterales soluciones que entonces se insinuaban. Por diletantismo, los arielistas se dedicaron a loar a las aristocracias, a ser voceros de un Renacimiento epidérmico, mientras la estructura social-económica continuaba siendo perfectamente feudal. El "gendarme necesario" de Vallénilla Lanz constituye una forma criolla del Dux veneciano o del tirano griego. Las "oligarquías" educadoras de F. García Calderón denuncian un quizá no premeditado anhelo

de alejar al pueblo de toda ingerencia en la dirección del Estado. La “aristocracia de la inteligencia” de que habla Rodó, fue convertida en rapiña de clan por sus mistificadores. Por encima de todo ideal, de toda necesidad, colocaban ellos la armonía inalterable de lo constituido, el predominio de los que, por herencia y privilegio, disfrutaban de una “cultura” lograda merced al anónimo tributo de los más. Distaban mucho de coincidir con el certero juicio de Keyserling quien sustituye el consabido apotegma de “nobleza obliga” por un democrático “inteligencia obliga”. Y vivían presintiendo una nueva *grandeur des élites* —robo el título a Muret— y generalmente muy cerca de Renán, cuando, en *La Reforme Morale et Intellectuelle* dice a los campesinos: “haced vuestra tarea y la nuestra, y dejadnos a nosotros especular”.

De eso se trataba. ¡Dejarlos especular cómodamente en el ocio llamado fecundo! Ocio explicable bajo tiempos en que era posible algún ocio, porque la vida no presentaba urgencias ineludibles. Del ocio a la sumisión efectiva, envuelta en imprecaciones pirotécnicas, hay poco trecho.

Desde la torre de marfil de su sapiencia —“el Perú se salvará bajo una montaña de libros”, escribía lleno de entusiasmo Francisco García Calderón—, nuestros maestros realizaban humanitarios *raids* a las sociedades mutualistas —ignoto aún el sindicato—, y dictaban empinadas lecciones sobre los más variados temas. La consigna de los arielistas en lo tocante a la democracia, tenía una ingenuidad prodigiosa: “elevemos el nivel cultural de las masas para que puedan ejercitar conscientemente sus derechos”. (¡Por cierto que la tarea de “elevación” ha sido tan lenta que sólo es percibida por las estadísticas oficiales!) Y mientras que de un lado aseveraban que el cuartel es “una escuela que educa y dignifica al indio”, con el objeto de librar a los no-indios del servicio militar, por el otro afirmaban enfáticamente que el indio no puede ser educa-

do jamás y que debemos mirarle caritativamente, como a ser condenado sin remedio a permanente estado de inferioridad.

* * *

Desde 1925 empecé a comprender yo, oscuramente, todo esto. Escribí entonces, en la revista *Mundial* de Lima, una serie de artículos encaminados a revisar los valores históricos peruanos; dediqué además algunos al grande y noble Rodó. Reaccionaba mi juventud, en nombre de muchas mocedades análogas, contra el mito que la deslumbrara hasta entonces. Otras peripecias mentales me pusieron frente a lo social. Aún pervivía en mí el dejo de las enseñanzas arielistas en lo que se refiere al problema del indio, por lo que sostuve dura polémica con José Carlos Mariátegui. Todo aquello era preámbulo de la emoción, de la preocupación social plenamente revelada en 1930, cuando surgió el Aprismo en el Perú: síntesis de valores humanos y sociales, de la cual no está excluido, ni mucho menos el valor estético.

A partir de aquello, se agrandó la distancia entre la juventud y el arielismo. Caído Leguía, gobernante del Perú durante once años, la promoción del Novecientos cercana a los cincuenta, manifestó repentina y tenaz sed de mando, ansia de poder y de goce.

Poco tiempo después, al partir yo al destierro, llevaba en mi aljaba algunas experiencias directas. Medité sobre todo ello, cuando, otra vez, por los caminos de América —era la tercera salida— topé en diferentes latitudes con miembros prominentes del novecentismo continental. Fruto de aquello fue un artículo —lejano origen del presente libro— “El Anti-Rodó”. Lo escribí en Quito, en 1933, para *Cuadernos Pedagógicos*. Tuvo fortuna y fue reproducido en numerosas revistas, diarios y folletos. Un

año después realicé un reiterado análisis de la crisis espiritual americana en las páginas de *La Nueva Democracia* de Nueva York. Los artículos “Mística de la Nueva América” y “En procura de la vertical” (1934-1935), dieron comienzo a esa tarea. Tal es la génesis de este libro, pero su proceso resulta como he querido describirlo, más largo. Mi propósito al relatar la gesta de lo que sigue, no encierra —inútil repetirlo—, el prurito de confesarme. Quiero que el lector se compenetre del drama de una promoción americana surgida a la vida cuando se liquidaba en el mundo la crisis de 1914-1918, y había periclitado ya la suficiencia dogmática de los “profesores de idealismo”.

Los maestros novecentistas llenaron el oído y el corazón de los jóvenes americanos con ciertas palabras mágicas: democracia, libertad, fraternidad, concordia universal, ideal, solidaridad, espíritu, progreso. Llegado el momento de ponerlas en práctica, fueron más poderosos los intereses inmediatos y las pasiones individuales.

Caía fulminado en el Perú el general Sánchez Cerro, cuando, en Ecuador, se terminaba de preparar la obra titulada *El proceso de Haya de la Torre*, cuyo prólogo redactó el poeta Alcides Spelucín. En sus páginas analizaba el autor de *El Libro de la Nave Dorada*, la conducta de la “intelligentzia” peruana. Discutimos largamente sobre todo esto, y llegamos a una conclusión concreta: el debate asumía un apasionante aunque absurdo carácter de “pleito de generaciones”. Spelucín convino conmigo en que era necesario documentarse fríamente. Y cuando volvimos al Perú llevábamos un arsenal de datos y comprobaciones.

A pesar de las vicisitudes de 1933 — no dejamos de mano la tarea. En artículos dominicales de *La Tribuna* volví insistentemente sobre el equívoco “pleito de las generaciones”. Al comenzar 1934 nuestra tesis se vio comprobada: un ministro, adalid del novecentismo, apenas halló oportunidad política, demostró que el idealismo significaba

para él sólo un pedestal literario. Firmé entonces con mis compañeros de Partido, el Coronel César Enrique Pardo, Pedro E. Muñiz, Luis E. Heysen y Manuel Seoane, un documento enjuiciando a la promoción de los arielistas, redactado en su mayor parte por el último. Ventura García Calderón consagró todo el libro *Nosotros* a contradecirnos y rectificarnos. Ojalá lo hubiera conseguido.

De nuevo en el destierro, proseguí la tarea de revisar aquella época. Obtuve nuevos informes, viajé por otros países, traté más personajes, leí numerosos libros, medité largamente.

* * *

Repito: no se trata de censurar a un grupo de ilustres hombres de letras y de pensamiento, indoamericanos de notoria influencia en casi todos nuestros países. He procurado, con verdadera angustia y porfía, mantener la objetividad. Lo que no he querido ni quiero disimular, es la discrepancia. “La tolerancia es hija del confort”, escribe agudamente Harold Laski. Por eso, cuando llegó la crisis, muchos “profesores de idealismo” trocáronse en furibundos inquisidores. No está mal que así sea. Ni ha sido perdido su esfuerzo creador de muchas cosas, entre otras y a contrape-lo, de nuestra posición actual. Si con el modernismo, según dice Goldberg, la literatura indoamericana entra en lo universal, con el postmodernismo, la inquietud americana se incorpora a la del universo.

Hay una frase de Burke inapreciable como colofón de este prefacio. “Pocos son los partidarios de pasadas tiranías; pero ser liberal en los asuntos de hace cien años es muy compatible con todas las ventajas del servilismo actual”. ¿No es verdad que podría aplicarse a tanto idealista que, en cuanto debió y pudo poner en práctica sus ideales y enseñanzas, no atinó a vencer sus temores, pasiones o apetitos?

Este libro enfoca a una brillante etapa de América. La aborda en múltiples aspectos: literario, ideológico, político, social, religioso. Por el camino quedan muchos heridos y contusos. Yo también. Asisto sin júbilo al balance que sigue. A ratos me parece que yo mismo salgo en él a juicio. De todos modos, airear lo ajeno y lo propio, resulta un doloroso pero necesario propósito de higiene espiritual.

(1939)



RUBEN DARIO

CAPITULO PRIMERO

ANTESALA DEL MODERNISMO

“Mucho más que las selvas tropicales
pláceme los sombríos arrabales
que encierran las vetustas capitales”.

JULIÁN DEL CASAL, *Bustos y Rimas*.

La promoción de los “próceres” políticos del siglo XIX vivió entregada psicológicamente al romanticismo y, en política, a la guerra. La de los “próceres intelectuales” dio vida a la oligarquía y al realismo. Multitud de causas inciden para infundir a la segunda mitad de nuestro siglo XIX un tono de positivismo verbal. La confluencia de varios personajes destacados subraya la importancia de aquel período. Hacia 1870, que es cuando el realismo inicia entre nosotros su ofensiva contra el romanticismo, aún vivía, en la plenitud de su talento, Juan Montalvo (1833-1889); Domingo Faustino Sarmiento llegaba a la Presidencia de Argentina (1868-1874); Juan Carlos Gómez concentraba la atención del Plata; en Chile florecía la generación de Lastarria (1817-1888) y Bilbao (1822-1865); la guerra de Juárez contra Maximiliano creaba ambiente propicio para un movimiento

hacia el realismo, primero informe y anticlerical, y, después —apenas Porfirio Díaz logró imponerse sobre sus adversarios—, ordenado, dogmático y urbano. El único “prócer intelectual” de América que, ya desde entonces, solía mezclar, en sabia dosis, el realismo constructor a un idealismo sin gaseosidades, fue Enrique José Varona, cuya órbita biográfica y espiritual abarca casi un siglo: desde 1849, en que vio la luz, hasta 1933, en que sus ojos se cerraron tras la dramática liquidación del “machadato” cubano, Eugenio María Hostos (1839-1903) luce también en su vida y su obra una amalgama de idealismo y realismo semejante a la de Varona.

Varona no fue un profesor de barato idealismo sentimental. Tampoco un positivista “enragé”. Para lo uno le sobraron siempre dignidad y civismo; lo otro se lo impidió el mantener permanentemente al tope su fe en el espíritu. El que, desde 1878, en su Cuba cautiva, lanzaba ya un folleto acerca del movimiento intelectual de América, y en cuyos primeros poemas (1867, 1868, 1876 y 1879) cantaba los temas vernáculos —el paisaje o el hombre de su tierra— supo, sin embargo, ser el vigilante centinela de la cultura filosófica de su país a la que incitó y nutrió con sus tratados de Lógica, Moral y Psicología, sin descuidar el movimiento literario universal en *Desde mi Belvedere* (1907). No desatendió, por eso, las tareas intransferibles de todo ciudadano de nación avasallada: trabajar con la pluma, el verbo y la acción en pro de la libertad de su patria; y figuró al lado de Martí, y aun antes que él, enfrentándose primero a España y luego al yanqui. Varona fue uno de los adelantados que en esta América, entonces afrancesada y salomera, columbraron con certeza el peligro imperialista, al que analizó en su todavía actual estudio *El Imperialismo a la luz de la Sociología* (1906). No fue tropo literario el de Rodó cuando dijo a Varona: “Usted puede ser el Próspero

de mi libro".¹ Como profesor auténtico en sus escritos y en sus hechos, Varona había cercenado las doradas alas cerúleas del Ariel novecentista, engañador de "músicas" y de "hermosas", según la frase de Goethe.

Varona compendia en sí mismo varias etapas. Podría ubicársele como punto de referencia, como permanente e insuperado hito, en la pesquisa del espíritu novecentista. Su influencia perduró hasta nuestra época, pues, poco antes de su muerte, todavía mantenía vigor y clarividencia bastantes como para enjuiciar candentes aspectos de la realidad americana.

Pero, dicho lo anterior sobre Varona, urge entrar al tema del modernismo y sus antecedentes.

* * *

El romanticismo ha sido lo característico de América. La malograda gran escritora venezolana Teresa de la Parra escribió algún día que el romanticismo —tendencia vital— nació en nuestro Continente. En verdad, siempre hubo en América aptitud de ese jaez. A los españoles clamatorios les inyectamos estotro mal. Incluso el severo Humboldt hubo de exhalar suspiros nostálgicos por la "güera Rodríguez" no bien saboreó la dulzura de los anocheceres tropicales y el embrujo de nuestras altas sierras.

El realismo —como tendencia social y como escuela literaria—, no fue, desde luego, fruto del acaso ni de la imitación europea. Pensar que hemos sido sólo imitadores es una verdad a medias. A pesar del deliberado propósito de sumisión a lo europeo, a menudo nos fue posible expresarnos autónomamente, en virtud de la concurrencia de fenómenos externos, ajenos a la voluntad de nuestros guías

1 Carta de J. E. Rodó a E. J. Varona, 1900. Publicada en *Social*, La Habana; 1º de enero de 1922.

espirituales. Desde 1860, aproximadamente, surgieron entre nosotros conflictos propios, efectivos. Mientras hacia 1848 Europa hervía con las ideas del incipiente socialismo científico, nuestro 48 se limitó a una asonada anticlerical. Pero, en el 60 hubimos de confrontar otros problemas. La guerra de Secesión en los Estados Unidos animó a Europa a tratar de romper la doctrina de Monroe. Casi, al mismo tiempo que se realizaba el Congreso Hispano-Americano de Lima, Maximiliano y el cruel Bazaine ensangrentaban a México. Contra esa coalición que contó, naturalmente con el aliado conservador de adentro del país, se erguían Juárez y sus mesnadas de mestizos, de liberales y de indios. La guerra de México se prolonga mes tras mes, año tras año. Prim se retiró, pero la reina Isabel envía al Pacífico a sus escuadras, con la misión de cobrar absurdos agravios y hacer efectivas oscuras acreencias, tras de lo cual alentábase el propósito de sojuzgar a la América del Sur. En 1866 se alían cuatro países del Pacífico para defenderse de España. Truenan el cañón y Europa se bate en retirada tanto en el Perú como en México. Desventuradamente, desde antes de que subiera Sarmiento a la presidencia (1868) y que, pensando en los Estados Unidos, comenzara a desarrollar su vasto programa educador, estalla la guerra del Paraguay, que rompe la solidaridad del Plata, desgarrando el sueño de *Argirópolis*. En 1873 surge un debate diplomático entre Perú, Chile y Bolivia, que también afecta a la Argentina, a consecuencia de un peregrino tratado secreto de alianza defensiva que andaban persiguiendo ciertas cancillerías. Desde 1872, el señoril Montalvo volvía ya los ojos al indio, como se ve en su folleto *Fortuna y Felicidad*. Tres años después, el Ecuador se libertaba de la tiranía ultramontana de García Moreno, mediante el machete de Rayo. En 1879 estalla la Guerra del Pacífico, que se prolonga por tres años y provoca un fallido ensayo intervencionista de los Estados Unidos.

Y todos esos acontecimientos no ocurren vanamente. En el hervor de las diversas contiendas se perfilan algunas conclusiones hasta entonces inéditas. Resulta así curioso que los clasicistas en literatura fueran conservadores en política, y que tales clasicistas y conservadores amaran la Monarquía más de la cuenta y añorasen la colonia; por lo cual los liberales adoptaron una actitud inevitable: la de violenta reacción contra España.

La reacción hispanófoba tuvo además otra modalidad. La mayoría del clero participaba en la política y abrazaba ideas clasicoides y reaccionarias. Como este predominio causara innegables fracasos en la política interna (Ecuador, México, Perú, Bolivia, etc.), surgió de ahí otra nota de nuestro realismo: la reacción anticlerical.

Los tres factores negativos —España, colonia y clero— habían propiciado una política centralista, por lo que, en general, la reacción de los nuevos hombres del 70 se empeñó en realzar el valor de la provincia, y, con ella, la de su poblador, de donde nace la corriente criollista e indigenista, que, hasta entonces —cuando la hubo—, no pasó de mero alarde ornamental, según se ve en nuestros románticos, cuyas leyendas indígenas apenas si son rapsodias de temas franceses adobados con toponimias y patronímicos quechuas, aztecas, chibchas y guaraníes.

La guerra acercó a los hombres de la burocracia y del artesanado, desacreditó al centralismo, a las ciudades-capitales, y debilitó la tradición, excepto en Chile, donde el fenómeno fue diverso. Si “todo gran arte nace de una guerra”, según afirma Ruskin, el perfilamiento de nuestras nacionalidades y la aparición de un sentido de pueblo frente a las oligarquías existentes, lo debimos a las luchas intestinas e internacionales de 1864-84 (México contra Maximiliano y Francia; Paraguay contra Argentina, Uruguay y Brasil; Chile contra Perú y Bolivia; lucha intestina implacable en

Ecuador, y la primera guerra emancipadora de Cuba contra España). El autoctonismo brota, pues, en esos días. Y las figuras próceres de Montalvo, González-Prada, Sarmiento, Lastarria, Juárez, Hostos, Martí, Juan Carlos Gómez, Cecilio Acosta, rubrican de manera inolvidable su época.

Los "realistas" americanos tuvieron un auge brevísimo. Permanecieron solitarios como apóstoles o profetas: caso de Alberdi, González-Prada y Montalvo. La Promoción que se nutrió a sus pechos, tomó el modo romántico, si bien tratando de acompasar el ritmo de éste al del mundo nuevo. Como ya se había lanzado la moda "populista" de explotar estéticamente al pueblo, su expresión literaria fue contundente, ruda; en política lució un aparente democratismo. No es por casualidad por lo que coinciden en el tiempo los nombres de Nicolás de Piérola combatiendo en el Perú de 1895 por algunos principios democráticos; de Eloy Alfaro que, en el Ecuador del mismo año, y también entre torrentes de sangre, impone la victoria del liberalismo; de Balmaceda que en 1891 se suicida al ser derrotada su tendencia presidencialista pero popular, por el parlamentarismo pelucón; de Rafael Uribe, que guerreara "mil días" en nombre del Partido Liberal colombiano contra los conservadores clericales que lo vencen; y las campañas doctrinarias contra el conservatismo colonial dirigidas por Hostos, González-Prada, Leandro Alem, Eloy Alfaro, José Batlle y Ordóñez y hasta Gabino Barreda. El gesto de Martí, que muere en 1895, después de su admirable campaña por la libertad de Cuba, se confunde con aquéllos.

Ese clima populista de 1890-900 se encuentra reflejado en la literatura. Darío escribe en sus comienzos un *Canto épico a las glorias de Chile*, y Chocano, en 1896, al fundar la revista literaria *La Neblina*, lanzará un decálogo pomposo en el que, con pintoresco eclecticismo

de esteta, trata de conciliar un súbito amor al pueblo con la infaltable torre de marfil².

Díaz Mirón será el cantor representativo de aquel período. Las primeras prosas de J. M. Vargas Vila (1863-1933) reflejarán una tendencia “populista” y sensiblera, con tanta sinceridad como la del Carnaval, en el que cada cual toma a pecho la personalidad que le otorga su disfraz y a ella se aferra hasta el tercer día, en que el enmascarado vuelve a su ser cotidiano, vale decir, en este caso, al señoritismo romántico, estetista, desdeñoso del pueblo, individualista. Pero, todo esto implica ya la aparición del Modernismo.

* * *

Escribe Isaac Goldberg, crítico nada zalamero, que con el modernismo la literatura indoamericana se incorpora a la literatura universal.³

Como complemento añadiré: coincidiendo con el modernismo, se afirma más el capitalismo extranjero en nuestras tierras —es decir, con el imperialismo—, América ingresa a la corriente capitalista universal.

La sincronización del modernismo y del imperialismo, no es, tampoco, hecho casual. El momentáneo auge económico traído por el imperialismo contribuye a acentuar la característica alegría del modernismo, su *euphoria*, y, por ende, a dar una más viva expresión al pensamiento. Pero la expresión no es tampoco hecho casual. El momentáneo auge económico liberta demasiado a ese “demonio interior”, frecuentemente trocado en enemigo exterior.

Una suma de hechos esclarecen los orígenes del modernismo. Veamos algunos. En 1888 se realiza el Primer

2 J. S. CHOCANO, *Memorias. Las mil y una aventura*. Santiago, 1940.

3 ISAAC GOLDBERG, *Estudies on Spanish American Literature*. N. York, Bretano's, 1920.

Congreso Panamericano. Para apuntalar y remozar al monroísmo, nace el nuevo mito del panamericanismo. En 1895 muere Martí y se inicia la última guerra de la emancipación cubana. En 1896 aparecen *Prosas Profanas* (ya antes había salido *Los Raros*). En 1898 se emancipa Cuba bajo la protección de Estados Unidos. Las Islas de Puerto Rico y Filipinas cambian de dueño. También en ese año Rodó publica su ensayo sobre Darío. En 1900 aparece *Ariel*; César Zumeta califica entonces a América de *Continente Enfermo* en un folleto así titulado. En 1902, Estados Unidos impone a Cuba la Enmienda Platt. En 1903, Estados Unidos apoya la independencia de Panamá a cambio de la zona del Canal. Se realiza el segundo Congreso Panamericano en México. Entre 1903 y 1906, Estados Unidos invierte millones de dólares en adquirir yacimientos mineros y diversas fuentes de producción indoamericanas. La perspectiva del Canal acicatea aquellas inversiones. En 1906, Elihu Root hace un paseo de virrey por el continente moreno. En 1905, Darío ha publicado *Cantos de Vida y Esperanza*. Rodó escribe, entre 1905 y 1907, sus *Motivos de Proteo*. En 1906, aparece *Alma América* de Chocano. 1910 pone fin a aquel idilio: la Revolución Mexicana sacude a América; 1914 liquida totalmente esa etapa —y el siglo— al estallar la guerra europea.

Con todo, antes de que surgieran los modernistas, hubo vagidos, anticipos de la nueva expresión, de la nueva ideología. Es útil examinar sucintamente a los “precursores” poéticos de más relieve, y, a través de ellos, el estado psico-social del Continente.

Blanco Fombona y Federico de Onís coinciden en la enumeración de los llamados precursores⁴, si bien la no-

4 R. BLANCO FOMBONA, *El modernismo y los poetas modernistas*, Madrid, 1929; F. DE ONÍS, *Antología de la poesía española hispanoamericana*, Madrid, 1934; R. O. SILVA UZCÁTEGUI, *Historia*

menclatura de Onís es más lata. De entre aquellos adelantados, habría que destacar a seis, dejando de lado a Varona, por razones ya expuestas. Quedarían Manuel González-Prada (1848-1918); José Martí (1853-1895); Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895); Salvador Díaz Mirón (1853-1928); Julián del Casal (1863-1893) y José Asunción Silva (1865-1896). En suma: un peruano, dos cubanos, dos mexicanos y un colombiano. El trópico presidió el alumbramiento del modernismo, zona más agreste, menos urbana, más rica en espontaneidad.

González-Prada, nacido en pleno hervor romántico, contemporáneo de los poetas-gemebundos, se libró del sentimentalismo por su señorial parquedad no hispana. Cuando todos los vates americanos escribían romances y octavas a lo Zorrilla, González-Prada componía "lieder" y "baladas" a lo Heine. Más tarde, mientras la mayoría de los escritores adultos se daba a la burocracia y a la historia—que es una especie de burocratización del pasado—, González-Prada se entregaba al ensayo, a la "propaganda y ataque", y orientaba la novela peruana hacia el realismo y el indigenismo. Y luego, cuando los poetas titubeaban entre los cantos cíclicos a lo Hugo y los civiles a lo Whitman, González-Prada reveló su fina sensibilidad tratando de romper los viejos moldes y producir una nueva melodía. Adverso a la rima y al ritmo silábico, devoto del verso métrico; pero, sobre todo, buscador de metros olvidados; descubridor y desempolvador de estrofas viejas o exóticas; enamorado de las orquídeas y de los cisnes, mucho antes de que Rubén los convirtiera en su blasón, él escribiría significativamente:

*Sueño con ritmos domados al yugo de rígido acento,
libre del rudo carcán de la rima.*

*Ritmos sedosos que afloren la idea, cual plumas de un cisne rozan el agua tranquila de un lago.*⁵

El odio a la rima implicaba una censura a lo consabido —y una censura también al romanticismo, rimador por excelencia. Era el triunfo del matiz bienamado del simbolismo, al cual rindió homenaje González-Prada en otra precursora composición suya titulada. Los caballos blancos. Significaba una ruptura con la Academia y con la tutela clásica de España.

González-Prada fue en su vida entera un apóstol y hasta un profeta. Como él, José Martí, el cubano por antonomasia, alternó su acción cívica con versos también musicales, casi todos, desnudos de retórica ficticia; el amaneramiento congénito del poeta se diluyó en versos de una sencillez epifánica. Pero Martí, artista al par que héroe, literato a la vez que apóstol, dejó aflorar en su estilo de incitación y llamado, suaves vocablos que serían característicos en los modernistas, de quienes fue heraldo.

En sus poemas abundan “lirios”, “rosas”, “reseda”, “jazmines”, “mármoles”, “alas”, “sedas” como por ejemplo: en su célebre composición sobre “La Niña de Guatemala”:

*Eran de lirios los ramos,
y las rosas de reseda,
y de jazmín; la enterramos
en una caja de seda. . .*

Más tarde se verán reaparecer inspiración y tono semejantes en las estrofas “A Margarita Debayle” de Darío y en muchos otros poemas de la segunda etapa del nicaragüense; en ese Darío, “muy antiguo y muy moderno”, tan retor-

5 M. GONZÁLEZ-PRADA, *Exóticas*, Lima. 1911, Ver también *Minúsculas*, Lima, 1901, y *Antología poética*, México, 1940.

L. A. SÁNCHEZ, art. en: *Cuadernos Americanos* Nº 6, México, 1953.

cido a menudo, sobre todo, si se le compara con el Martí de los *Versos Sencillos*:

*Yo soy un hombre sincero
de donde crece la palma,
y, antes de morirme, quiero
juchar mis versos del alma!*

Más retórico, en trance parecido dirá Rubén:

*Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.*

Pero Díaz Mirón, enérgica combinación de populismo y aristocracia, de Whitman y Rueda, será más perentorio:

*Erguido bajo el golpe, en la porfía
me siento superior a la victoria.
Tengo fe en mí: la adversidad podría
quitarme el triunfo, pero no la gloria.*⁶

con lo cual ya empalmamos psicológicamente a precursores y realizadores en aquello de perseguir la gloria, la rosa, el triunfo, el laurel, o sea preferir “el halago a la victoria”. Manuel Gutiérrez Nájera acentuará la sed de lejanía, el afán exotista, la ficción parisina:

*Mi duquesita, la que me adora
no tiene humos de gran señora:
es la griseta de Paul de Kock.
No baila boston, y desconoce
de las carreras el alto goce
y los placeres del five o'clock*

6 DÍAZ MIRÓN, *Poesías*, México, 1884.

En el cubano Julián del Casal, a quien trata y admira Rubén a su paso por La Habana, se da un significativo terceto, concordante con lo dicho:

*Tengo el impuro amor de las ciudades,
y a este sol que ilumina las edades,
prefero yo del sol las claridades.*

Juzgándolo a fondo, dirá Monner Sans que en Casal predomina cierto afán pesimista a lo Leopardi y, junto a la musicalidad aparecen la neurosis y el simbolismo.⁷

No disonará de aquellas exquisiteces melódicas, el verso del colombiano José Asunción Silva. Cuando se lee su biografía uno entiende mejor su lirismo. Amaba, en la vida real, la elegancia, el dandismo, la rareza lujosa; en su obra literaria abundan, como en los subsiguientes modernistas, “reseda”, “mármol”, “follaje”, “nieve”, “luciérnaga”, “musgo”, “oscuro”, “blanco”, “seda”.⁸ ¡Significativos vocablos, deladoras correspondencias!

Es en esos momentos, cuando las letras americanas han sufrido tan vigoroso sacudimiento, es entonces cuando un joven cetrino y aventurero, tímido y sonámbulo, llega de Centroamérica a Chile con un fajo de poemas en el equipaje. Se llama, desde luego, Rubén Darío, y con él, como su sombra, se extiende el Modernismo, luminoso, opulento, pagano y sensual.

7 J. M. MONNER SANS, “Los temas poéticos de Julián del Casal”, en *Cuadernos americanos*, México, 1950, N° 1.

8 ALBERTO MIRAMÓN, *José Asunción Silva*, Bogotá, 1940, BALDOMERO SANÍN CANO, “José Asunción Silva”, en *Revista de las Indias*, N° 89, Bogotá, mayo de 1946.



JOSE SANTOS CHOCANO

CAPITULO SEGUNDO

EL MODERNISMO, HECHO SOCIAL

“El modernismo es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, en la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy.”

FEDERICO DE ONÍS, *Antología de la Poesía Española de Hispanoamérica*, Madrid, 1934.

Ya sabemos que con el modernismo ingresan las letras americanas al concierto literario universal. Esta opinión de Goldberg, que a muchos pareció excesiva, resulta, en verdad, modestísima. Porque no fue sólo la literatura, sino la vida entera de Indoamérica la que entonces entró a formar parte del mundo.

Alfonso Reyes caracteriza aquella etapa con una frase feliz y honda: la de “independencia involuntaria”. Y lo fue. Tratando de emanciparse de España, el pensamiento y la

expresión de América anclaron en Francia, y, a través de ésta o, más singularmente, a través de París, descubrieron el propio Nuevo Mundo, aprehendieron sus tesoros, los asimilaron y los devolvieron, transformados en algo propio, en sensación original, en expresión inédita aunque no en pensamiento autónomo.

Ante ese hecho, coincidente con la profunda renovación que el advenimiento del capitalismo operaba en la atmósfera política y económica, el joven espíritu indoamericano cobró insospechados bríos. No se emancipó totalmente de la nébula de melancolía que pesa sobre casi toda nuestra vida, ni de los deliquios verbales, ni de la predilección decorativa, pero empezó a mirarlo todo a través de un cautivante prisma de novedad.

Rufino Blanco Fombona, que ha dedicado un nutrido volumen a estudiar *El Modernismo y los Poetas Modernistas*, escribe: "El modernismo se caracteriza por el pesimismo, el refinamiento verbal, la exaltación de la sensibilidad, la rebeldía y el culto de la belleza". Max Daireaux lo califica de "una extrema juventud que aporta a la literatura hispanoamericana gracia, espontaneidad, audacia".¹

Juan Ramón Jiménez escribe: el modernismo fue "un movimiento de entusiasmo hacia la libertad y la belleza", pero ya Rubén Darío lo había definido: "el movimiento de libertad que me tocó iniciar... la forma es lo primero que toca a la muchedumbre".²

Federico de Onís precisa algo más: vincula el fenómeno modernista con la historia total de América, juzgándolo en función de hecho social, sin dejar de examinarlo, al mismo tiempo, como expresión artística.

1 MAX DAIREAUX, *Panorama de la Littérature Hispanoaméricaine*, París, 1929, pp. 26-28.

2 RUBÉN DARÍO, *Cantos de vida y esperanza*, Madrid, 1905.

Para Onís, el modernismo es, ante todo, un acontecimiento unitario en virtud de su actitud negativa contra el naturalismo que le antecedió. "Ese carácter negativo es lo que al principio prestó unidad a los ojos de los demás y a los suyos propios, a los escritores jóvenes que, en los últimos años del siglo XIX llegaron a Madrid desde los cuatro puntos cardinales de la Península, y, más lejos aún, desde la América Española".³

Mas, no se limitó el modernismo a ser gesto de audacia, rebeldía y negación. También afirmó. ¿Qué? Ante todo, afirmó ser una "forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que se inicia hacia 1885 y que había de manifestarse en el arte, la ciencia, la religión, la política y, gradualmente, en los demás aspectos de la vida, con todos los caracteres, por lo tanto, de una honda transformación histórica cuyo proceso continúa hasta hoy". Esta es la influencia extranjera, de la que Francia fue para muchos el mejor impulso y vehículo, pero cuyo resultado sería, tanto en América como en España, el descubrimiento de la propia originalidad de tal modo que el extranjerismo característico de esta época se convirtió en conciencia profunda de la casta y de la tradición propias, que vinieron a ser temas dominantes del modernismo.

"Hacia 1880 —escribe Contreras—⁴ la desorientación era general y aguda. En nombre del Progreso, ídolo a quien rendían culto no sólo los librepensadores, sino también los católicos, se demolían los monumentos coloniales, se refaccionaban bárbaramente las viejas iglesias, se tiraban las bellas casas de antaño. En aras del patriotismo no local, se negaba la unidad y aun la existencia de la raza hispanoamericana que con tal admirable concierto y solidaridad realizan el prodigio de la independencia. . ."

3 ONÍS, *Ob. cit.*, pág. XIII.

4 F. CONTRERAS, *Rubén Darío*, Ediciones Ercilla, 1937, pp. 37-38.

De tal proceso se pasa, sin transición, al de “independencia involuntaria” anotado por Alfonso Reyes. Y todo ello desemboca derechamente en un suceso definitivo y esclarecedor: en el 98. España llegó a los umbrales del 98, desconcertada, deshecha y exhausta. La pérdida de Cuba fue una consecuencia de su agotamiento. El modernismo y su inicial sumisión ante Francia aparecen como un producto lógico del descrédito hispano. Por eso, confirmándolo, la resurrección literaria española arranca también del 98, en virtud de haberse sorbido los zumos americanos y francoindianos que los modernistas le brindaron en sus versos y prosas. Juan Ramón Jiménez, Ramón del Valle Inclán, Ramón Pérez de Ayala, José Martínez Ruiz (Azorín), los Machado parecen como rebrotes americanos en la Península. Porque el asordinamiento de los *Jardines Lejanos* no provenía ni tan siquiera de Góngora, que gustaba de declamar, ni aun del propio Juan de la Cruz, experto en el arte de las “ardientes voces del silencio”, “que hablan”, según la conceptuosa expresión gongorina. Ni la sensualidad de la *Niña Chole* y del Bradomín mestizo podía surgir de la llanura manchega, del yermo castellano ni de la moruna lascivia andaluza, sino que traía rugidos cafres, largas pausas indígenas y desconciertos de ibero trocado en sensual indiano.

Había pues, una “necesidad interna” de renovación, consecuencia de tal necesidad interna, fue que el modernismo proyectara, según la frase de Onís, “grandes poetas individuales”,⁵ sobre todo en el período 1896-906. El individualismo halló entonces un cauce más ancho, fácil y definido: el de la egolatría. Y cuando, logrando vencer su hurañez y desconfianza, corrió en pos de compañías, desembocó en otra forma de paradójico individualismo colectivo —o colectivismo chico y egoista— en las oligarquías,

5 ONÍS, *Ob. cit.*, p. XVII.

aristarquías y *élites*, semejantes en todos los campos: literario, pedagógico, político y religioso.

Se explica entonces, sin dificultades, la repentina parálisis de la novela, que, iniciada tímidamente con los bocetos sentimentales de los románticos, había cobrado vuelo —epopeya indispensable— con los realistas. A cambio de novelas, amanecieron triunfadoramente ciertas formas líricas, el poema y el ensayo, así como la crónica, género trivial, pero también lírico, solfeo de ensayistas, refugio de poetas, cultivado con predilección y brillo por Darío y Gómez Carrillo, por Azorín y Valle Inclán, por Díaz Rodríguez y Rodó, por Ghiraldo y Vargas Vila.

El puro buscar en sí mismo, el mero culto egolátrico, condujo al inevitable desgaste del vivo ímpetu ideal transformado en materialismo. En 1914, los insurgentes y audaces modernistas de 1906 se convirtieron casi todos en conservadores y formalistas. Con eléctrica velocidad Atenas devenía Bizancio.

Esto no es todo. Los postmodernistas fueron conservadores no sólo en el campo poético sino principalmente en el económico y político. A ratos parece como que, ideológicamente, los postmodernistas hubieran mantenido su anhelo de renovación, pero la ideología, cuando no se acompaña con los hechos, se convierte en demagogia. El “novecentismo” o “arielismo” fue la consecuencia cabal, conservadora, del modernismo en el cual privó sólo durante sus primeros diez años un *tempo accelerato* de insurgencia y novedad. Pero, como tal insurgencia se reducía nada más que a la forma, pronto ésta absorbió a la idea, y todo quedó convertido en puro formalismo decadente.

Ya se veía llegar aquello. El modernismo descubrió lo autóctono “involuntariamente”, a contrapelo. Igual que los románticos, los modernistas practicaron una especie de nativismo visible, decorativo y exterior. Su léxico venía de lo alto, no de lo hondo. De arriba suelen llover aerolitos,

cuando no menudo granizo, frágil y acuoso. Pero de la tierra nace lo perdurable, robusto y empinado. Los modernistas representaron algo así como una emancipación verbal, a la manera de Góngora, pero sin la raíz autóctona de los romances gongorinos, flor del pueblo, espuma de la copla vernácula. Al par que un léxico cultista (habla de gente selecta o cultiparla, que diría Lope), los modernistas usaron metáforas renacentistas. En ello coincidieron con los estrofeiros virreinales, tardíos admiradores de los personajes mitológicos y de ciertas eglógicas pastoras, halladas en Virgilio, Ariosto, Tasso, Garcilaso y en las "preciosas" de Ramboillet.

Darío desenterró de la antigüedad "layes" y "dezires". El propio González-Prada se deleitaba en buscar combinaciones estróficas esotéricas, como la "villanela", el "rondel", el "triolet", la "espenserina", el "laude", y el "cuarteto persa". Y José Asunción Silva se gozaba ensayando el difícil eneasílabo, igual que José Eusebio Caro y también González-Prada.⁶

* * *

La heterogeneidad y complicación del Modernismo se retrata precisamente en los múltiples y contradictorios ensayos para definirlo. Por ejemplo, Alberto Miramón, tratando de J. A. Silva, destaca la influencia que en él ejercieron Poe, Nietzsche, Baudelaire, Villiers de l'Isle Adam y D'Annunzio, aunque García Prada rechaza la excesiva importancia dada al primero.⁷ Luis G. Urbina, mexicano, reclama para Gutiérrez Nájera (también mexicano) la tu-

⁶ GONZÁLEZ-PRADA, *Nuevas Páginas Libres*. Santiago Ercilla, 1937, p. 149.

⁷ ALBERTO MIRAMÓN, *Ob. cit.* - CARLOS GARCÍA PRADA, prólogo a *Prosa y verso de J. A. Silva*, México, 1942.

toría de los modernistas, aunque olvida que Theophile Gautier fuera, a su turno, numen del "Duque Job".⁸

Arqueles Vela considera que en el Modernismo todo es antagónico; con plausible afán de síntesis afirma que si el Romanticismo representa a la burguesía revolucionaria y el Parnasianismo a la burguesía estabilizada, el Simbolismo y el Modernismo retratan la disolución burguesa.⁹ En lo que, a mi juicio, acierta Vela es en reconocer el carácter integral al Modernismo, equiparándolo a un neo-Renacimiento.

Santiago Argüello, coetáneo de Rubén, llama al Modernismo "obra de liberación", y le fija una gradación que va del Decadentismo al Simbolismo y de éste al Modernismo, el cual, insiste, es "una nueva forma de libertad"; para él, Schopenhauer, Ruskin, Walter Pater, Laforgue, Allan Kardec, William Crookes (dos ocultistas) tienen tanta importancia magistral como Verlaine, Rimbaud, Corbière y Emerson.¹⁰ El venezolano Díaz Rodríguez, cuyo análisis es acaso el más profundo, resume el Modernismo en dos notas esenciales: retorno a la naturaleza y misticismo: lo primero equivale a cancelación literaria del dogma cientificista o positivista; lo segundo, un amor ingenuo a lo espontáneo. "Modernismo —añade— no significa ninguna determinada escuela. . . Se trata de un movimiento espiritual".¹¹ Díaz Plaja señala que mientras el Modernismo sigue a Darío, la generación del 98 sigue a Unamuno; la una a Verlaine, la

8 LUIS G. URBINA, *La vida literaria en México*, 1910, prólogo a la *Antología del Centenario* publicada en colab. con Nicolás Rangel y Pedro Henríquez Ureña. Hay edición posterior de México, ed. Porrúa.

9 ARQUELES VELA: *Teoría literaria del modernismo. Su filosofía, su estética, su técnica*, México, Botas, 1949, p. 367.

10 S. ARGÜELLO, *Modernismo y modernistas*, vol. I, Guatemala, 1935, pp. 37, 73, 95, etc.

11 M. DÍAZ RODRÍGUEZ, *Camino de perfección*, París, Ollendorf, 1908, reed. Ed. Nueva, Cádiz, Barcelona, 1952.

otra a Nietzsche; la una a Baudelaire, la otra a Larra.¹² Pedro Salinas advertirá que el amor a Luis XV es característico de Rubén.¹³ Juan Ramón habla de una “tendencia general”; Marañón de una “actitud meramente estética”. Lugones advierte que “el fin supremo del verso es agradar”.¹⁴ Sarah Bollo, uruguaya, adjudica al Modernismo, como rasgos típicos: sensacionismo, sensualismo, individualismo, amor a la libertad, culto a la forma, exotismo, *indiferencia moral*, musicalidad, tropismo, y subraya las influencias de Poe, Dostoiewski, Ibsen, Nietzsche;¹⁵ añade además, a Zorrilla de San Martín, uruguayo, entre los modernistas. Torres Rioseco, chileno, a su vez, tal vez por patriotismo inverso, rechaza al peruano González-Prada. Daniel Arango califica a la poesía modernista de “una poesía hacia afuera”.¹⁶ Silva Uzcátegui, hinchado por sus lecturas de Nordau, no ve sino anormalidades en los modernistas.

Ahora bien, como quiera que se les considere, los modernistas reaccionaron contra el prosaismo naturalista y el cientificismo positivista. Rindieron pleitesía, al espiritualismo, a la aristocracia de alma, a la libertad y a lo nativo, pero tan arropado de elementos ornamentales, que no llega a revelar su raíz. Siguiendo enceguecidos tras el señuelo de Francia —pese al hispanismo de que habla Salinas en su estudio sobre Rubén— tropezaron (siempre Colón yendo a tientas) con lo vernacular. Por la ruta del arte pseudonativista, se evadieron —explicable paradoja— hacia Europa. Pedro Emilio —hombre sencillo, nada complicado— dirá

12 GUILLERMO DÍAZ PLAJA, *Modernismo frente a Noventa y ocho*, Madrid, Espasa-Calpe, 1951, *passim*.

13 PEDRO SALINAS, *La poesía de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1948, p. 116.

14 LEOPOLDO LUGONES, *Lunario sentimental*, prólogo.

15 SARAH BOLLO, *El modernismo en el Uruguay, Ensayo estilístico*, Montevideo, Impresora uruguaya, 1951.

16 DANIEL ARANGO, José Asunción Silva y el Modernismo, en *Revista de Indias*, N^o 90, Bogotá, 1^o de junio de 1946, p. 377.

significativamente en *El Castillo de Elsinor*: “Lo peor es que este París de carne y hueso desvanece día por día mi otra ciudad interior, fantástica, divina”. Este fenómeno aparece en realidad más patente en los postmodernistas, en los arielistas o novecentistas, en las prosas de Coll, en las crónicas de Darío y Gómez Carrillo, y en los cuentos de Ventura García Calderón, padre de Zelmiras criollas, con magruras y ademanes parisinos, pero a la vez llenas de lascivia tropical.¹⁷

Si se formulase un resumen de tan encontrados sentimientos y actitudes habríamos de convenir en que el común denominador de aquel movimiento deslumbrante fue la busca y cierta indudable angustia.

Por la ruta de semejante angustia, no es raro que los más líricos, los más individualistas, los más fervientes cultores de la forma, desembocaran en una expresiva política ornamental: el sistema yanqui aplicado a Indoamérica. Sería prematuro y precipitado llamarles antiimperialistas.¹⁸ Nada de eso. A los arielistas les deslumbró el yanqui con su atuendo de triunfador, y —Francisco de Asís antes que Teodoro Roosevelt— lanzaron sus SOS en nombre de Ariel, sutil y aéreo, contra el Calibán plétórico, robusto y optimista que traía en su aljaba himnos de Walt Whitman, consejos de Emerson, salmos de Longfellow, picardías de Twain, y también las crispaturas de Poe y la austeridad cuáquera de Hawthorne y Thoreau.

El “arielismo” fue una consecuencia lógica del boato modernista. Hay una regla venturosa en la vida humana: la de sentirnos como apocados cuando disfrutamos de visibles regalías, y mostrarnos orgullosos de nuestros tiempos malos. El que no lo haya experimentado, no debe pensar sino en conducir pjaras, e imitarlas.

17 V. GARCÍA CALDERÓN, *Dolorosa y Desnuda Realidad*, París, Garnier s/a. (1915).

18 F. CONTRERAS, *Ob. cit.*, p. 45.

El modernismo puro empezó celebrando el velo de la reina Mab y con la *Canción del Oro*.¹⁹ Concluyó con la elegía de *Ariel* y el legado póstumo de *La Amada Inmóvil*. *Breve Cantar de los Cantares* para tan amargo *Eclesiastés*. Pretendieron vivir en París *para ser poetas*, cuando Rubén sufrió y gozó París *por ser poeta*. Y la estupenda tersura de Rodó se convirtió en un equilibrismo obligatorio y desalentante. Todos estos aspectos se ven, por cierto, mejor en la presentación directa que en la glosa. Un reportaje vivaz es mucho más instructivo que la exégesis más ambiciosa. Entrevistemos a Rubén.

19 MAX HENRÍQUEZ UREÑA, estudia sintéticamente los temas modernistas y anota la influencia de Pierre Louÿs y la frecuencia tópica de ajeno, laca, lágrima, seda, japonería. Véase: *El Retorno de los Galeones*, Ed. Renacimiento, Madrid s/a.

CAPITULO TERCERO

“MELIFICÓ TODA ACRITUD EL ARTE...”

“...y una sed de ilusiones infinita”.

RUBÉN DARÍO, *Cantos de Vida y Esperanza*.

Rubén Darío (1867-1916) representa el primer aletazo hacia el nuevo cielo. En 1888 cuando se iniciaba políticamente el Panamericanismo, él había publicado ya varios ensayos de estética aplicada y entonces nueva: *Primeras notas, epístolas y poemas* (1886), *Abrojos* (1887), *Canto épico a las glorias de Chile* (1887), *Rimas* (1888) y *Azul* (1888). En el brevísimo espacio de dos años produjo cinco cuadernos de poesía y había definido su tendencia: musicalidad ante todo, temario nuevo, mucho optimismo, cierto plutonismo en sus leyendas de *Azul* y el *Canto épico*, afirmación de gozo pagano, indiferencia ante la pasión humana, y grandes dosis de “literatura”. Su característica era ritmo y siempre ritmo, propensión incoercible a la similitud. En Darío como en Joyce y Proust, estaba siempre en acecho, un certero asociador de ideas y palabras. El verso que dice:

“*sentimental, sensible, sensitivo . . .*”¹

permite ver los elementos que dictarán la agreste página, riente y bruja, de *Ulises*. “Simbad el Marino, digo, Nimbad el Narino, Bimbad el Barino, Timbad el Tarino”. . . Las afirmaciones cívicas de Rubén fueron holocausto a la oportunidad —diosa de la poesía americana, un poco lebrelesca y de efemérides, por perpetuar el acento virreinal—, resultan licencias métricas antes que licencias poéticas. Un visible afán pindárico dictóle ciertas melodías de la “Marcha Triunfal”. Y hasta en *Prosas Profanas* —donde se consagró Darío como *duca, maestro e signor* —de la poesía americana— se advierten las huellas de un paganismo insomne.

El paganismo, nota típica en los modernistas, no nace así como así. Sin la decadencia romana, el cristianismo habría retardado su aparición. La *sofrosine* es enemiga de las perplejidades sentimentales: no coexiste con las peripecias y los hurgamientos ideológicos. Ser pagano equivale a despreocupación metafísica, porque implica carencia de la torva responsabilidad del Infierno. En la mitología griega al Infierno se entra en barca plácida, pagando a Caronte una moneda para atravesar sin zozobras las densas aguas de la laguna Estigia. Al Infierno cristiano ingresa Dante, guiado por Virgilio, pero de él sale con el rostro crispado para siempre por el espanto de sus alucinaciones.

Darío como casi todos los modernistas, fue al principio pagano.

En 1896, residiendo en Buenos Aires, publicó *Prosas Profanas*. Entonces González-Prada tenía ya 48 años, Díaz Mirón, 43; Gutiérrez Nájera había muerto el año anterior, igual que José Martí; Casal ya no existía desde tres años antes, y Silva luchaba contra el suicidio. Los precursores

1 *Cantos de Vida y Esperanza*, Madrid, 1905.

no experimentaron la influencia del renovador² sino en forma incidental y de rebote. González-Prada publicaría en 1901 su primera edición de *Minúsculas*, y en 1911 *Exóticas*; Díaz Mirón edita sólo en 1901 la saludable rectificación de *Lascas*.

Darío tenía ya impresos, entonces, varios libros en prosa: *Emelina* (1887), *A. de Gilbert* (1889) y las páginas bruñidas de *Los Raros* (1893). Pero, 1896 fue el año singular, el año de la definición americana. Ya circulaba *El que vendrá* de Rodó; pero en *Prosas Profanas*, nacidas en la otra ribera del Río de la Plata, encontraría el uruguayo fuente de inspiración para enunciar palabras profundas acerca de un arte americano en el cual no creía. Chocano desde las columnas de *La Neblina* trataba de conciliar la aspiración a vivir encerrado en su torre de marfil con el deseo de permanecer en contacto con la masa. Se perfilaban, entonces, Lugones, Valencia, González Martínez, Díaz Rodríguez. . .

El Buenos Aires de Darío, la "Cosmopolis" de 1896, era realmente eso: Cosmópolis. La empezaban a colmar todas las razas del mundo. Un torrente de riqueza y, por consiguiente, de comodidad y placer se apoderaba del ya enfático porteño. No digamos del argentino: del porteño. La Argentina continuaba en su existir criollo. Buenos Aires se trasfiguraba en un París pequeño, al que, sin embargo, inspiraba en su trasfondo un insobornable sople vernáculo. Pese a la presencia de millares y millares de extranjeros, de confiterías a la última moda, de carruajes magníficos, de modas *dernier cri*; pese a las chisteras y levitas del general Mansilla, a la británica elegancia de los petrimetros, al parisino atavío de las damas, cuyas expresiones y manejos evocaban la de los personajes de *Música sentimental* de Cam-

² Contreras, igual que Urbina, concede más beligerancia renovadora a Gutiérrez Nájera. Vide: CONTRERAS, *Ob. cit.*, página 39 y siguientes.

bacères; pese a la adustez con que empezaba a abrirse camino el socialismo, definido a través de Juan B. Justo, y al ululante y flamígero anarco-sindicalismo aprendido, en Italia, por José Ingenieros; pese al torvo anarquismo de ítalos y españoles, también refugiados en Rosario, ciudadela de Kropotkin, Santiago Iglesias y Malatesta; pese a todo, lo criollo se manifestaba en *patotas* y *payadas*, en *milongas* y . . . en Darío, *Prosas profanas* están saturadas de eso que un tanguista recalcitrante podría denominar, sin ánimo depresivo, “patotero sentimental”. Los amigos de Rubén, sus contertulios y discípulos, traducen con fidelidad extraordinaria ese ambiente. Antonino Lamberti y Carlos de Soussens (*sans-sou*, le dirán sus amigos, jugando con las palabras); el iracundo y hugoniano joven cordobés Leopoldo Lugones (de los Lunones. . . eh), llegado ese año de 1896 desde Córdoba; el atildado y sonoro Leopoldo Díaz; a distancia el atrabiliario y samaritano “Almafuerte” (a pesar de todo, sensible al modernismo, y ahora dicen que hasta al existencialismo), cada cual traía consigo una chispa de locura, de una locura eurocriolla, nada hispana, siempre galaica, y a ratos itálica, y griega, y rusa, y nipona, porque las japonerías se habían puesto en circulación comercial y poética, según los tumbos de las urgencias cotidianas, amanecidas en la Exposición Universal de París.

Buenos Aires era uno de los pulmones del mundo. Respiraba y dejaba respirar. Todavía, cierto, privaban las galeras y levas abotonadas hasta el cuello, y las damas usaban un atavío de princesas en destierro, paseando lánguidas y recatadas en sus lentos carruajes; pero la vida, el entusiasmo, la confianza, una bohemia ruidosa y gastadora daba el tono a la fabulosa calle Florida, inspiración de más de un poema de Rubén.

¿Dónde podía robustecerse el Modernismo mejor que en Buenos Aires, capital entonces de un nuevo mundo criollo-latino? París no habría podido ser, por ajeno a la vibra-

ción humana latente bajo el lujo verbal de los modernistas. Ni Madrid, por su invencible melancolía de aquel tiempo, aturdida por la decadencia colonial y los enredos de las camarillas palatinas. Ni México, donde una minoría exigua lograba emanciparse de las exigencias inmediatas, pero sin lograr imponer rumbo a la vida general. Buenos Aires era lo bastante múltiple, rica, superficial y apasionada, práctica y *snob*, como para lanzarse en pos del señuelo de cualquier innovador de garra fuerte, o de fina y diestra mano, tan poderosa, al cabo, como la más fuerte de las garras.

En Santiago de Chile, Rubén había hallado ancha acogida en un círculo pequeño entre unos pocos, uno de ellos el hijo del propio presidente Balmaceda, Pedro, su amigo dilecto. En Buenos Aires, hallaba otra concavidad menos oficial, más numerosa, dispuesta a jugarse el presente a cualquier postura, ya que el porvenir no contaba para nada en la imaginación de jóvenes tan enamorados del ahora.

Buenos Aires conservaría durante cuarenta años esa envidiable posición. Acudirían a ella, Meca de los esperanzados, no sólo inmigrantes humildes y tozudos, sino los artistas más diversos. No siempre los entendería el porteño, pero les prestaría su calor y les otorgaría su aplauso y su dinero, atento a cooperar a una empresa memorable.

Rubén vivió en Buenos Aires a plenitud. Las dificultades que soportara no fueron más que accidentes sin huella. De ahí que cuando llega el momento de recoger impresiones, su *Canto a la Argentina*, escrito un cuarto de siglo después de sus triunfantes días porteños, contendrá, por entre altibajos que a mí me parecen necesarios y estimulantes, mucho de espontáneo, de poderoso, de perenne.

No se podrá juzgar debidamente a la generación modernista sin apreciar lo que real e imaginariamente, era Buenos Aires. A ella acudían Florencio Sánchez y Ricardo Jaimes Freyre, de Uruguay y Bolivia, la angustia y la serenidad; de ella partían a diversos horizontes los comercian-

tes, ociosos y artistas. La ciudad quería poseer lo mejor del mundo: estatuas de Rodín y de Bourdelle, cuadros de Cézanne y de Gauguin, expresiones impares de la cultura fin de siglo. En ninguna parte podía ser mejor acunado el Modernismo, expresión de una Nueva América, como en el Buenos Aires de 1895-1910: el Buenos Aires del Centenario, cuyo involuntario *requiem* entonará, en verso maduro y sobrio, el mismísimo Darío, lejana ya la violenta epifanía de *Prosas profanas*.

Después de *Prosas Profanas* y las obras de juventud, se abre un largo paréntesis que Darío llena con algunos libros de crónicas periodísticas. El poeta no vuelve a surgir sino en 1905 con *Cantos de Vida y Esperanza*. En ese lapso de tiempo se había desvanecido su objetivismo de *dandy* tropical y la duda se clavaba en su propio corazón. Del pagano conserva nada más que aquello que sólo el cilicio vence: la lujuria. “Mas es mía el alba de oro”, dirá aún, por más que al punto musite la canción de “Phocas el campesino” y la queja lastimera de “Lo fatal”:

*Y la carne que tienta con sus frescos racimos
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos
y no saber a dónde vamos
ni de dónde venimos.*

El cantor modernista vive desorientado y en inminencia confidencial, lo cual es ya un reencuentro romántico. En “Los Cisnes”, mostrará hasta qué punto su remozamiento es en verdad un renacer. Lo nuevo, sí, pero, dentro de la discutible frase: vino viejo en odres nuevos. O viceversa. No en vano escribe entonces:

*¡Abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres
o que la tea empuñan o la daga suicida!*

Y aquello que es confesión plena de sensualidad y desencanto:

¿Qué haremos los poetas sino buscar tus lagos?

.....
A falta de laureles son muy dulces las rosas.

.....
*...La América Española, como la España entera
 fija está en el Oriente de su fatal destino...*

¿Callaremos ahora para llorar después?...

.....
*...He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros,
 que habéis sido los fieles en la desilusión...*

En 1906 aparece la *Oda a Mitre*; al año siguiente *El Canto Errante*; en 1910, *Poemas de Otoño y otros poemas* y *Canto a la Argentina*. Más tarde el póstumo *Sol del Camino*; y, en los entretantos, sus libros de prosa se sucederán más vertiginosos, culminando con *El Viaje a Nicaragua, Oro de Mallorca*, y las *Cabezas* extraídas de la revista "Mundial" de París.

Darío, en esa su modalidad pagana y, junto con un cristianismo *sui generis*, con más nihilismo que fe, atraviesa por diversas etapas. Los reporteros lo pintan en el Jardín de Luxemburgo contemplando los cisnes; Chocano relata tremendas borracheras de coñac; Nicaragua nombra a Rubén cónsul y ministro. El poeta concurre a asambleas continentales, canta al optimista, denosta al yanqui, denigra a la Academia, hispaniza y afrancesa ("Mi querida es de París"). En su conocida "Epístola a la señora de Lugones", glosa trivialmente temas esenciales que a él lo dejan, impasible, incapaz de callar más trascendencias, que las "de su propio abismo":

*...Et pour cause. Yo panamericanicé
 con un vago temor y con muy poca fe...*

*...los delegados panamericanos
que hicieron lo posible por hacer cosas buenas...*

*...la neurastenia
es un don que me vino con mi obra primigenia...*

He vuelto a leer con cierta angustia la obra y la vida de Darío para tratar de penetrar en su secreto. Y he tropezado con un yoismo trascendental, con una sensibilidad hiperestésica, con una imaginación sobrecargada de renacentismo y versallismo, con una alma blanda y pueril —*animula vagula blandula*—, desapegada de los honores, cuando provocan esfuerzo, pero íntimamente halagada con los homenajes fáciles y con la satisfacción de sus menudos placeres. Fue un bohemio, fin-de-siglo, a quienes sus contemporáneos miraron como objeto de lujo perdonándole toda flaqueza personal, porque era aquel un tiempo en que la tolerancia presidía el mundo, ese mundo confortable de 1900 “la belle époque”, seguro de lograr, en blando deslizamiento, los ambiciosos ideales décimonónicos.

Si a ratos protesta Rubén contra el yanqui, lo hace en virtud de un criterio especial. A Darío, como a los modernistas, le molesta, que “tantos millones de hombres hablabamos inglés”, así como le molesta la fanfarrona admiración a Roosevelt a quien considera como emblema de un país desprovisto de espíritu según el juicio de Rodó. Pero Darío no va más adentro ni más allá. Le falla la sensibilidad social. Poeta de aristocracia, “abate joven de los madrigales”, su musa tiene la banalidad adorable de un abanico, de un objeto de orfebrería. Y él es la más alta cumbre de la musicalidad hispana y del desarraigamiento indoamericano, desde el punto de vista vernáculo.^{2b} En cambio, como *me-*

^{2b} Cfr.: EDELBERTO TORRES, *Vida de Rubén Darío*, México, 1952; JAIME TORRES BODET, *Rubén Darío*, México, 1966.

teco, es decir, como auténtico hijo de nuestro fin-de-siglo, nadie sobrepuja a Darío, ni tan siquiera Gómez Carrillo, el cronista espadachín.

Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), de Guatemala, centroamericano como Darío, compartió con él la devoción a París y el sentido pagano de sus temas y sus ritmos.³ Enamorado de la vida sensual, Adonis de bigotillo mosquetero, nació a la vida bajo la égida de los simbolistas y parnasianos franceses, y en ellos y en las mujeres de París, aprendió a amar a Europa y buscar para su estilo modelos más ágiles que los de España. Como Loti y Farrère sintió la tentación del viaje, y trajo estampas amorosas, tentadoras, del Yoshiwara, en su *Japón Heroico y Galante*, frisos trémulos en su *Grecia*, una equívoca pasión religiosa, mitad Renán, mitad Eça Queiroz, en *Jerusalén y Flores de Penitencia*, y mil trozos de vida en las admirables crónicas con las que formó muchos volúmenes entre ellos uno titulado *El modernismo*. A Gómez Carrillo le preocuparon intensamente las cuestiones del estilo. . . y del confort. Quizá pensaba en éste cuando casó con la hija de un ex presidente del Perú, en quien vio no solamente a una mujer hermosa e inteligente, sino también a la heredera o partícipe de una supuesta enorme fortuna obtenida a la sombra del poder. Buscando amor y boato logró conquistar, ya maduro, a Raquel Meller, y hacer suya la fama de "La Violetera". Existencia dilapidada entre desafíos, trasnoches, deseo y espasmos, su literatura cobra cierto aire anémico, no obstante la sabiduría del cronista que fue —y como pocos— Gómez Carrillo. Iluminaba su estilo y su destino. En las páginas de *Treinta Años de mi Vida* se le ve cínico, vicioso, desaprensivo, pero siempre artista. No deja una gran obra

3 Ver: JUAN M. MENDOZA, *Enrique Gómez Carrillo*, 2ª ed. 2 vols. Guatemala, 1946; ZOILA A. CÁCERES, *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, Madrid, 1929.

literaria, pero enseñó a muchos el camino del arte. Ventura García Calderón no habría nacido acaso sin Gómez Carrillo. El amigo de Moréas y confidente en los últimos años de Verlaine, ese guatemalteco, bello como un Narciso y audaz como un d'Artagnan, poseía la endiablada ciencia de la sugestión y del derroche. Su signo fueron el confort, la sensualidad y el paramentalismo. Amó siempre en vitrina; gozó siempre en escaparate. Poseía el sentido yanqui de la publicidad en el *boudoir* y el boulevard. Su intensidad se mide por la de los otros, en quienes se amortigua el eco del modelo. Casanova centroamericano, acompañó a Darío en sus andanzas y gozó, como él, del doble prestigio de una fantasía exuberante y de una conducta tronchada a cada amanecer.

En José Santos Chocano asoma igual desaprensión por la conducta, idéntico amor a la forma literaria, a lo suntuario: al *confort*. No fue bohemio ni héroe de *boulevard* y *boudoir*, sino una especie de "bandolero divino", más cerca de Cecil Rhodes y Basil Zaharoff que de Casanova. Chocano (1875-1934) poseyó el don de la actualidad, de la oportunidad. Es un curioso caso de vate y vidente. El poeta malograba al político y al financista. El financista perjudicó al poeta, trocando el matiz en color nítido, y la sugerencia en exactitud.^{3b}

...*No trece hombres, trece pueblos pasarían esa raya...*
(En la Armería Real).

...*cuarenta millones de indios...*
(El Imperio del Sol).

...*veinte pastores con sus cuarenta bueyes...*

^{3b} L.A. SÁNCHEZ, *Aladino. Vida y obra de José Santos Chocano*, México, 1960.

...treinta *noches estuve, siento horror todavía...*
(La Casa Vacía).

El guarismo no es ajeno a la poesía a veces contable de este imaginero con algo de conquistador, al punto de que rotula *Oro de Indias* su libro capital. Hasta el imprecuar contra la voracidad de los Estados Unidos, el poeta usa incansablemente elementos ornamentales:

*Los Estados Unidos como argolla de bronce
contra un clavo torturan de la América un pie,
y la América debe, ya que aspira a ser libre,
imitarles primero e igualarles después...*

*...Desconfiemos del Hombre de los ojos azules,
cuando quiera robarnos el calor del hogar,
y con pieles de búfalos un tapiz nos regale
y lo clave con discos de sonoro metal.*

Chocano representa la imaginación que trata de ser exacta. Exuberante, pero con cifra precisa. Elevada a doble, triple o quintuple potencia; nunca a *n* potencia. En su inspiración no existe el signo de infinito que, en cambio, presidía su cálculos de soñador político. También profesó un antiyanquismo exterior y temporario. Amó intensamente el lujo. Le mató su propia imaginación. Vivió de azar en azar; condenado a muerte, salvó de prodigio; cuando mató a un escritor, no mostró pena, sino soberbia; y, finalmente, fue a caer bajo el puñal de un obsecado.

Pocos escritores indoamericanos y españoles han ganado el dinero que Chocano durante su vida. Murió en franciscana pobreza. No omitió nada para satisfacer su sensualidad. Sensualidad de la gloria, del sexo, del paladar, del olfato, del nuevo sentido de la ostentación. Sed de poder y de tener. Tipo afirmativo de adalid. *Condottiero*,

conquistador y pirata; su obra es tenaz y avasallante. No toma por sorpresa, como Darío; rinde con método. Sus blanduras son fugaces; en él predomina el tono rotundo. Sus temas no lucen *morbidezza*. La galantería en él resulta *ronda* a una metáfora o parodia de una estampa antigua, sin la delectación de la frase, y por la frase, sin capacidad para prolongar una antesala emotiva. Desde *En la aldea* (1895) hasta *Primicias de Oro de Indias* (1934), pasando por *Alma América*, *Fiat Lux*, *Ayacucho* y *los Andes* y sus panfletos en prosa, Chocano fue poeta de garra y hombre de presa, capaz de penetrantes consejos a condición de que le garantizaran la libre disposición de su albedrío.

Tormentosa es también la biografía de Rufino Blanco Fombona (1874-1944). Iniciado en la literatura hacia 1895, con su libro *Patria*, dispuso de todo lo necesario para una vida fácil, pero la política rijosa e implacable de Venezuela lo arrastró en sus marejadas y lo arrojó a la prisión, primero, y al destierro, después. La biografía de Blanco Fombona, espadachín, donjuanesco y gozador por tanto, se parece a la de Chocano en su voluntad de poder, en su desenfado. Pero se diferencia en la orientación sustancial, Blanco Fombona no transigió con la tiranía de Juan Vicente Gómez. Sin embargo, Fombona dista de ser un asceta, y su perseverancia se reduce a fidelidad a ciertos ideales cívicos. Fombona publicó en 1898, poco después del deslumbramiento de *Prosas Profanas*, su libro de poemas *Trovadores* y *Trovas*, y, al año siguiente, sus *Cuentos de poeta*. Era el tiempo en el cual todo lirida alternaba poema, cuento y crónica. Lo mismo había ocurrido y ocurriría con Gutiérrez Nájera, Rubén, Díaz Rodríguez, Rodó, Pedro César Dominici, Emilio Rodríguez Mendoza, Carlos Pezoa Véliz y otros. Fombona lanzó después *Pequeña Opera Lírica* (1904) y *Cuentos Americanos*; en 1911, los *Cantos de la prisión y del destierro*, cuyo prólogo revela su carácter beligerante, ahincado en *Judas Capito-*

lino (1912). Blanco Fombona escribía al mismo tiempo, novelas realistas, ensayos críticos y páginas de polémica política. En las primeras, *El Hombre de Hierro* (1907), *El Hombre de Oro* (1916), *La Mitra en la Mano* (1927), *La Bella y la Bestia* (1931), y aun *el Diario de mi Vida* (1929) y *Tragedias Grotescas* (1928), predominan el naturalista y el panfletario. En las segundas, *Letras y Letrados de Hispano-América* (1908), *La Lámpara de Aladino* (1915), *Grandes Escritores de América* (1917), *El Modernismo y los Poetas Modernistas* (1929), etc., es más insistente la huella modernista. En los terceros —*Judas Capitolino*, las novelas *Máscara Heroica*, *La Bella y la Bestia*, etc.— triunfa la pasión. Blanco Fombona nació bajo el signo modernista y se emancipó de él por su temperamento demasiado vigoroso. No es un “sentimental, sensible y sensitivo” como Rubén. Es, ante todo, “pasional”. Su enfoque de la realidad lo ubica en la novela, sustrayéndolo al poema en el que, sí, aflora el modernista. De él son estos versos:

*Los cantos mejores son nuestros amores
son nuestros amores y nuestros dolores . . .
.....
. . . El mejor poema es el de la vida;
de un piano, en la noche, la nota perdida,
la estela de un barco . . .*⁴.

Ansia de apurar la vida, el presente y cierta —no sabría decir— desconfianza, menosprecio o temor del porvenir. Porque frente al pasado, Blanco Fombona —véase su notable “Biblioteca América”—, se muestra como un cultor constante del pretérito republicano, y cual un pertinaz bolivarista épico-documental.

4 R. BLANCO FOMBONA, *Pequeña Opera Lírica* (1904).

*“Adoro la gente que adora la errante
vida. La bohemia libre y trashumante,
seguí sus pendones, eché a caminar
y en burgos y en villas me puse a cantar.”*⁵

*...¿Qué lauro a la frente?
¿El de Marte corona académica o beso de amor?”*⁶

Así definía Blanco Fombona joven, su horizonte de vida. En ello se parece mucho a Darío, Chocano, Urbina, González Martínez y al propio Rodó, cuyo trascendentalismo oculta un invencible e indisimulable afán de evadirse de la rutina diaria por la ventana de la mutabilidad, a la que algunos apellidaron renovación.

Ricardo Jaimes Freyre (1872-1934) y Franz Tamayo (1879-195) representan a Bolivia en este movimiento. Prácticamente Jaimes Freyre es escritor de un solo libro, porque toda su obra poética —en la que hay mucho de docente e histórico—, se condensa en *Castalia Bárbara* (1899), colección de poemas cuyas exégesis preceptiva están en el libro titulado *Leyes de la versificación castellana* (1912), por el propio autor. Lo característico en este poeta es su tersura parnasiana, su sometimiento frío a un canon, su impasibilidad y su destreza métrica, al par que una permanente vigilia imaginativa. Se parece a Valencia por lo exacto, a Darío por lo brillante, a Sanín Cano por lo sobrio y a González Martínez por lo intenso. Sin duda, Leconte de Lisle, a ratos más que Verlaine, anduvo de legislador entre la promoción modernista.

Los modernistas se dividieron en dos grupos netos; los verlenianos como Rubén y Nervo, eran “sentimentales, sensibles y sensitivos”; y los lecontianos, como Valencia y

5 R. BLANCO FOMBONA, en *Pequeña Opera Lírica*.

6 R. BLANCO FOMBONA, *Cantos de la prisión y del destierro*.

Jaimes Freyre, eran imaginadores, eruditos, concisos y plásticos.

Guillermo Valencia (1872-1943), siguió la orientación parnasiano-modernista de Jaimes Freyre. Encarna el severo gusto académico de Colombia, representada en la prosa, por el parco, erudito y alerta Baldomero Sanín Cano (1861-195), gramático como Cuervo, insatisfecho como Silva, irónico como Luis Carlos López, y preciso como Valencia. También es Valencia, igual que Jaimes Freyre, poeta de un solo libro: *Ritos* (1898). Porque *Catay* (1928) y las nuevas ediciones y antologías no representan sino rapsodia en torno de la obra central. Meditativo y meticuloso, busca la palabra cabal, flaubertianamente, y, también flaubertianamente, inquiere temas intemporales en los que la fantasía desarrolla su brioso galope, como para deslumbrar a los aristocráticos espectadores que siguen la carrera desde la *pelouse*. Nada hay en Valencia que recuerde a América, excepto su poema a José Asunción Silva y su sonoridad dispar de la española. Todo él se proyecta hacia la busca de la forma. El estilo es su pasión. No intentará jamás la proeza de un soneto de “trece versos” como Rubén, pero, en cambio, coincidirá con él en la orfebrería cegadora de adjetivos y metáforas:

*Allí los metros raros de musicales timbres
ya móviles y largos como jugosos mimbres. . .*

dirá en su poema “Leyendo a Silva”.

Y a esta pesquisa de la forma añadirá un gesto de soberbio individualismo, de culto a las *élites*, al aconsejar con Renán:

*¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arena
sólo su arteria rota la Humanidad redime. . .*

*...Y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro
dirá que vió un camello con honda pesadumbre
mirando silencioso dos fuentes de zafiro... 7*

Casi nada de pasión individual, de emoción colectiva. A pesar de "Anarkos", ninguna concesión a la multitud. Desprecio olímpico a la "sorda muchedumbre". Convicción de que "sólo su arteria rota (la del poeta) la humanidad redime". Búsqueda afanosa del vocablo necesario y luminoso. Sometimiento del elemento emotivo a la justeza expresiva: "parnasianismo" que en su traducción americana significa "modernismo", como lo fueran ya las rapsodias lecontianas de Leopoldo Díaz (1862), el marmóreo autor de *Los Genios* (1888), *Bajorrelieves* (1895), *El sueño de una noche de Invierno* (1928), etc.

Luis G. Urbina (1867-1936) luce ante la vida una actitud semejante a la de Valencia, aunque sea distinta su postura ante el arte. Urbina es un sobreviviente del romanticismo, pero sin la idolatría del pasado que aparece en los románticos, coincidiendo, en cambio, con el presentismo de los modernistas.

*Vivo y basta. Muerdo los frutos amargos
de mi otoño, anuncio de un vecino invierno;
para mi fastidio los días son largos
áspera la piedra y el camino eterno. 8*

.....
*Y la lámpara me dijo: Alma ve turbia y sola
sin un lirio en la margen ni una estrella en la ola
a correr en las llanuras y a perderse en el mar 9.*

7 G. VALENCIA, "Los Camellos" en el libro *Ritos*.

8 LUIS G. URBINA, *Lámparas de Agonía*, 1914.

9 LUIS G. URBINA, *El Glosario de la Vida Vulgar*, 1916.

Urbina sigue la trayectoria espiritual de Rubén: sonoridad de la palabra, disfrute de la vida. ¿Acaso en Nervo —cuya primera educación clerical y su casi profesión monástica debieron inclinarle a meditaciones más desesperadas—, acaso en Nervo no subsiste análogo hedonismo, aunque traducido a lenguaje franciscano?

*Yo soy un alma pensativa. ¿Sabes
lo que es un alma pensativa? — Triste
pero con esa fría melancolía
de las suaves
diafanidades. Todo lo que existe
cuando es diáfano es sereno y triste.*¹⁰

El poeta (1870-1919) que se había revelado con *Perlas negras* (1898), se expresaba ya así en *El Exodo* y *las Flores del Camino*, su cuarto libro publicado a los 32 años. Doce más tarde, y cuando ya tenía sobre el espíritu la tragedia de la muerte de Anita (“*era llena de gracia como el Ave María - quien la vió no la pudo ya jamás olvidar*”), doce años después escribiría en *Serenidad* (1914).

*¿Versos autobiográficos? Ahí están mis canciones,
allí están mis poemas: yo, como las naciones
venturosas y a ejemplo de la mujer honrada,
no tengo historia: nunca me ha sucedido nada.
Oh, noble amiga ignota: si pudiera contarte . . .
Allá en mis años mozos, adiviné del Arte
la armonía y el ritmo, caros al Musageta,
y pudiendo ser rico preferí ser poeta.
¿Y después? He sufrido como todos y he amado.
¿Mucho? Lo suficiente para ser perdonado.*

10 AMADO NERVO, *El Exodo*, 1902.

En Leopoldo Lugones (1874-1938) surgen como en Chocano, la fuerza paramental, el yoísmo absoluto, la soberbia sonora, enfática, la sumisión ante el verbo, la esclavitud al ademán. En *Las Montañas de Oro* (1897) el tono predominante es victorhuguesco. Ha captado del ritmo rubendaríaco el brillo, pero carece del sentido del matiz. Su "Oda a la desnudez" y su "Oda a la noche" tienen más del modo oratorio y apasionado de Hugo que de la ágil y sutil vibración de los violines de Rubén. Pero quien creyó que ello era algo connatural encontraría su mentís cuando, en *Los Crepúsculos del Jardín* (1905), Lugones cambió totalmente la decoración y el ritmo de sus versos, coincidiendo en la pista suntuosa y fulgurante de Herrera y Reissig. Ese mismo año su prosa se crispa, a lo Sarmiento, desmañada pero intensa, en *La Guerra Gaucha*, luego parte en pos de Laforgue en *Lunario sentimental* (1908), y después alterna diversos acentos, a punto tal que él llega a parecer muchos escritores en una sola persona, como se observa en la gama que va de la *Historia de Sarmiento* (1911) y las *Odas Seculares* (1910), a *El Libro Fiel* (1912), *El libro de los paisajes* (1917), *Romancero* (1924) y *Poemas Solariegos* (1928) hasta llegar a esa pesada rapsodia administrativa que es *La Grande Argentina* (1930). No olvidemos que en *Lunario Sentimental* Lugones dice que el "fin supremo (del verso) es agradar".

A través de toda la obra lugonesca se advierte constantemente el predominio de lo individual, y, con ello, de la nota actualista, una especie de acento periodístico, que podría ser denominado sentido de la oportunidad.

De entonces hasta su muerte no varió sustancialmente el criterio ético y estético de Leopoldo Lugones. Sus versos definen una actitud, una conducta. Más adelante, habrá ocasión de cotejar los actos con los versos. Pero, el individualismo, el sentido aristocrático, ese desdén, que aparece en Valencia y que en Díaz Mirón inspira los inolvida-

bles versos "A Gloria" ("*Hay plumajes que cruzan el pantano —y no se manchan: mi plumaje es de éstos*"), alcanzan una arrogancia viril, jactanciosa, en el poderoso poeta de Buenos Aires, en el ateo socialista de *La Montaña*, trocado más tarde en el católico del Suplemento de *La Nación*.

Con Julio Herrera y Reissig (1875-1910), poeta limpio de intereses terrestres, poeta puro, con perdón del abate Bremmond, florece lo más recamado, suntuoso y significativo de la ornamentación modernista. Sus *Peregrinos de Piedra*, sus *Pascuas del Tiempo*, sus *Eglogas de las Montañas*, y, en general, todas sus colecciones de versos y prosas, su vida entera, revelan a un artista emancipado de la actualidad, a un artista certero, brillante y, paradójicamente, exacto, en medio de la vagorosidad de sus poemas. Ningún poeta americano compite y, acaso, difícilmente competirá, con Herrera y Reissig. Su imaginación, la calidad de sus sueños, su mórbido paladeo de la palabra, esa su técnica, no igualada hasta ahora, del soneto, esos hallazgos verbales, que, en realidad y como siempre, son hallazgos imaginativos y sensitivos, no han aparecido con igual brillo en la poesía castellana.

La prosa, como ya hemos visto, en el propio Rubén, en Gómez Carrillo y Lugones, también se cuaja de exotismos. Con Rodó la ornamentación alcanzará uno de las notas más típicas. Pero, J. M. Vargas Vila (1863-1933) es quien representa lo más característico e inconfundible de la prosa modernista. El autor de *Archipiélago Sonoro*, *El Rosal Pensativo*, *Rosas de la Tarde*, *Flor de Fango*, *Césares de la Decadencia*, *La Caída del Cóndor*, *Rubén Darío*, aquel gran panfletario, aunque novelista cursilón, logró adquirir una prosa que se confundía con el verso, no sólo por su ritmo interno, sino también por la calidad de sus figuras, por su manera pictórica, eminentemente plástica, José María Vargas Vila, extralimitado en muchedumbre de libros

sobre temas excesiva y epidérmicamente emotivos, es, sin embargo uno de los emblemas de la prosa modernista. Como sus compañeros de escuela, poseyó, en alto grado, el individualismo, que para él se convirtió en egolatría extremísima, y el culto a la frase, por encima del respeto al pensamiento; pero a menudo, la palabra arrastró tras de sí al gesto, a la idea, a la conducta. Alberto Ghiraldo (1874-1946), tocado de emoción social, apenas puede negar su conformación modernista, no sólo por el culto permanente a la memoria de Darío —edita sus obras completas al par que las de Martí—, sino por su frase oratoria, aun cuando trate de plantear ideas concretas y desnudas, como en *Yanquilandia Bárbara*. Pero, quien ha leído *Humano Ardor* (*El mal metafísico* de Manuel Gálvez se le parece), novela que pinta la crisis espiritual de una generación colocada ante encontrados caminos, comprende perfectamente la actitud y el estilo de Ghiraldo, hombre por su conducta, más de hoy que de ayer.

Santiago Argüello (1872-1940) nicaragüense como Rubén; Emilio Rodríguez Mendoza (1873-1958?), chileno, Carlos Reyles (1869-1938), uruguayo, representan también instantes típicos de la prosa modernista.

Rodríguez Mendoza, escribió un primer libro, sintomáticamente intitulado *Gotas de Absintio*. En *De la Manigua*, se reveló descriptor plástico y sonoro, enamorado de la sensibilidad, del verbo, *Santa Colonia, Como si fuera ayer*, y aún, *América Bárbara* (1934) y *El Libro de las Fundaciones* (1936) nos presentan a un escritor rendido a la frase recamada, el cual en virtud de ser un esteta, adquirió cierta sonoridad antigua, salpicada de sabrosos criollismos: novador audaz y sávido; visión antes que entendimiento, sensación antes que sentimentalidad.

Carlos Reyles, el autor de *Beba* (1894), *La Raza de Caín* (1900), *La Muerte del Cisne* (1910), *El Terruño* (1916), *Diálogos Olímpicos* (1918), *El Embrujo de Sevi-*

lla (1922), *El Gaucho Florido* (1932), sobresale como un plástico antes que toda otra cosa. En su vida, lo *presente* es siempre más poderoso que los otros tiempos del Tiempo. Y en su reflexión —leamos *Incitaciones*—, asoma el escepticismo jubiloso y aristocrático de todos los modernistas. Todo sentimiento colectivo queda al margen de su obra. El tema es siempre convite a la decoración. Literatura sugestiva, suntuaria. Estilo cuajado de imágenes. Las ideas, no muchas. La sonoridad, no poca. Es lo mismo que se observa en *Camino de Perfección*, *Idolos Rotos* y *Sangre Patricia* de Manuel Díaz Rodríguez, o en el *Castillo de Elsinor* y *Palabras* de Pedro Emilio Coll. El privilegio de desgarrarse, a pesar del optimismo y aun a causa de lo propio, quedó reservado para Rubén. Por eso él cifra y compendia el modernismo. La mayoría de los demás sólo miró el fulgor del maestro. Mariposas brillantes y polícromas, seductoras, pero demasiadas perecederas. 1914 fue el faro —faro rojizo, de ensangrentados destellos— que derritió muchas alas de cera. 1914: fecha de la caída de muchos Icaros. Cuando avancemos en estas biografías y su escenario, se verá mejor por qué el modernismo deslumbró tanto y duró tan poco en lo que pudiera llamarse su etapa eruptiva, para adensarse en moldes permanentes y persuasivos hasta hoy. Reconociendo el enorme valor inicial del movimiento, es necesario reajustar conceptos acerca de él y revisarlo tal vez con excesiva y por tanto injusta severidad.

CAPITULO CUARTO

“A FALTA DE LAURELES...”

A falta de laureles, son muy dulces las
rosas,
y a falta de victorias, busquemos los
halagos.

RUBÉN DARÍO, *Los Cisnes*.

En 1896, fecha de la aparición de *Prosas Profanas* y punto de partida oficial del movimiento modernista, Indoamérica vivía una etapa singular. En realidad debiera hablar aquí de “América Latina”, y no de Indoamérica ni de Hispanoamérica, porque lo predominante entonces era el mito de la cultura y de la raza latinas; nadie deseaba entroncarse con los pobladores aborígenes, cafres ni mestizos. Sin embargo, Pedro Emilio Coll, destacado postmodernista venezolano, opinaba en *El Castillo de Elsinor*, que el “mito de la raza latina es absurdo”, y que la raza, en general, no es sino “un pueblo que se ha establecido en una región.”¹ Ya el gran José Victorino Lastarria había identificado latinismo con imperialismo espiritual, contrario al rumbo americano.²

1 PEDRO EMILIO COLL, *El Castillo de Elsinor*, Madrid, pág. 42.
2 J. V. LASTARRIA, *La América*, Ed. Amberes, 1867.

Experimentábase en aquellos días un visible sacudimiento cívico. Después de las desgarraduras internacionales de 1864-1884, se iniciaba el reajuste interno, y, por consiguiente, cierto hervor político. Como resultado de ello, la moda imperante ordenaba a los gobiernos rendir cuentas al pueblo, aunque se burlara a éste en los hechos y a sabiendas. Acababa de pasar todo el continente por aleccionadoras experiencias. En México se acentuaba la autoridad de Porfirio Díaz, quien trataba de adaptarse a una filosofía —la comtiana—, alentada por la enseñanza positivista de don Gabino Barreda. En Centroamérica imponían su señuelo autocracias sometidas a la creciente hegemonía yanqui, la cual, para consolidar su poder hacía más cerrado el monopolio de la United Fruit y urgía a que se le concediera permiso para abrir un canal en Nicaragua. En Cuba se alzaban los nativos contra España, alentados por Estados Unidos. Cuba, a pesar de la enseñanza de Casal y del magnífico ejemplo de Martí, no parecía tierra propicia al modernismo. Sus dolores eran todavía muy recientes para entregarse a labores suntuarias.

Venezuela se sacudía de un largo viaje por Citeres bajo la égida barbuda, lucidora y autocrática del “Ilustre Americano”. En efecto, Guzmán Blanco había acostumbrado al pueblo venezolano, que vibrara dramáticamente entre las cabalgatas de Bolívar, los ataques feroces de José Félix Ribas, las bárbaras cacerías de Boves y el fragor tempestuoso de los Monagas; Guzmán Blanco le había inculcado —pese a Cecilio Acosta—, el anhelo por la paz a cualquier precio; era lógico que en Venezuela brotaran inmediatamente no sólo ejecutores, sino heraldos del modernismo. Bajo batuta gramatical y filológica, Colombia soportaba la guerra civil entre conservadores y liberales. Abríanse las jornadas de los “Mil Días”; el general Rafael Uribe deambulaba por el país incitando a romper el molde conventual que el cambiante poeta y mandón Rafael Núñez impusiera

sin atender tampoco al precio. En el Ecuador, como en Colombia, exultaba la pasión política por lo que el modernismo no se afincó en él, sino mucho más tarde. En el Perú acababa de triunfar contra el militarismo, un vasto movimiento populista al cual se adhirió Chocano. Hasta la calma pelucona de Chile sufría violentas conmociones. El gobernante Balmaceda, presidencialista pero no oligárquico, cuyo secretario era un joven escritor modernista, Rodríguez Mendoza (hermano de Emilio), hubo de suicidarse en 1891, tras los desastres de Concón y La Placilla. En la Argentina surgía el Radicalismo; Leandro Alem después de indicar el camino a seguir por las nuevas generaciones para vencer a las oligarquías, se pegó un tiro; José Batlle y Ordóñez comenzaba a ser el abanderado de una vigorosa insurgencia popular, al frente del Partido Colorado Uruguayo, con normas anticlericales, anticonservadoras y populistas.

En los europeizantes países del Plata, las convulsiones cívicas se desarrollaban dentro de la ley, por mucho que a Batlle le acecharan atentados y revoluciones y que Alem después de destierro y prisiones hubiera de arancarse la vida con sus propia mano el mismo año de la aparición de *Prosas Profanas*. Así fue cómo en la Argentina y, algo menos, en Uruguay, dio tan magníficos frutos el modernismo al par que el anarquismo individualista e insatisfecho. Por último, Paraguay, retardado por la hecatombe del 70, trataba de encauzarse por una senda llamada liberal, mientras que Bolivia vivía bajo el signo terrible del enclaustramiento, cuya asfixia ponía notas de un patético romanticismo en vítores y protestas literarias.

Evidentemente, por entonces se advertía un despertar de las masas. Políticos hábiles realizaban ante ellas —desprevenidas y absortas—, rapidísimos juegos malabares, embriujándolas con sus escamoteos.

Esa era la América que encontraron los modernistas. Ahí donde fue indispensable definirse, el escritor se mantuvo a la expectativa y limitó sus arrebatos. Ahí donde la paz política y la discusión verbal permitieron *confort* y *ruido*, el escritor lució como *vedette* o *prima donna*.

Había nacido el sentido de la comodidad. Escribe André Siegfried en su aguda *La Crise Britannique du XXème Siècle* que el descubrimiento de América Latina como campo de materias primas por parte de los yanquis, dio impulso al boato, y secundó el parisianismo de nuestras *élites*; *ergo*; contribuyó a crear el modernismo. El escritor no sería ya un favorito —como los bufones—, ni un intérprete como los bardos. Fue un objeto suntuario, una Tanagera, un biombillo de laca, una japonería, un *bibelot*. Y naturalmente, su modo estético tuvo a menudo (no siempre) algo de lo arrogante, dispendioso, seductor y trivial de un *gigoló*. Sin buscarlo él, ni quererlo, se convirtió en el “mantenido” de los Estados plutocráticos. Un autócrata discutible de Nicaragua se pagó el gusto de tener por cónsul y ministro a Rubén Darío. Estrada Cabrera y sus precursores se ufanaban de Gómez Carrillo. Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez lucieron por el mundo, como sus personeros permanentes u ocasionales, a César Zumeta, Manuel Díaz Rodríguez, José Gil Fortoul, Pedro Emilio Coll. El civilismo peruano enarbolaría a los García Calderón, quienes sin embargo, se sentían ajenos a él.

Algunos de estos escritores mantienen hasta hoy enhies-to su airón. Pero, en muchos el orgullo fue sólo penacho. Lugones que empezó con actitudes anarquistas, encalló en el elogio a la “hora de la espada”. Vargas Vila y Alberto Ghirardo —dos caracteres diversos—, no arriaron bandera, pero se dedicaron excesivamente a la pirotecnia de la proclama. Aun al escribir sus novelas permanecieron innecesariamente fieles al panfleto. La crítica en sus manos sería también crítica panfletaria, esencialmente demoledora. Sus

argumentos no admiten, por lo general, sino dos clases de tipos: ángeles o demonios. El gaucho justiciero y el milico abusador de Ghiraldo, corresponden al magnate corrompido y a la mujer caída —casi siempre santa—, a las “rameras vírgenes” de Vargas Vila. He aquí dos importantes potencias retóricas. Las dos tendrán que subsistir a vivo esfuerzo; Vargas Vila labrando su plinto a costa de teatralidad y desplante; Ghiraldo adoptando una actitud intransigente, para una vida sobria y abnegada, bajo el azote de todos los vientos.

Otros modernistas como Carlos Reyles, Manuel Ugarte, Samuel Blixen tiraron su patrimonio en andanzas y experiencias. Reyles extrajo de todo ello una madurez bulliciosa y una sapiente ancianidad. Ugarte, al cabo de años de apostolado, tiene un atardecer escéptico y claudicante. Enrique Larreta administrará el buen éxito de su libro primerizo a la medida de su fortuna privada, acrecentando su legítima fama. Y todos, volcados hacia Europa; todos, enamorados de París. Si algún día el estanciero se abaja para grabar las páginas de *Beba* y *El Terruño*, será como un avatar, vencedor grito de la raza. De puro amar la tierra, recurrirán a explotarla, unas veces con el arado, por medio de mayordomos, y otras en cuadros literarios; en ambos casos el colofón tuvo por escenario a Europa. Maestros del buen decir y el sonoro pensar, anhelaron liquidar la etapa insurreccional y la *montonera* americana sin participar mucho en ello. ¡Eterno problema de la ética y la estética, que, muy de tarde en tarde, se dan cita juntamente en uno que otro personaje cimero, pero que casi siempre andan divorciadas! ¡No todos los días surge un Montalvo, gran artista y luchador indomable; ni un González Prada, estilista eximio en vida y obra, ni un Herrera y Reissig, cuya existencia transcurrió en la misma atmósfera de irrealidad que su poesía; ni un Rodó, marmóreo en actitud y libro!

Las principales biografías modernistas muestran un quebrado panorama. Darío, bebedor pertinaz, oscilaba entre la piedad y la licencia. Amor a la carne, pero miedo al demonio: y, entre aquella afición y este terror, se debatió su vida entera. Lugones amaneció cantando a la anarquía; rindióse al estético halago modernista; cultivó disciplinas griegas; cantó a Sarmiento. Cuando surgió el relativismo, Lugones no dejó de echar su cuarto a espadas acerca de Einstein. Historió a los jesuitas y cantó épicamente la guerra gaucha. Cooperó con el socialismo y acabó de católico, para rubricar su vida con el suicidio. En enero de 1925, pronunció su ditirambo a "la hora de la espada" y desde entonces se deslizó por el plano inclinado de un vehemente afán reaccionario. A través de tales metamorfosis y de su dramático suicidio nos deja una enseñanza: la de haber sido leal a su narcisismo.

Chocano tiene una conducta análoga. Indoblegable en su voluntad de ser. Cometió errores, excesos y delitos. La sociedad en que vivía lo toleraba a título de "objeto de lujo". Como escritor, no contenía ideas explosivas. Cantaba y ensordecía cantando. Chocano cortejó y zahirió a los poderosos. Gran aventurero, subrayó con el peligro de sí mismo, sus audaces juicios. Le condenaron a muerte por aliado del dictador Estrada Cabrera, y el mundo se puso a su lado ante semejante posible pérdida. (En cambio, después suprimieron o estuvieron en trance de suprimir a un Liebnicht, un Trotski, a un Largo Caballero, a un Haya de la Torre, y los mismos magnates de la política y la "intelligentzia" enmudecieron porque ahora saben que las ideas, trocadas en acción, son beligerantes y no se trata sólo de apóstrofes sonoros y vistosos.)

Díaz Rodríguez, forjador de magníficos cuentos, novelas y "sermones líricos", sirvió como diplomático a Juan Vicente Gómez, al igual que Zumeta, Arcaya y José Gil

Fortoul. (Pero yo escuché de Díaz Rodríguez la dolorosa confidencia de su íntima disconformidad.)

Jaimes Freyre también fue Ministro y delegado de Bolivia —¿de qué sistema político y social, de qué ideología?— en multitud de certámenes. Objeto de lujo, el grande y arisco Franz Tamayo (1879-1956), el autor de *Prometeida* (1917), al ser proclamado presidente de Bolivia (1935), durante la guerra con Paraguay, entonó un loor a Grecia posponiendo la tragedia del Chaco y el dolor de los aimaras. Guillermo Valencia, senador y ministro, señor de horca y cuchillo de Popayán, público defensor de la pena de muerte y conservador a ultranza, es otro ejemplo del “parecer” y el “lucir” de los modernistas. En cambio, Baldomero Sanín Cano hubo de emigrar y labrarse, lejos de su patria, la personalidad que hoy posee, a puro luchar con la vida, sin apoyos oficiales ni andaderas burocráticas, motivo por el cual —amén de sus méritos literarios—, la juventud colombiana le rindió pleito homenaje en 1935, poco después de haber publicado en su plenitud mental *Divagaciones filológicas*.

Herrera y Reissig, al margen de este mundo, conservó el señorío que le venía de estirpe, en su desvencijada y fantástica *Torre de los Panoramas*. Amado Nervo, Ministro de México, amó durante diez años a una mujer —Anita—, pero las necesidades del “parecer” pudieron más que su amor, y ocultó aquella pasión alta y limpia; y sólo después de la muerte del poeta —como diplomático en Montevideo—, se logró conocer en su integridad el idilio que inspiró las trémulas páginas de *La Amada Inmóvil*.

Como contraste Blanco Fombona forma filas con Sanín Cano, Vaz Ferreira, Ingenieros, Korn, el contradictorio Vasconcelos, Ghirardo, Vargas Vila, en la pelea constante por conseguir y defender, tenazmente, su independencia en la vida. Mercader en Holanda, después de haber sido prisionero político en Caracas, fue espadachín en París y editor

en Madrid, manteniendo siempre su fervor por América. Su poderosa devoción a Bolívar, a su raza y a su tierra, a la libertad y al arte, le otorgan indiscutible rango. La anécdota se detiene frecuentemente en sus intemperancias. Pero por encima de los episodios chocantes, está el hombre.

Carlos Arturo Torres, diplomático también, vivirá como burgués y pensará como aristócrata, menos tempestuoso que Lugones, menos eufemístico que García Calderón; su más ardoroso anhelo consistirá en fundar un inverso régimen platónico, en el que gobernarían escritores y poetas.

El más recio modernista chileno, don Emilio Rodríguez Mendoza (Contreras lo fue hasta cierto punto y Pezoa Véliz parece más romántico que modernista), ha sido diplomático de su país en varios países, pero no se ha dejado avasallar por ninguna molicie.

No se discuten aquí títulos, aciertos o desaciertos. Nos referimos al hecho de que el escritor fue entonces objeto de ostentación y se complugo en ello.

Los modernistas constituyeron así la primera delegación de propaganda oficial del Continente. Viajaron exhibiendo la gracia americana. Unos aprovecharon la ventaja del desplazamiento corporal. Otros, dieron que aprovechar con sus andanzas.

Se argüirá que todo ello demuestra el sentido justiciero de los gobiernos que tomaron a pechos la tarea de exportar ingenios. Verdad parcial, porque después, los gobiernos, recelosos de la inteligencia, procuran enmudecerla. Pero, hay otra verdad concurrente: era aquél —lo repetiré de nuevo—, un período de plenitud. América atravesaba una edad arcádica. Otra vez parecía abierta la vía de El Dorado. Los poetas sentían veleidades de orfebres, como en el Seiscientos, cuando minero y poeta eran dos oficios que solían entrecruzarse al unísono en una sola persona. La pluma parecía vara de prestidigitador, turíbulo y estilete. Su destino es de momento, otro.

El intelectual miraba sonriendo aquel espectáculo. Por doquiera, rostros plácidos, ambientes de tolerancia, risueño escepticismo, cortesanía. Cuando llegó arrogante Mr. Elihu Root a América, después de haber inspirado la enmienda Platt que ató a Cuba, todo no fue sino aplauso y genuflexión; pero, cuando un cuarto de siglo más tarde, Mr. Hoover, Presidente de los Estados Unidos, pasó por Indoamérica —ya no sólo América Latina—, no bastaron los detectives, arma en ristre, que rodeaban su coche, sino que hubo previamente centenares de presos, y siempre estallaron protestas contra el virrey del dólar. Cuando se hablaba de panamericanismo en 1888, 1889, 1902, los intelectuales buscaban los adjetivos más enaltecidos para adobar y subrayar su adhesión, pero, en 1928, la Conferencia Panamericana en La Habana significó encarcelamientos y misteriosos homicidios por “razones de Estado”. Sólo después del cambio de frente de la “buena vecindad” y los imperativos internacionales desde 1936, es que nuestra actitud ha variado.

Pues bien, a Darío le crispaba Teodoro Roosevelt por su poder, su rito, y su lenguaje. Para Rodó, en Estados Unidos reinaba Calibán. Para Chocano —ya más realista—, eran éstos los futuros sojuzgadores. Pero los tres no se curaron de que, a despecho de la alegría de Ariel, los destellos que iluminaban su mundo eran fuegos de Plutón. Calibán —y Rodó descuidó esto— carecía de patria, y Plutón sedujo a muchos arieles, cegándolos primero y envolviéndolos después con sus fulgores a cambio de nada colectivo o nacional.

Frente al Poder Público, la posición de casi todos los modernistas fue, pues, aquiescente. Pocos manifestaron su desgano y su protesta.

Ante la miseria, los modernistas adoptaron un gesto de dispensadores de generosa ayuda y gracioso consejo. Chocano escribe un bombástico “Sermón de la Montaña”,

Darío resbala ante la angustia del pueblo y apenas si la recuerda en "La Canción del Lobo". Aunque Salinas caracteriza a Darío³ como poeta social, no son muchos sus rasgos de ese tipo: uno de ellos está en la estrofa que empieza:

*Cuenta Barbey en versos que bien valen su prosa,
una hazaña del Cid, fresca como una rosa. . .*

Herrera y Reissig pinta algunos cuadros humildes, pero sólo para sonreír irónicamente de aquella "piedad que lame como una vaca". Sus campesinos son abates o bandoleros. O simplemente. . . literatos. Lugones —el Lugones, joven—, se vuelca en cantos anarquistas. Ghiraldo exuda acratismo en su *Cancionero Libertario* y en cada uno de sus libros. *Yanquilandia Bárbara*, revela una *sensibilidad antiimperialista*, pero con más entusiasmo que conciencia. En Blanco-Fombona, claro está que avasalla la pasión, pero no por el oprimido social, sino por el *oprimido político*. El *Anarkos* de Valencia es el más sintomático canto de una promoción dispuesta a deshacer el orden social de que disfrutaba, mas sin decidirse por el orden sustitutorio en plena anarquía.

¡Y todos decían tan lindamente sus blasfemias y sus exorcismos! Con Nervo, en quien más debiera haber actuado la emoción humana, sólo aparece un discutible franciscanismo, que se enquista en la conmisericordia *per se*. Forma pasiva de sentirse dichoso en medio de la pobreza; feliz, en medio del dolor; y aquella pobreza y ese dolor eran generalmente más nominales que efectivos. No pocas veces parecían garantía para la inversión de un capital en ultratierra.

3 PEDRO SALINAS, *La Poesía de Rubén Darío*, B. Aires, Losada, 1948, págs. 215-220.

He meditado largamente sobre los escritores que fueron mis penates juveniles. Nada atrae tanto la ternura como aquello que se amó en la adolescencia. Releo y regusto a mis autores favoritos. Pero, no puedo volver a estimarlos de igual modo. Sus ojos hasta ahora, que ya entraron en la vejez o en la muerte, relucen casi siempre con el cansado fulgor que imprimen los placeres extintos. No, no tuvieron ocasión para medirse con la ruina moral del mundo, ni la pendiente por la que rodaría todo el aparato de su felicidad. Algunos de ellos —de los maestros modernistas— como Lugones y Chocano, vocearon un juvenil anarquismo, para concluir como partidarios de la autocracia. La generación que les sigue, los arielistas, no poseyeron la soberbia de los modernistas, ni su egolatría a la jineta. Ni lograron compenetrarse del colectivismo del tiempo nuevo, también constructor y a la jineta.

Entre los modernistas están Rubén, Herrera y Reissig, Gómez Carrillo, Nervo, Lugones, mariposas quemadas en su propia luz. Los novecentistas carecieron —en su mayoría— de alas que quemar a la aún subsistente luz modernista. Fueron rapsodas de Rodó, pero sin tratar de seguir siempre a éste en la dura “gesta de la forma” que lo es también del “fondo”. Rodó creció desgarrándose, pese a su aparente tersura. De ahí que analizar a Rodó, en vida y obra, sea la mejor manera de conocer la barrera entre el modernismo y sus inmediatos discípulos, los novecentistas. Contradictoriamente, Ariel aparece chafado en los arielistas —adoradores secretos e involuntarios de Calibán.



JOSE ENRIQUE RODO

CAPITULO QUINTO

RODO, EL GUIA

“Somos aún, en ciencia y en arte, vuestros tributarios; pero lo somos con el designio íntimo y perseverante de reivindicar la autonomía de nuestros pensamientos, y hay ya presagios que nos alientan a afirmar que vamos rumbo a ella”.

RODÓ, Discurso a Anatole France, 1909. *El Mirador de Próspero*, Barcelona, 1917, pág. 143.

“Pero, diríase que en América sólo gustáramos de lo que Lemaitre llamaba “la critique jaculatoire”. Sobre todo en encomio de Rodó, ha subido tanto el tono jaculatorio, que de no estar a ese diapason, uno se expone a parecer menos cordial, cuando no otra cosa”.

GONZALO ZALDUMBIDE, *José E. Rodó*, 1919, reed. N. York, 1938, pág. 94.

“Niño mimado de casa antigua y rica”, dice de Rodó uno de sus más cabales admiradores y biógrafos: su compatriota, el escritor novecentista Hugo D. Barbagelata.¹ Había nacido Rodó en Montevideo en 1871.² Quedó huérfano de padre a los catorce años. La blandura de la educación materna influiría en el rumbo de su vida.

1 RODÓ, *Cinco Ensayos*, Prólogo de Hugo D. Barbagelata.

2 WILLIAM BERRIEN, investigador norteamericano, ha descubierto que Rodó nació en 1871 y no en 1872 como se tenía establecido.

Creció en un ambiente de cierta comodidad. Fue algo así como un niño prodigio. Publicó a los once años *Los primeros albores*, revista infantil. Sus admiraciones de adolescente las consagró a hombres ponderados. El humanismo le brindó perspectivas que desde entonces le absorbieron. El ejemplo de Juan María Gutiérrez, el sabio polífrago argentino, fue decisivo, como que uno de los mejores ensayos brotados de la pluma de Rodó sería el titulado "Juan María Gutiérrez y su tiempo" que integra el volumen de *El Mirador de Próspero*.

En 1895, Rodó publicaba la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, en unión de otros jóvenes de su edad. Desde lejos los estimulaban Ricardo Palma, Enrique Gómez Carrillo, Leopoldo Alas (Clarín). Dos años después, Rodó se destacaba editando *El que vendrá* y *La Novela Nueva*. En su estilo había clavado su garra Darío. *Prosas Profanas* apareció poco después; y en 1899 Rodó publicaba su famoso ensayo sobre *Rubén Darío*. Al año siguiente, nacía *Ariel*. Con él se perfilaba definitivamente la figura intelectual de Rodó.

Mientras tanto, su juventud había sido vista inquietada por problemas que no resaltan nítidamente en su obra. Ingresó al Partido Colorado y, entre 1895 y 1898, se contagió del fervor en pro de la Independencia de Cuba. "*Queríamos y anhelábamos la libertad de Cuba... Un nuevo Bolívar nos habría llenado de orgullo... Pero lo que no admitíamos de ningún modo era la intervención de Norteamérica*", escribe Víctor Pérez Petit, compañero de infancia de Rodó.³ Por aquel entonces, en 1898, *Ariel* vivía en forma nebulosa en el espíritu de Rodó.⁴ Por manera que su estudio sobre Rubén Darío fue, según aquel biógrafo apunta, la última concesión que el autor de *Ariel* hizo al modernismo.

3 V. PÉREZ PETIT, *Rodó*, Montevideo, 1918, pág. 122.

4 V. PÉREZ PETIT, *Ob. cit.*, pág. 124.

Por ese entonces se inició en la política uruguaya una aguda campaña anticlerical. El Partido Colorado propiciaba la abolición de la imagen de Cristo de los hospitales y, en general, una laicización absoluta en todas las actividades. Rodó se opuso a la primera de aquellas medidas en nombre de la tolerancia, declarando que la imagen de Cristo, fundador de la Caridad, estaba bien en las casas de tal índole. Sus argumentos figuran en el folleto polémico "Liberalismo y Jacobinismo" (1905).

Actuó luego en política destacándose por cierta innata templanza. Entre sus intervenciones parlamentarias aparece una defendiendo la censura a la prensa en época revolucionarias. Pronto se divorció de los dirigentes del Partido que encabezaba la egregia figura de José Batlle y Ordóñez. Mientras la lucha política arreciaba, Rodó, diputado por Montevideo, solía pasear diariamente en torno de la quinta donde residiera entre 1905 y 1907. Fruto de tales andanzas y meditaciones fueron los *Motivos de Proteo*. Sus posteriores ensayos aparecerían reunidos en *El Mirador de Próspero*, en donde se perfila lo más perdurable de su obra: la de crítico.

Cuando estalló la guerra europea de 1914, "*mi noble amigo, como yo, como tantos otros que veneramos a Francia, andaba medio enfermo con la inesperada calamidad que se le había echado encima*".⁵ En busca de renovación —"renovarse es vivir"—, zarpó Rodó hacia Europa apoyado por un modesto sueldo de *Caras y Caretas* de Buenos Aires. Escribió algunas crónicas que aparecen reunidas en *El Camino de Paros*. De pronto enfermó y murió, en un cuartucho humilde, el año de 1917, bajo el soñado cielo de Italia.

Los hermanos del pensador han publicado en 1932 *Los últimos motivos de Proteo* con fragmentos originales

5 V. PÉREZ PETIT, *Ob. cit.*, pág. 8.

encontrados en su escritorio, acaso los que corrigió y acendró durante sus meditaciones italianas.

En Rodó se dan cita el pensamiento y el lenguaje de los modernistas. De él arrancan casi todas las corrientes posteriores. De ahí que analizar su *posición y su postura* en el pensamiento americano sea una lección indispensable para todo el que trate de orientarse sobre lo que fue culturalmente el hemisferio al comenzar nuestro siglo.

a) ESTÉTICA DEL NOVECIENTOS

“La emoción de la belleza es al sentimiento de las idealidades como el esmalte al anillo”, dice Rodó en *Ariel* (1900). Tenía entonces 28 años. No era su edad la más a propósito para los alardes dandiescos que suelen albergarse en el alma de los muy jóvenes. Los adolescentes, mecidos por las melodías de Barbey y Verlaine, las paradojas de Wilde, el creador escepticismo de Renán y el exotismo de De Quincey, solían adoptar posturas efectistas. Pero, Rodó a los 28 años era un hombre maduro. Sin embargo, él, que poseía tan agudo sentido crítico y que tan bien supo catar la ponderación en los modelos literarios —y que se mantuvo igualmente equilibrado en la política—, amaba la belleza por encima de todo. *“Yo creo, indudablemente, que el que ha aprendido a distinguir lo delicado de lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva media jornada para distinguir lo malo de lo bueno”*. Más adelante, afirmará que basta el buen gusto para apreciar *“la legitimidad de las acciones humanas”*. Credo refinado y formalista, será el compás con el cual medirá los más encontrados hechos, las conductas más antagónicas. Armonía de la forma, lo bello por encima de lo verdadero, lo feo por debajo de lo malo; parece que se viviera en Atenas y no en América. Pero la realidad era otra. Uruguay subsistía turbulentamente, lo

cual se revela con fidelidad en algunas novelas de Reyles: *Beba* y *El Terruño*.

Andando los años, Rodó insistió en la superioridad del artista sobre las otras profesiones humanas. La forma vale a menudo más que el pensamiento mismo. El problema del estilo le apasiona tanto que en él se inspirará uno de sus mejores ensayos, el titulado "La Gesta de la Forma" inserto en *El Mirador de Próspero*.

Con anterioridad a este último estudio, ya habría reiterado Rodó en *Motivos de Proteo*, su preocupación estilística: "El amaneramiento que hace resumirse el espíritu del artista dentro de sí propio, es frecuentemente también una limitación de la voluntad más que un vicio de la inteligencia". Por eso dirá más adelante, alarmado de sus propios conceptos: "Artista que se amana es Narciso encantado en la contemplación de su imagen. La onda que lo lisonjea y paraliza, al cabo lo devora".

No obstante de semejante temor, Rodó amó la forma con fe de catecúmeno. En ello no cumplió su lema de *renovarse es vivir*. Permaneció atado, en monogamia inalterable, a su estilo. De Flaubert (de quien se muestra muchas veces admirador entusiasta) aprendió la larga paciencia que enriquece el vocabulario, adiestra la sintaxis y puede producir un genio. De Leconte de Lisle, la marmórea tersura, la paradójica armonía de un alma sedienta, dentro de un "estilo equilibrado, seguro de su perennidad".

La pasión de la forma lo aproximaba a Rubén, cuando recién Rodó comenzaba su tarea de crítico. El estudio que dedica a *Prosas Profanas* es hasta hoy ejemplar. Mas, ahí mismo, se reitera la pasión formalista del gran uruguayo, en quien se encarna la predilección ornamental del novecientos.

"Indudablemente —asegura Rodó—, Rubén Darío no es el poeta de América". ¿Por qué? Rodó contesta: "Por su exquisitez. Habíamos tenido en América, poetas buenos

y poetas inspirados, pero no habíamos tenido en América un poeta exquisito.⁶ Toda manifestación de poesía —añade—, ha sido subyugada en América por la suprema necesidad de la propaganda y de la acción”.

Rodó tenía razón al formular este comentario, por lo demás nada novedoso. La poesía americana ha sido —como su política y su novela—, arte de alusión, de incidencia temporal. Pero la causa de ello sólo se hizo visible a los ojos occidentalizados del montevideano, diez años más tarde, en su discurso de saludo a Anatole France (1909), y en las observaciones de Juan María Gutiérrez y su tiempo.

Porque no basta enunciar resultados. El maestro está en la obligación de señalar las causas. Rodó escribía en 1899: “*Me parece muy justo deplorar que las condiciones de una época de formación que no tiene lo poético de las edades primitivas ni lo poético de las edades refinadas, posterguen indefinidamente en América la posibilidad de un arte en verdad libre y autónomo*”. Mas, con ello no señalaba en qué consistían las condiciones de “una época de formación”, ni trataba de remediar tal deficiencia. Algo le inspiró la siguiente desolada sentencia: “*confesémoslo: nuestra América actual es para el arte, un suelo poco generoso*”. En realidad, entonces, precisamente, América empezaba a ser suelo generoso para los artistas, como que los mayores —Darío, Gómez Carrillo, Nervo, Valencia, Urbina, Torres— disfrutarían de ventajas políticas y diplomáticas por el mero hecho de haber sabido cantar melodiosamente (“Papemor; ave rara; bulbules; ruiseñores”).

Goldberg, argüirá más tarde: “*con el modernismo ingresa la América española en el concierto de la literatura universal. . .*”

6 RODÓ, *Hombres de América*, 1913, pág. 117.

Pero, Rodó era muy fiel a su actitud de contemplador, a veces en cierto modo "deraciné". ("Contemplar es superar el objeto contemplado", ha dicho Ortega y Gasset en *El Espectador*, tomo I.) No obstante, erró al juzgar (contemplar) el fenómeno de la poesía de Darío: "no será nunca un poeta popular, un poeta aclamado en medio de la vida. El lo sabe y me parece que no le inquieta gran cosa".⁷ El propio Rubén aseveraría, poco más tarde, que las multitudes aman la música del verso, y... él rendía pleitesía a esa música.⁸

Promediada su vida, Rodó tendió la mirada al indio, preterido por sus contemporáneos y discípulos, especialmente por ese blanquista tenaz que fue Ingenieros. "Ese pueblo (el acuatoriano) era instintivamente artista" apunta en *Juan Montalvo* (1913). Rodó supo descubrir la esencia del gran escritor ambateño, justamente cotejándolo con otras dos cumbres: Bello y Sarmiento: aquél era "de firme y armónica cultura; de acrisolado gusto, de magistral y bien trabada dialéctica, pero falto de talento creador y de unción y arranque en el estilo"; éste fue genial, pero "de cultura inconexa y claudicante, de gusto semibárbaro, de producción atropellada y febril". Montalvo sintetiza a los dos: "no tiene semejante en la América de nuestro idioma". Lástima que Rodó no conociera bien a Martí ni a González-Prada, americanos exasperados y escritores de pericia natural y acendradísima.

Cuando Rodó entra por el sendero de las comparaciones concretas, acierta indiscutiblemente; la erudición se vuelve ala para su pluma; el juicio, buril. En cambio esa precisión no le acompaña al plantear las ideas y los estados de conciencia generales. Tanto es así que hasta algunos

7 RODÓ, *Hombres de América*, pág. 122. Reproducido en *Prosas profanas*, 1899.

8 DARÍO, *Cantos de vida y esperanza*, Madrid, 1905, prólogo.

de sus panegiristas por ejemplo Zaldumbide, lo encuentran ayuno de filosofía, aunque protesten contra ello los apasionados y devotos hermanos del escritor, en el prefacio a *Los Ultimos Motivos de Proteo*, con no poca razón los últimos, en este caso.

b) GUÍA DE JUVENTUDES

La juventud ha sido siempre *leit motiv* de artistas y demagogos: de Pericles y Alcibiades. No es fácil rendir culto a la belleza y, al par, a la senilidad, salvo que se trate de viejos juveniles como Sófocles, Miguel Angel y Goethe, como Varona, González Prada, Vaz Ferreira y Sanín Cano. En las primeras páginas de *Ariel*, Rodó fija su criterio: "Cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación de ideal y su puesto en la evolución de las ideas". ¿Podría negarse que para Rodó tal manifestación fue la estética, y que ella tenía como legítimo vocero a la juventud? ¿No es él quien señala "el entusiasmo y la esperanza" como dos fuerzas de juventud, correspondientes "al movimiento y la luz" en la naturaleza? Y, no obstante, a Rodó le torturaba una duda terrible a este respecto: *¿será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es en la vida individual?*, se pregunta en *Ariel*. Tan amarga cuestión compendia en una sola frase una diferencia de *temple* que nadie podría soslayar, si tratase de precisar calidades.

"América necesita de su juventud" exclama el maestro. A eso le llevaba no sólo la reflexión sino la lectura de Gastón Deschamps, su predilecto, quien condena la tardanza con que los jóvenes franceses se ocupan de la cosa pública. Lo malo estuvo en que, dando aplicación literal y no fundamental, a este dicho, jóvenes hubo que procuraron reducir su edad para el asalto de los puestos públicos.

La burocracia representó, sin más ni más para muchos, la mejor forma de realizar la democracia. Hemos de convenir en que, pese a todo, la inyección de valores intelectuales que soportó entonces la administración del Estado, en especial el servicio exterior, fue de las mejores.

Sed espectadores atentos, allí donde no podáis ser actores aconsejaría también Rodó. Seguro de su sistemático optimismo, aboga por el “tedio constructivo” de Helvecio, y, poco después, en pro de la “filosofía viril” que “enseña que del mal irremediable ha de sacarse la aspiración a un bien distinto de aquel que cedió al golpe de la fatalidad”.¹⁰ Este optimismo metódico será la segunda nota típica de la doctrina de Rodó. En “Viendo jugar a un niño” encuentra su clásica expresión: muy estimulante, por cierto.

c) LA VOCACIÓN INDIVIDUAL

Desde los difundidos *Motivos de Proteo* hasta los póstumos *Ultimos Motivos de Proteo*, un tema fundamental va y viene por las páginas de Rodó: el de la vocación personal. No es el destino colectivo lo que más le inquieta; éste depende en gran parte de la vocación de cada uno, de la forma cómo satisfacerla y encauzarla; o sea, descubramos lo que cada quien anhela ser (psicología) y tratemos de hacerle más útil para la vida colectiva (educación). En la célebre parábola “Viendo jugar a un niño” se perfila nítidamente el punto: “A la vocación que fracasa puede suceder siempre otra vocación: al amor que perece puede sustituirse un amor nuevo; a la felicidad desvanecida, pue-

9 GONZALO ZALDUMBIDE, *José Rodó*, Madrid, Bibl. América, 1919. Reedición bajo el título de *Montalvo y Rodó*, Nueva York, Instituto de las Españas, 1938.

10 RODÓ, *Los motivos de Proteo*, Barcelona, 1917, t. I., p. 30.

de hallarse el reparo de otra manera de felicidad".¹¹ Mientras el individuo se mantenga a salvo, la humanidad puede sentirse segura. Como el hombre se distingue por su permanencia en los cambios, el drama de fijar el rumbo debe armonizarse con el de otear nuevos senderos: "Una gran versatilidad de ideas —dice Rodó— suele parar en una convicción más firme y segura que una roca"¹² por donde, deformando la viril y humanísima sustancia de tan alto pensamiento, algunos sostendrán que la inconstancia y hasta las claudicaciones pueden conducir a formar una fe. Sin embargo, si fe se identifica con *fanatismo*, Rodó no se muestra partidario de ella. En su artículo "Rumbos Nuevos", escrito a propósito de Carlos Arturo Torres (1910), dice: "Cuanto más energía de convicción, menos virtud de tolerancia; cuanta mayor disposición de hacer, menos profundidad de pensar; cuanta más útil inteligencia crítica, menos dinámico y comunicativo poder de sentimiento".¹³ Estas palabras definen el tono intelectualista de toda la obra de Rodó, y su desconfianza por el fanatismo o jacobinismo como quiera se sitúe. En *Liberalismo y jacobinismo* (1905) explana largamente la misma actitud.

Mas, ¿cómo resolver entonces la antinomia entre Ariel y Calibán, y, dentro de ella la "filosofía viril" sobre que descansa la vocación individual? ¿No hallará asidero en eso la arbitrariedad del diletante? Porque vivir optimistamente no implica vivir siempre con el ancla levada, pensando no arrojarla nunca, sino mantener la inquietud al tope dispuesto a buscar rutas que conduzcan a algo, no a sólo buscar lo nuevo. ¿Acaso podría llevar el esteticismo a la inestabilidad de la vocación? Rodó, cuyas riquezas potenciales superan a las reales, apunta que "hay siempre en

11 Rodó, *Motivos de Proteo*. Cap. I, p. 31.

12 Rodó, *El Mirador de Próspero*, p. 32.

13 *Ibid.*

nuestra personalidad una parte virtual de que no tenemos conciencia" (anticipación del freudismo: consecuencia de Herbart) . . . "¡cuántas cosas que crees propias y esenciales en ti, no son más que la imposición no sospechada del alma a la sociedad que te rodea" . . . *La originalidad es la verdad del Hombre*.

En estos pensamientos se halla todo Rodó. Rescatar la personalidad sin mengua de las circunstancias que la rodean, he allí la tarea básica del día. ¿No habrá implícito en todo lo dicho una especie de dandysmo filosófico?

La duda que al respecto me asaltó a menudo, la ha desvanecido un examen más atento de Rodó y su obra. No fue un iluminado ni quiso singularizarse. En él se exuda la angustia de encontrar un derrotero, la humilde peripecia espiritual de un buscador de luz. Si creció hacia afuera, culpemos a su propia musculatura, a su ejercicio implacable de la inteligencia, a su insobornable sumisión a la moral. Fue maestro de veras: eso es todo.

d) REFORMARSE ES VIVIR: ¿EXISTENCIALISMO?

A comienzos de siglo, D'Annunzio, el poeta de *Laude* había puesto en boga el heraclitiano "rinovarsi o morire". En 1907, Francisco García Calderón inscribió tal frase en el pórtico de *Le Pérou Contemporain*. Rodó la convirtió en un aseverativo "renovarse es vivir", con que empiezan *Los motivos de Proteo*.

Muchas veces creí que no era justo identificar a Rodó con Ariel, cuando velaba a su lado Proteo "siempre inasible, siempre nuevo", recurriendo "a la infinitud de las apariencias y a fijar su esencia sutilísima en ninguna". Estimo hoy que Proteo fue una forma especial de Ariel para aquella gente. Pero faltó una precisión indispensable "renovarse es vivir", sí, desde luego, pero renovarse ¿por qué y para

qué? No se vive *para* renovarse; se renueva *porque* se vive. Oigamos a Rodó: "Perseveremos sólo en la continuidad de nuestras modificaciones; en el orden más o menos regular que las rige; en la fuerza que nos lleva adelante hasta arribar a la transformación más misteriosa y trascendente de todas". He aquí una actitud dialéctica. "El tiempo, agrega Rodó, es el sumo renovador. . . Reformarse es vivir; viajar es reformarse". Es decir que el problema de la esencia del hombre, de su propio destino ¿se reduciría acaso a una simple traslación en el espacio? ¿Dependerá la definición del hombre de sólo las circunstancias? Y entonces, ¿no parecería Rodó, aplicando la lección "del hombre y su circunstancia", cara a Ortega y Gasset, un precursor sudamericano del existencialismo? Si "reformarse es vivir", vivir es no más que existir, sin conceder importancia al ser.

Se diría que Rodó no vive en la pura "duración" bergsoniana, ni en el "espaciotiempo" einsteniano, sino en un espacio con apariencias de tiempo. Y como viajar (una circunstancia) es vivir, el maestro quiso, al cabo de sus días, vivir viajando, y, viajando murió, en vez de vivir. Murió pobre y desengañado, precisamente cuando viajaba en una transposición espacial, asesinada por el tiempo implacable y burlón. . .

e) EL IDEALISMO NOVECENTISTA: ARIEL Y CALIBÁN

El novecentismo se caracterizó por una constante invocación al ideal. Acentuó tanto la nota que creó el mito de un Calibán químicamente puro. Estados Unidos encarnaría al calibanismo, mientras que los "latinos" representarían el idealismo, Ariel de un lado y Calibán del otro; Quijote aquí y allá Sancho; el mundo vivía solicitado por los extremos. El novecentismo olvidando sus raíces simbolistas no dio en esto importancia a los matices, como que no

tuvo grandes problemas materiales, ni trabajó su espíritu con la auténtica gimnasia de la cultura, que consiste en comparar las ideas con las realidades.

El idealismo de Rodó aunque hondo y sincero, tuvo algo de vistoso. El lo definía de manera aguda “La lontananza idealista y deliciosa del positivismo de Renán; la definición inefable del desinterés y simpatía de la palabra de Guyau; el sentimiento heroico de Carlyle, el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergson y Boutroux; los gérmenes flotantes en las opuestas ráfagas de Tolstoi y Nietzsche; y, como superior complemento de estas influencias, y como acicate de ellas mismas, el renovador contacto con las viejas e inexhaustas fuentes de idealismo de la cultura clásica y cristiana, fueron estímulo para que convergiéramos a la orientación que hoy prevalece en el mundo”. ¡Cómo se troncharía toda aquella “orientación” al contacto de los intereses materiales, cuatro años después de escritas las anteriores palabras!

“Sólo que nuestro idealismo —añadiría Rodó—, no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y los románticos de 1830, los revolucionarios utopistas de 1848. Se interpone entre ambos caracteres de idealismo, el positivismo de nuestros padres”. “Somos neoidealistas” —agrega luego—, estos idealistas creían en la virtud inmanente del espíritu; su olvido de la realidad provocó su escepticismo.

Los modelos predilectos de Rodó no pueden ser más elocuentes: Renán, hombre que profesaba el *Odi profanum vulgus*, escéptico y estetista; Guyau, visionario moribundo y anheloso de creer en sí mismo y en la vida; Nietzsche, delirante entusiasta del yo; Taine, positivista incurable; Emerson y Carlyle, herólatras; en suma, todos individualistas.

La palabra de orden era “ser tolerante”. La tolerancia implicaba a veces cierto relajamiento de la creencia; la

duda sistemática, una nueva fe. Por donde el novecentismo, que promulgara la “renovación” como norma de vida, elaboró el nuevo dogma de no tener ninguno, con lo cual toda rada fue propicia para recibir los sueltos bajeles de la ilusión candorosa y del oportunismo palabrero. ¡Si Rodó hubiera visto a tanto “neoidealista” de entonces, apegado ahora a los intereses inmediatos, disfrutando del producto de su “idealismo”, arrinconando al pobrecillo de Ariel y al otro ingenuo de don Quijote! ¿Ariel? A menudo sólo arielismo verbal, encubriendo un calibanismo efectivo, es decir, una gran traición a Rodó.

f) ANTIDEMÓCRATAS Y ANTIYANQUIS

Los estetas son generalmente adversos a la democracia. Renán lo era. Lo era Wilde. También lo fue Paul Bourget, a quien citan con frecuencia Rodó y Carlos Arturo Torres. Conviene recordar que Rodó y los novecentistas fueron antiyanquis, pero sobre todo por pulcritud estética. Lo yanqui representaba, según ellos, lo grosero, lo material, lo inmediato. En nombre de Ariel había que arremeter contra Calibán.

Es indispensable destacar estos hechos para que se comprenda bien que el novecentismo no ahondó en este problema. Lo enfocó en su aspecto externo. No se detuvo a desentrañar el imperialismo y hasta llega a negarlo. Uno de los más serios idealistas —Javier Prado—, alabaría desmesuradamente “los destinos históricos de los Estados Unidos”, en 1917; y otro, Francisco García Calderón, dedicaría un estudio al “wilsonismo”. Rodó no tuvo tiempo para ser wilsonista. Murió el mismo año en que Wilson afirmaba sus atrayentes catorce puntos.

En 1900, cuando Rodó escribió *Ariel*, se precisaba ya el problema que los Estados Unidos serían para nosotros.

Rodó repudiaba a este país porque había intervenido en Cuba, conforme nos lo refiere Pérez-Petit, y porque además no lo conocía. En *Motivos de Proteo* lo caracteriza como la nación de “manos de castor, testuz de búfalo”.¹⁴ Pero era la suya, mera repulsa sentimental. No se cimentaba en nada lógico. Por de pronto, comenzó caricaturizando a los Estados Unidos como una mera factoría. La “nordomanía” significó para Rodó la imitación de lo superficial de Yanquilandia. Se dejó influir por la naciente demagogia antiyanqui, a raíz de la guerra con España, que, a contrapelo, con la derrota de ésta, suscitó un neo-hispanismo romántico en América del Sur. Después hemos aprendido que la tierra de Emerson, Poe, Longfellow y Whitman, tiene también espíritu, aunque sea imperialista. Rodó no sospechó la existencia de este último. (En 1900, fecha de *Ariel*, no había aparecido aún el famoso libro de Hobson: *Imperialism; an essay* editado sólo en 1902).

Los novecentistas omitieron revisar los prejuicios de su maestro. Entre 1900 y 1914 acusaron a Estados Unidos de “ineptitud de selección”, y afirmaron que “la idealidad de lo hermoso no apasiona a los descendientes de los puritanos”. Tampoco reconocieron en aquella república la tendencia hacia “la idealidad de lo verdadero”. Sin embargo, Rodó, y más aún, Carlos Arturo Torres, rindieron pleitesía al pragmatismo y al individualismo a lo William James y Emerson; sus discípulos terminaron uncidos al carro del efímero vencedor, Woodrow Wilson; tanto el sacrificado Baltasar Brum como el malogrado y brillante Francisco García Calderón.

Desde la cumbre del neoidealismo, Rodó no se detuvo en el problema del imperialismo, en este aspecto, confundió continente y contenido, forma y fondo.

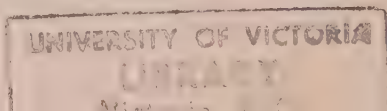
14 *Motivos de Proteo*. pág. 94.

Alguno recordará que al afrontar la lucha entre el capital y el trabajo en su estudio acerca de la legislación social uruguaya, no trepidó Rodó en afirmar que los conflictos entre el capital “que reclama superioridad”, y el trabajo, “que reclama su autonomía”, “no son el rasgo privativo de una sociedad o de una época, pertenecen al fondo permanente y sin cesar renovado de la historia del mundo”¹⁵ No obstante de que con eso parece admitir la tesis marxista de la lucha de clases, Rodó se adhiere a ella sólo intelectualmente, porque, desde el punto de vista político, la rechazaba. Y tanto es así que, al comentar *Idola Fori* de Carlos Arturo Torres, no vacilaría en oponerse a la “impugnación de la superstición aristocrática”, porque, a su juicio, lo primero es “el sentimiento de la autoridad vinculada a las legítimas aristocracias del espíritu”. De ese modo, en nombre de las “aristocracias del espíritu”, Rodó —como luego García Calderón, Lugones y Carlos Arturo Torres— abogaba por el imperio de una oligarquía, cuya única base real tenía que ser, aunque no lo admitiera expresamente, la plutocrática, y por tanto, estaba condenada a vivir ligada al imperialismo.

Campeón de esa “aristocracia del espíritu”, Rodó no se mostrará entusiasta de la democracia. Siguiendo a Renán y a Bourget —que entonces fulgía como profesor de táctica política—, sostuvo que la democracia implica un “allanamiento de las superioridades injustas”; y entraña una obra “de negación” por su tendencia igualitaria. Repetirá con el autor de *Le disciple* que el triunfo democrático hace perder en profundidad lo que hace ganar en extensión (*Ariel*). Resultará que su interpretación de la democracia es jacobina, adicta a un liberalismo... sin libertad.

Concretando el pensamiento de Alberdi, dice Rodó “que carecía de sentido el apotegma de “gobernar es po-

15 RODÓ, *El Mirador de Próspero*.



blar". "Gobernar es poblar", asimilando en primer término, educando y seleccionando después".¹⁶ En semejante tarea, "la democracia y la ciencia son en efecto los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa", y, como contera, "la educación popular adquiere, en relación a tal obra, como siempre que se la mira con el pensamiento del porvenir, un interés supremo".

Los novecentistas —la promoción de hombres de más de cincuenta años que hoy influye en los gobiernos o gobierna en Indoamérica¹⁷— adoptaron tal criterio. Democracia, pero subordinada a la "legítima aristocracia del espíritu". Y como no siempre es posible descubrir ésta, apelaron a la "selección", al cotejo de Darwin y Quinton (selección y permanencia), que diría C. A. Torres, de lo cual emergen el "cesarismo democrático" de Vallenilla Lanz, el oligarquismo de Torres y Francisco García Calderón, la plutocracia colonialesca de Riva-Agüero, el "gendarme necesario", de Vallenilla Lanz, sistema político personificado por Juan Vicente Gómez y Porfirio Díaz, que halló defensores vehementes en connotados arielistas.

g) EL PROBLEMA DE AMÉRICA

En el pensamiento de Rodó, hay dos etapas, con respecto a América: aquella en que exalta y examina los valores del pasado, en lo que acierta casi siempre, como se ve en sus "Montalvo", "Bolívar", "Juan María Gutiérrez y su tiempo", "Rubén Darío", etc., y la otra, cuando generaliza: entonces se advierten flaquezas. Individualiza con acierto: titubea al generalizar.

Rodó sostuvo la necesidad de estructurar una gran patria americana: "La Patria Grande", de que hablara

¹⁶ Rodó, *Ariel*.

¹⁷ Escrito en 1939.

Ugarte; el "Pueblo-Mundo", de Alberdi; el "Pueblo Continente", de Orrego; la "Indoamérica" de Haya de la Torre. "Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias sino de una patria grande y única; yo creí que si es alta la idea de patria, expresión de lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre; amor a la tierra, poesía del recuerdo, arrobamiento de la gloria, esperanza de inmortalidad; en América, más que en ninguna otra parte, cabe sin desnaturalizar esa idea, (y sobre todo) magnificarla, dilatarla, depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo".¹⁸ Rodó había quedado, desde muy joven, impresionado por las primeras campañas continentalistas de Ugarte. A tan significativa actitud respondió el arielismo tratando de crucificar a los que, años después, propugnarían la necesidad de una América unida. Muchos discípulos de Rodó, que exaltaron su enseñanza, no han trepido de echarla por la borda en cuanto la doctrina se opuso a sus pasiones e intereses: el maestro los habría repudiado.

En un hombre tan adherido al modelo occidental, resultan irónicas ciertas aseveraciones. Entresaco dos: acerca de los partidos liberales americanos, apunta que "persistieron en el yerro original de tomar de fuera ideas y modelos, sin tener más que olvido y condenación para un pasado del que no era posible prescindir"¹⁹. Y en la recepción a Anatole France (1909), este otro: "*En su obra lenta y penosa de cultura, estos pueblos de América han sido forzosamente hasta hoy, tributarios del espíritu europeo. El faro orientador que razas predestinadas fijaran hace millares de años, en las costas del Mediterráneo azul y sereno, orlándolo con las ciudades creadoras de la civilización, permanece aún allí, sin que otra luz haya eclipsado sus fulgores. Somos aún en ciencia y arte, vuestros tributarios, pero lo somos*

18 RODÓ, *El Mirador de Próspero*, pág. 126.

19 RODÓ, *El Mirador de Próspero*, pág. 2.

con el designio íntimo y perseverante de reivindicar la autonomía de nuestros propios pensamientos, y hay ya presagios que nos alientan a afirmar que vamos rumbo a ella".²⁰

Hacia su madurez, Rodó viraba suave pero firmemente desde sus antiguos ídolos europeos hacia los genuinos. El cuadro de la revolución americana, en su "Bolívar", tiene más de una página iluminada y realista. En el "Montalvo", enuncia categóricamente algo que *Ariel* había soslayado y que sus discípulos principales escamotearían: "La revolución que no se hizo por el indio, menos se hizo para él".²¹ El sociólogo se sobrepone ya al literato de los primeros tiempos. En Rodó, los hechos se vuelven apremiantes hacia los 30 años de su edad.

Sin embargo, en 1910, reiteraría, como característica del pensamiento hispanoamericano "ahora", "la vigorosa manifestación del sentido idealista de la vida"²².

A los ojos de Rodó, América aparece como una novia. Inasible como Proteo, y, como éste, cambiante pero eterna. Defenderla y definirla implica una larga y laboriosa tarea. Para ello, su campeón "debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado pertenece, todo entero al brazo que combate; el presente pertenece casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir, —un porvenir tanto más cercano, cuando más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que lo animan—, ofrecerá para el desenvolvimiento de superiores facultades, el alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente".²³ Pocas confesiones más claras que ésta. Renán había dictado en *La Reforme Morale et Intellectuelle*, el pensamiento cardinal de ese párrafo, cuando enuncia que el campesino debe hacer su tarea y la de los intelectuales,

20 Rodó, *El Mirador de Próspero*, pág. 143.

21 Rodó, *Hombres de América*, pág. 16.

22 Rodó, *El Mirador de Próspero*, pág. 40.

23 Rodó, *Ariel*.

para que éstos especulen a su albedrío. Colocado el ideal americano en lo porvenir y bajo una especie de “soberanía de la inteligencia”, lógicamente el pensamiento de Rodó se orienta hacia la juventud, hacia una juventud que trataría de eternizarse como ciertos dialécticos pretenden congelar la dialéctica. “América necesita grandemente de su juventud” —exclamó Rodó—. En seguida vincula esto a una imperiosa exigencia de que los jóvenes se ocupen de los cargos públicos, aplicando el ya mencionado concepto de Gastón Deschamps.

El americanismo de la juventud, criada a los pechos de Rodó, bastardeando y falseando el concepto del maestro, no perdió la oportunidad de apoderarse de la dirección del Estado. Para renovarse, viajó. Para unir a las patrias chicas en una sola Patria, cultivó el panamericanismo de las asambleas oficiales, bajo la solapada égida del imperia-lismo. Para conjugar su “nordofobia” con el idealismo, abrazó el pragmatismo de William James y el individualismo de Emerson. Todo eso implicaba una traición a Ariel, a Proteo y a Próspero.

Sin embargo, la promoción novecentista izó al tope de sus mástiles el nombre del maestro y la etiqueta del neoidealismo de *Ariel*. Siguió las huellas de su *bel decir*, en lo que no disintieron ni aun los más pugnaces. Y, por último, a modo de cuño o colofón, la consabida loca de Guyau deambuló a través de libros y discursos, agitando su retórico delirio, protagonista solitaria, ya no de una *morale*, sino de una literatura *sans obligation ni sanction*.



FRANCISCO GARCIA CALDERON

CAPITULO SEXTO

ARIEL Y COMPAÑIA

“Nada grande se ha producido en el mundo sin pasión, y ella es la condición para que algo grande nazca del hombre”.

HEGEL, *Filosofía de la Historia*.

Desde que apareció *Ariel*, la juventud americana lo convirtió en su breviario espiritual. Tres años después, Francisco García Calderón pedía a Rodó un prólogo para su *De Litteris* (Lima, 1904). Ese artículo-prólogo aparece recogido en *El Mirador de Próspero*. Diez años más tarde, y, como cúspide de una larga campaña de prensa, salía a luz con énfasis científicista, *Idola Fori* de Carlos Arturo Torres: también recibió un comentario de Rodó. Dentro de esa misma época, cualquiera sea la diferencia cronológica, se publicaron *El Hombre Mediocre* y *Las fuerzas morales* de José Ingenieros, obra póstuma, la última, que dejó entre sus papeles inéditos al morir en 1925, pero cuya inspiración se remonta a quizá una década anterior; *Camino de Perfección*, de Manuel Díaz Rodríguez; *Pueblo Enfermo*, de Arguedas; *El Castillo de Elsinor*, de Pedro

Emilio Coll, etc. Además, el grupo de "Los Diez", de Chile (1916), tuvo muy en cuenta la prédica del uruguayo; también le prestó atento oído el de "Colónida" que publicó en su primer número, una carta de Rodó a Alfredo González-Prada. Las primeras prosas de Gonzalo Zaldumbide se hallan impregnadas de arielismo. Y, en México, la fiebre del rodoísmo hacia 1917 venció al positivismo con Antonio Caso y José Vasconcelos. *El Cazador* de Alfonso Reyes señalaba la influencia unificante y americanizadora del maestro de *Ariel*, cosa que Reyes ha reiterado después en *Pasado Inmediato* (1940) y que Xavier Villaurrutia (*Textos y Pretextos*, 1940) y Vasconcelos (*El Desastre*, 1938) corroboran.¹

Las enseñanzas más importantes de Rodó fueron, como hemos visto, la rehabilitación del "idealismo"; la exaltación de la "juventud", aunque sin establecer claramente en qué consiste la consecución de una "civilización latina" en contraste con la sajona o nórdica a la que asignaba nada más que características materiales y mecánicas; el culto a la "oligarquía intelectual"; la desconfianza hacia la "democracia"; la evasión del presente y la fe en el porvenir; el "eclecticismo" basado en el "individualismo", y el "proteísmo". En resumen: una dogmática del escepticismo —atractiva paradoja—. Ideológicamente los arielistas comprendieron la importancia de renovarse; socialmente temieron toda renovación.

1 A. REYES, "Rodó", en *El Cazador*, Madrid, 1917. *Ibidem*: "Pasado Inmediato" en *Sur*, N^o 64, B. Aires, 1940, p. 37, donde dice: "En esa carta se explica también cómo la lectura de Rodó contribuyó entonces a darnos un sentimiento de solidaridad, de fraternidad con nuestra América". Cfr. A. TORRES BODET. *Tiempo de arena*, México, 1963.

LOS ARIELES

Consideremos como tales a los que predicaron según las normas de Rodó; a los profetas del arielismo. Sus rasgos más saltantes son la tendencia sociológica y el prurito formalista. El excesivo cuidado por el estilo, les resta a menudo hondura. Con todo, los arielistas constituyen la más importante promoción ideológica de Nuestra América, antes de 1930. Con ellos se acentúan, contradictoriamente, el afán de imitación y el individualismo. Después del vendaval arielista, queda abierto el camino a una busca apasionada de la auténtica personalidad americana. Como pioneros es justo rendirles insistente homenaje a los arielistas. Como agitadores de ideas europeas, se les debe gratitud. Como cultores de un estilo compacto y brillante, hemos aprendido mucho de ellos. Pero como solidez doctrinaria y ejemplificación humana, ofrecen abundantes motivos polémicos.

Carlos Arturo Torres, colombiano, nacido en Boyacá el 18 de abril de 1867, representa un vínculo entre el positivismo claudicante de entonces y el neoidealismo en pleno ascenso. Hacia 1893, Torres fundó *La Crónica* de Bogotá.² Fue luego secretario de don Nicolás Esguerra, en la misión que éste llevará a Panamá. Durante la administración del conservador Marroquín, Torres fue Ministro de Hacienda y Tesoro. Por 1903, y en unión de don José Camacho Carrizales, fundó *El Nuevo Tiempo*, diario conservador. Poco más tarde (1905), partió a Liverpool, como Cónsul de Colombia; permaneció allí cinco años. De vuelta a América, 1910, su gobierno le designó Ministro en Caracas, en donde murió al año siguiente. Sus restos fueron repatriados el año de 1921.

² Ver prólogo a *Idola Fori*, Biblioteca Aldeana de Colombia, Bogotá, 1935.

Durante el transcurso de esta vida sin muchas molestias y con ciertos halagos, Torres publicó *Estudios Ingleses*, *Estudios Varios*, *Obra Poética*, *Poemas Fantásticos* (París), *Idola Fori* (1910), *Literatura de Ideas* (Caracas), etc. La más importante de todas es *Idola Fori*, reeditada varias veces. En ella expone sus ideas acerca de la política americana con criterio eminentemente conservador y oligárquico. Rodó le llenó de elogios en el artículo "Rumbos Nuevos" (1910).

Torres era un intelectual cien por ciento. Como tal, habla no pocas veces de "la más noble de las liberaciones: la de la muerte"³, y aunque califica al escepticismo de disolvente y enervador", sus modelos no son los más auspiciosos para encauzar la tarea política en una tierra convulsa y mestiza como América. Bergson, a quien prodiga continuos elogios (p. 64), Renán, cuyo *odi profanum vulgus* enaltece (p. 49), William James, Renouvier, Jean Marie Guyau y Kidd, sus maestros, son todos individualistas. Torres se apasiona por explicar las raíces científicas de los fenómenos sociales, sin emanciparse del locuaz Le Bon cuando habla de la psicología de las multitudes, olvidando o posponiendo los principios ya enunciados entonces por Wundt. Torres cita la *Sociología* de nuestro Mariano H. Cornejo como uno de los ejemplos de sistematización sociológica hecha por un americano.

Torres, que en muchos puntos se anticipó a Rodó, aunque la fama de éste le opacara (lo cual hace gruñir a veces al eminente colombiano), analiza el fenómeno político y se pronuncia contra la "superstición" democrática mucho más ardientemente que contra la aristocrática. Para él los hombres de genio se forman "contra las presiones de la opinión de entonces" (p. 103): las masas padecen constantes errores y rebajan la actitud individual. Avanzando

3 *Idola Fori*, ed. 1935, pág. 37.

sobre la realidad, denuncia el menoscabo de las virtudes democráticas que Tocqueville alabara, y que “las complacencias doradas de la Standard Oil Company” hacen prevalecer sobre “el espíritu que irradiaba de *El Federalista* o de las severas páginas de Jefferson” (p. 96). Este párrafo indica, que, para Torres, el fenómeno económico se destacaba con cierta nitidez por entre las brumas neoidealistas de su tiempo.

Pero, en donde se comprueba que la pugna entre el intelectual (la postura) y el político (la posición) concede el triunfo a éste, es cuando Torres examina la política del continente. Torres cree que “no han sido ni serán” nuestras revoluciones sino reflejos de los conflictos entre intereses de los profesionales de la política. Sostiene que las rebeldías se organizan más contra los gobiernos constitucionales que contra las tiranías, insinuando así que los gobiernos despóticos son los más respetados y respetables en nuestra América.

Este destacado ejemplar de la mentalidad política novecentista, afirma que el Paraguay no se convulsionó bajo los cuarenta años de sobria dictadura del doctor Francia, mientras que se levantó contra gobiernos posteriores; y que, en Argentina, Rosas fue respetado, en tanto que gobiernos más tolerantes provocaron reacciones armadas. De aquí al panegírico en favor del “gendarme necesario” y a la tesis del “cesarismo democrático”, que sostiene Vallenilla Lanz, la distancia es muy corta. Torres olvida, en medio de su aparente tolerancia (sólo respetuosa de las ideas puras, mas no de las ideas aplicadas), que Rosas provocó numerosas tentativas revolucionarias para derribarlo, y que su gobierno, por mucho que lo elogien benévolo exégetas contemporáneos, se caracterizó por la opresión del pensamiento bajo la fuerza bruta, es decir por el triunfo de Calibán sobre Ariel, aplicando términos del dilema de Rodó. Torres, arielesco, neoidealista, bergsoniano y renaniano, alaba en

otro lugar de su libro, acaso sin quererlo, a las más trágicas y bárbaras autocracias. Al referirse concretamente a Chile, afirma que este país es un símbolo de “la resistencia oligárquica al espíritu radical, a favor del eterno sofisma dilatorio de que los pueblos no están aún maduros para la libertad” (p. 137). Tal “sofisma dilatorio” ha sido precisamente el utilizado no sólo por los oligarcas chilenos, sino especialmente por los neoidealistas del Novecientos, que ahora (1939) ejercen influencia o gobiernan en América y muchos de los cuales se reclaman discípulos (sic) de Rodó. El juicio de Torres, no obstante su denuncia del “sofisma dilatorio” de todas las oligarquías, contribuye, por su resistencia a la “superstición democrática”, a asentar autocracias y gobiernos de círculo al margen de toda fórmula democrática. Es un oligarquista convicto y confeso. En cuanto a las corrientes filosóficas de América, Torres se dedica tan sólo a glosar una “Memoria” presentada por Francisco García Calderón en Heidelberg, y cuya idea central se reduce a afirmar que los filósofos americanos constituyeron tan sólo una secuela o halo del pensamiento europeo.

Bajo el mismo signo arielista nació en Paraguay uno de los “profesores de idealismo” —entre tales lo comprendió Francisco García Calderón— en quienes más se advierte la huella de la educación absolutamente aristocratizante de esos días: Manuel Domínguez (1867-1935), y aunque no se pueda eludir su situación de nativo de un pueblo sufrido y su sinceridad a veces algo retórica, tampoco es posible olvidar la porfía con que se adhiere a la tesis del “hombre providencial” —casi el “gendarme necesario”— para condecorar con ella a Francisco Solano López, ni tampoco el “blanquismo” con que se enfrenta al “guaranismo” o “nativismo” que ostentan las nuevas generaciones paraguayas. Domínguez se muestra como típico arielista, partidario del predominio de la minoría de los “capaces”, y de un eruditismo a ratos enojoso. Por otra parte, cuando

se refiere al indio, siempre lo sitúa muy en lo pasado, para no verse en el caso de echarle en cara su desventura. Entonces, nutrido a los pechos de una explicable exaltación nacionalista, se le oye repetir con Azara, que “un guaicurú vale por veinte mexicanos o peruanos”⁴; o que “el Paraguay era superior al invasor hasta en lo físico que diría Thomson, en el número de blancos que diría yo”.⁵ No de otro modo se expresarían Stewart Chamberlain y Herr Rosenberg acerca de la raza, la tradición, los blancos, el patriotismo y la democracia.

Un pensamiento así desemboca, obligatoriamente, en una especie de falaz espiritualismo, que si en Rodó asume aspecto de dignidad cívica, en los otros, bajo el imperio de condiciones diversas a las que primaban en el democrático Uruguay colorado, se convierten en ejercicios retórico. De ahí que casi todos los “arieles” cayeran en el bergsonismo, y por tanto, siguiendo las huellas del maestro de *Materia y Memoria* casi todos han desembocado en el deísmo, a menudo católico.

Sin recalcar los casos de García Calderón, Belaunde, Zaldumbide, que fueron más bien escépticos (después se dirá algo sobre lo que son) o de Vallenilla, que fue anticlerical, bastaría detenerse en tres personajes típicos: el uno porque siguiendo el compás de su filosofía, arriba a las playas cristianas sin contradecirse; el otro porque, a pesar de años y reveses, alquitaró su idealismo, limpiándose de lo superfluo y ha logrado echar el ancla en un realismo constructivo y elevado, que igual puede llamarse realismo que espiritualismo, pero sólido y avizor, y el tercero porque es, sin duda, elaborador de un ideario propio.

El primero es Enrique Molina (1871-1960), uno de los más prominentes temperamentos filosóficos de Chile.

⁴ MANUEL DOMÍNGUEZ, *El Alma de la Raza*, Asunción, 1918, p. 25.

⁵ *Ibid.*, p. 47.

Después de haber publicado numerosos volúmenes, buena parte de ellos dedicados a la filosofía bergsoniana, Molina lanza dos obras indicadoras: *La Herencia Moral de la Filosofía Griega* (1936) y *De lo espiritual en la vida humana* (1937), a lo que agrega *Por los valores espirituales* (1939). Desde las primeras páginas, se delata un idealismo de cepa auténtica, o sea nutrido de fe: “Si los hombres pudieran vivir guiados por las luces de un deísmo definitivo, habrían resuelto uno de sus problemas más inquietantes”, dice al comenzar uno de sus libros. Y agrega: “cuando se han perdido las creencias religiosas, no queda más que una alternativa. O se vive la vida diciendo que no tiene sentido. . . O no nos resignamos a dejar de darle un sentido a este vivir consciente, angustioso y esperanzado, placentero y doloroso, humano en una palabra. . .” “La fe —dice en otra parte—, convivencia con lo divino, como mensajera del cielo, debe bañar el alma en placidez celestial. Fe que irrita no es verdadera fe”.⁶

Alejandro Deustua, del Perú (1849-1945), introductor del bergsonismo en mi país (con Javier Prado), educador universitario como Molina en Chile, y Vaz Ferreira en Uruguay; varias veces comisionado oficial en el extranjero; después de voluminosos libros sobre Estética y acerca de una posible conciliación entre “las ideas de orden y libertad”, escribió un vigoroso estudio sobre *La Nueva Universidad*, en donde, penetrando en la entraña misma del problema de nuestro tiempo y abjurando en parte de su antigua y reiterada posición “idealista”, escribe lo siguiente:

6 E. MOLINA, *De lo espiritual en la vida humana*, Santiago, 1937, págs. 5, 21 y 16. No hemos querido, por no alterar demasiado el contexto original de este libro, agregar aquí algo sobre la *Confesión Filosófica* de Molina, la cual reitera su característico idealismo.

“La generación de hoy, pobre generación atormentada por la tragedia de las ideas que mueren en su derredor, a la que ha tocado vivir el instante en que se derrumban todas las concepciones, en que el mundo pierde su vieja silueta, en que parece que se aplana hasta convertirse en campo raso, está ya definitivamente emplazada por el destino, aprisionada por la existencia, que, de grado o fuerza, habrá que capitanear, que ha principiado ya a dirigir, perfilando gallardamente frente al pasado su espíritu disconforme.

“El espíritu de nuestra época se caracteriza ante todo, por su inconformidad ante el pensamiento individualista, ortodoxo, y por su franca rebeldía contra la vieja fórmula, dentro de la cual se organizó la convivencia humana en el pasado, y que, al igualar, abstractamente, a los hombres ante la ley, creó la más monstruosa de las desigualdades, colocando a los fuertes en la posesión de todos los bienes del espíritu y de la materia, dejando a la gran masa de los débiles, huérfanos de toda riqueza del alma y del cuerpo.

“Vivimos pues una época revolucionaria; pero, la rebeldía de nuestro siglo no ha logrado superar aún la etapa negativa por la que atraviesan todas las revoluciones; pues si bien ha negado el pasado, destruyendo la construcción social, edificada sobre la ecuación individualista, no ha encontrado aún la línea arquitectónica del porvenir. Esta es la segunda nota del tiempo que vivimos; el ansia febril por encontrar una nueva pauta de igualdad social, que sustituya la vieja fórmula liberalista que tenía mucho de curial, pero muy poco de humano.

“Dos corrientes que proceden del mismo tronco, constituido por la común negación del pensamiento individualista, pero que se bifurcan en él y se separan en el desarrollo de sus trayectorias, se disputan el conocimiento de los hombres, y la organización social de los pueblos. La primera, de ascendencia materialista, quiere una nueva estructura

*igualitaria, edificada sobre la economía, porque piensa que lo económico es el contenido primario de todos los fenómenos sociales; la segunda, de origen espiritualista, ambiciona colocar en el punto de partida de su ruta política, una igualdad que mira al desarrollo integral de todas las posibilidades del espíritu, porque piensa que el espíritu es una existencia en sí y la más grandiosa de todas las existencia mundiales".*⁷

Este viejo arielista revela así, como Alejandro Korn, sensibilidad y capacidad para aprehender el drama del mundo contemporáneo.

Carlos Vaz Ferreira (1864-1958?) representa, a poca distancia cronológica de Rodó, la más alta cifra del filosofar en el Uruguay. Resulta que, mientras los de otras latitudes siguieron sumisamente al padre de *Ariel*, éste, su coterráneo, dio en la fea manía de pensar por cuenta propia y sin perder pie de tierra. Con eso resulta uno de los pocos arieles auténticos. Ni plenipotenciario, ni cantor o teorizante de dictaduras, ni enemigo de la democracia, ni juvenilista de ayer para volverse viejista de hoy, ni optimista barato, Vaz Ferreira, hombre de una sola pieza, desnuda su corazón en cada página y nos cuenta la vía crucis de su pensamiento, empeñado en sorprender la verdad, aun a costa de sí mismo.

En *Moral para intelectuales* —extracto un tanto descuidado en la forma, pero cuerdo y verídico de fondo—, en *Lógica viva* —vademecum para un razonamiento exacto de la vida— y, sobre todo, en el fecundo *Fermentario* (1938), se muestran las calidades excepcionales de este pensador insólito en una América hecha de simios de Europa, de gregarios y porfiados, como ocurre con cierto

⁷ A. O. DEUSTUA, "La Nueva Universidad", en *Boletín de la Bibl. de la Univ. Nac. Mayor de San Marcos*, vol. VIII, abril, 1937, p. 1.

sector que ha dado en la flor de sostener que, puesto que usamos instrumentos culturales europeos, debemos llevar la marca de Europa en todos nuestros haceres y pensares (ergo: no existe industria norteamericana porque usa inventos ingleses; ni cultura francesa porque emplea ingredientes románticos y germanos...), y con otro que pretendió y pretende cohonestar su ignorancia a base de una sistemática europofobia digna de un vulgar cerrilismo ideológico.

Pues, este Ariel auténtico es hombre que medita con su cerebro y su intransferible sensibilidad —se piensa sintiendo, por cierto—, ha dicho cosas como éstas:

“Que la vida no tiene sentido sin religión, es evidente. Y también que hasta ahora no se ha encontrado religión capaz de dar sentido a la vida”.

*“Para no ser viejo hay que no haber querido ser nuevo”*⁸.

Sobre la democracia: después de exponer sus defectos (como lo hicieran Renán, Bourget, y, desde luego, Carlos Arturo Torres y Rodó) escribe Vaz Ferreira, volviendo sobre sus pasos: “Pero observemos también otros hechos: observemos esa especie de sensibilidad de las masas, a veces sorprendente, que las hace por una parte sentir las orientaciones futuras de una moda que la consideración de la mentalidad de los componentes no haría esperar. Observemos que en la realidad práctica la resultante es mejor que la que podría esperarse del valor intelectual y moral de los funcionarios democráticos. Y observemos lo más esencial: que la democracia mantiene vivos y sensibles a los individuos, suprema fuerza, reserva y valor social. Y el problema sólo empieza cuando se trata de elegir sabiendo todo eso. Los que “descubren” los males de la democracia,

8 VAZ FERREIRA, *Fermentario*, Montevideo, 1938, p. 103.

están *antes* del problema. Esos males ya deben estar descubiertos por los demócratas conscientes. . . . El que sabe observar en política y en historia sabe, y sabe mil veces, que, suprimiendo libertades, se pueden dictar buenas leyes, a veces muy fácilmente, y se pueden corregir muchos males concretos; pero, sabe que se van dañando los individuos, y sabe que, a la individualidad y a la libertad, para hacerlas entrar en los cálculos de preferencia, hay que ponerles un coeficiente casi infinito, no místico, no teórico, sino un coeficiente de futuro de hechos, que tendrá el sino del bien aun cuando no puedan preverse concretamente esos hechos buenos” . . . ⁹

Acerca del optimismo, opina Vaz Ferreira: “tal como generalmente es sentido (el optimismo) . . . pone poco inteligentes a los hombres”. (Id. p. 80).

Y en cuanto al juvenilismo, dice: “Observando mejor se ve que lo habitual es que (los jóvenes) sean seguidores de lo nuevo o de lo que como tal se presenta, de una manera especialmente pasiva. . . . Son más bien como la inercia de la novedad; no el impulso, sino el proyectil; la masa de lo nuevo. Ni los caracterizan, generalmente, las manifestaciones verdaderas de independencia; la preocupación de las reservas, de las distinciones; la resistencia a dejarse incluir completamente en ninguna tendencia ni vieja ni nueva. Ni diferenciarse unos de otros. . . . Su apostolado es muy incondicional. . . . Y en cuanto a la generosidad juvenil, hay también algo de convencionalismo. *Muchos hombres permanecen egoistas o son egoistas no porque se hayan hecho viejos, sino porque se han quedado jóvenes. . . .*” ¹⁰

Bastan estos simples apuntes para percatarse del pensamiento autónomo, del idealismo clarividente de Vaz Ferreira; así como de sus discrepancias con la demagogia

⁹ Ibid, *Fermentario*, 93.

¹⁰ VAZ FERREIRA, *Fermentario*, 67 a 70.

autoritaria, jerarquizante, del “orden por la fuerza”, del progreso por la ley y de la juventud como cebo que caracteriza a buena parte de los “profesores de idealismo...”

Francisco García Calderón (1881-1953) nació durante la prisión y destierro de su padre, Presidente del Perú. Hijo mimado de casa grande, como Rodó, se educó en un colegio de sacerdotes franceses y destacó en la Lima de 1900 como paradigma de cultura y moderación. Atravesó por una aguda crisis personal que lo condujo a un conato de suicidio. En 1904, publicaba su folleto *De Litteris* con prólogo de Rodó, quien lo consagró como una esperanza de la crítica americana. En 1907, y con prefacio de Gabriel Séailles, lanza *Le Pérou Contemporain*, ojeada a la realidad peruana y ensayo sociológico general. Poco después, *Profesores de idealismo y Hombres e ideas de nuestro tiempo*. En 1912, *Les democraties latines de l'Amérique* (Ernest Flammarion, París, 1912), panorama de toda América, y *La Creación de un continente* (París, Ollendorf; s/a ¿1912?). Los libros posteriores carecen de la fuerza de los nombrados. A partir de entonces —desde cuando tenía treinta y un años— sólo produce artículos sueltos, estudios aislados y de oportunidad. *El Wilsonismo* es un folleto impregnado de ilusión aliadófila, *Le Dilemme de la guerre* (1920), un intento ambicioso y parcial de enfocar el problema europeo, *Ideologías, Ideas e impresiones, El espíritu de la nueva Alemania* (1921), *Europa inquieta, La herencia de Lenin* (1930), son recopilaciones de artículos. García Calderón vive en Europa desde 1910, sin interrupción alguna, y, salvo un corto paréntesis ha sido diplomático y representa al Perú en Francia, como ministro, bajo varios regímenes sin excluir recientes y legicidas tiranías militares de mi país. Después de sufrir cautiverio a mano de los alemanes, volvió al Perú en 1946: su mente estaba herida incurablemente.

Ahora bien, ¿en dónde está lo sustantivo de García Calderón? El cree que América es o va ser una realidad autónoma, merced al esfuerzo de quienes no se someten —¿como quién?— a modelos o patrones europeos. “El milagro americano” —paráfrasis de una expresión de Renán— le obsedió durante sus primeros años de vida intelectual. En el más cimero de sus libros, *La creación de un continente*, aborda el tópico continental desde un punto de vista sociológico con más exactitud que muchos. Pero, en García Calderón predomina, como en casi todos los de su tiempo, el prejuicio intelectualista y no tuvo en cuenta dos factores esenciales para todo constructor de sistemas y ordenador de pueblos: el moral y el económico, es decir, aquello que es lo más hondo en el espíritu —la conducta— y lo más perceptible en la materia —los intereses—. Con sólo apetencias —no obstante un estilo brillantemente peinado— resulta difícil levantar algo duradero. Ariel sin doctrina y sin realismo, no resulta sino el cuervo frente al raposo, en la célebre fábula del queso. Un Ariel así más parece un Calibán predicando lo que no practica, y Calibán sin bases económicas es un Ariel que se ignora a sí mismo. Pero Ariel sin doctrina y Calibán sin economía producen un híbrido, al que por su carácter interesado como razón social, rotularemos: “Ariel y compañía”.

Por otro lado, en *Les democraties latines de l'Amérique* demuestra el mismo criterio de Torres, superestimación del caudillo, menosprecio del pueblo, elogio de las oligarquías, sospechosa alabanza al “gendarme necesario”. La manera cómo algunos arielistas eminentes toleraron y sirvieron a sátrapas y tiranuelos, demuestra que Vallenilla Lanz, según lo veremos más adelante, es el político y sociólogo más leal de su grupo. García Calderón inicia su mencionado libro con una generalización excesiva del vocablo “caudillo” para Nariño, Zela, Miranda, Espejo, Francia, Belgrano, Bolívar

y San Martín ¹¹. Ciertamente que se presta a muchas discusiones eso del caudillaje de Espejo, Nariño y el propio San Martín, símbolos de necesidades de su tiempo. Otra cosa es Bolívar, a quien García Calderón califica de “el héroe”, el “superhombre de Nietzsche, el personaje representativo de Emerson” (p. 65). Siguiendo a Spencer y a Summer-Maine, afirma que la evolución de la sociedad va del *status* al contrato, de la etapa militar a la industrial. Las “fuerzas morales” —que un positivista, José Ingenieros, rescataría como ingrediente imprescindible en el libre juego de la sociedad— asoman apenas en este bruñido sociólogo bergsoniano y neoidealista. “En América, el desarrollo político presenta las mismas etapas fundamentales. Invariablemente se suceden ahí los dos períodos, militar y civil o industrial” ¹². Y añade, buen discípulo de Gabriel Tarde: “Como en las revoluciones europeas, la anarquía a la dictadura y ésta provoca contrarrevoluciones inmediatas”. No analiza las causas de estos movimientos ni se ocupa de su urdimbre económica y política. Prefiere las soluciones “occidentales”; una autocracia o una oligarquía “civilizadora”. Esa es la razón de sus elogios a Diego Portales, a Balmaceda, a Ramón Castilla, a Guzmán Blanco, a Rosas, a Francia y a Porfirio Díaz. Si *Les democracies latines* hubiesen aparecido en 1939 y no en 1912, no veo por qué se habría excluido de los ditirambos del autor a Leguía, a Sánchez Cerro y Benavides, a Ubico y a Juan Vicente Gómez, a Carías a Gerardo Machado y a Uriburu.

Otro representante del novecentismo César Zumeta, y con él sus compatriotas Pedro Emilio Coll y Manuel Díaz Rodríguez (*El Continente enfermo*, 1900, del primero; *El Castillo de Elsinor*, y *Palabras* del segundo; *Camino de*

11 F. GARCÍA CALDERÓN, *Les democracies latines de l'Amérique*, París, (1912) págs. 50 y 51.

12 F. GARCÍA CALDERÓN, *Les democracies latines de l'Amérique*, pág. 70.

perfección, 1908, y *Sermones líricos*, 1918, del tercero) indican otros tantos jalones en el camino hacia el encuentro del alma americana. Los tres son escépticos y los tres intelectualistas, como lo sería *Pueblo Enfermo* —título inspirado en Zumeta y Nordau— del boliviano Alcides Arguedas. El denominador común de todos es un alarde estético, el desdén a la muchedumbre, la desconfianza en la democracia.

Estos “profesores de idealismo” suelen ser aristárquicos —ya que no aristócratas. Díaz Rodríguez, es su novela *Idolos rotos*, pintará la tragedia del joven educado en Europa que ve caer trizadas sus utopías occidentales igual que las estatuas del escultor que hace de protagonista, al empuje de una insurrección tropical. La “sofrosine” aconsejada por Rodó en *Ariel* no resiste el choque con la América turbulenta. *Sangre Patricia*, otra novela de Díaz Rodríguez, mostrará parecido drama; la inadaptación del heredero de vieja familia ante la edad moderna. En *Camino de perfección* Díaz Rodríguez dará una lección de tolerancia y de altiva defensa del hombre de espíritu selecto contra la mediocridad; en lo cual insistirá un positivista como Ingenieros con su célebre *El hombre mediocre*, en donde exalta las cualidades egregias del hombre, más que en son de alabanza a la supremacía individual, en contraposición a la chatura de la grey.

Pedro Emilio Coll sigue el mismo sendero. Veamos cómo se refiere al caudillo, menospreciando la superstición de la ley democrática y anunciando ya, aunque vagarosamente, al “gendarme necesario” de Vallenilla Lanz, concreción del benéfico pero desvaído “caudillo” que enamora a Francisco García Calderón. Dice Coll: “Cuando una ley penetra en el corazón de la masa, otra más perfecta viene a sustituirla; las leyes no sirven sino para la orientación de los grandes rebaños sociales conducidos por unos cuantos

pastores”¹³. He aquí lo que dice de Renán, maestro de un paradójal escepticismo intolerante y de jerarquismo: “Yo me voy a mi cuartucho de estudio, en donde a un lado, el retrato de Renán sonrío maliciosamente, y al otro, el de Tolstoi arruga el entrecejo; en los estantes hay libros que me llaman cariñosamente. . .”¹⁴ Y acerca de París, esperanza de todos los modernistas, sueño de Rubén, anhelo de Rodó, residencia de casi todos ellos: “Lo peor es que este París de carne y hueso desvanece día a día mi otra ciudad interior, fantástica y divina que me empeño en evocar y que miro ya hundirse en el horizonte del recuerdo. Pronto la noche del olvido caerá sobre la etérea ciudad de mi adolescencia a donde no podré ir en romántico peregrinaje”.¹⁵

Tanto Díaz Rodríguez como Zumeta alcanzaron altos puestos de los gobiernos de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. El uno residió en Italia como Ministro de Venezuela, el segundo en Alemania. El primer historiador positivista de Venezuela, José Gil Fortoul, representó a su país en París y Berlín; y Pedro Arcaya, coautor de la teoría de “el gendarme necesario”, sociólogo documentado, actuó también en la carrera diplomática, representando la autocracia de Gómez.

En Vallenilla —defensor y mentor de Gómez— se dan claramente los resultados políticos y sociológicos de la mistificación pseudoarielista. Su actitud se compendia en una fórmula que Burke enunciara ya: amor a la libertad en el pasado —culto a Bolívar— y sumisión a la tiranía en lo presente— acatamiento a Gómez. Vallenilla, hombre de grandes pasiones, autor de *Críticas de sinceridad y exactitud*

13 PEDRO EMILIO COLL, *El Castillo de Elsinor, Palabras*, Biblioteca Andrés Bello, Editorial América, Madrid (1916), 2ª ed., pág. 17.

14 PEDRO EMILIO COLL, *El Castillo de Elsinor, Palabras*. Biblioteca Andrés Bello, Edit. América, Madrid, s/a., pág. 375. Véase también pág. 23.

15 Ibid, pág. 36.

acomete en su *Cesarismo democrático* (1919) la tarea de probar históricamente que la independencia fue una guerra civil; que en esa guerra civil predominaron los grupos, y que la anarquía consiguiente sólo se soluciona con un autócrata, con un “gendarme necesario”, cualquiera de la caterva de generales despóticos de los últimos años americanos.

Vallenilla no consideró los juicios de Rodó en su *Montalvo* y su *Bolívar*, acerca de la revolución emancipadora, ni tuvo en cuenta la elevación moral y mental de los próceres por encima de la mezquindad de los “grupos” o camarillas.

El *Cesarismo democrático* fue traducido al francés por la *Revue de l'Amérique Latine*, pilotado por calificados novecentistas. Con ello demostraron por lo menos cierta tolerancia para con las ideas de Vallenilla. Gran sibarita, en medio de una vida atormentada por terribles males, Vallenilla coincidió en el apego al *confort* y el orden —a-la— fuerza con los socios de “Ariel y Compañía”.

En Cuba, donde la figura de Varona fue un dique para las claudicaciones, se perfila desde 1925 la pugna entre la “posición” y la “postura”, entre el decir y el hacer. Alberto Lamar Schweyer, ex miembro del grupo “minorista” —gran admirador de García Calderón y de Cornejo— y que resultó secretario del sanguinario Gerardo Machado, publicó una *Biología de la Democracia* (1929), tomo destinado a probar que la democracia debe ceder ante las autocracias y las oligarquías, y *La crisis del patriotismo*, obra montada sobre andamiajes positivistas bastante retrasados. Contradijo duramente a Lamar el profesor Roberto Agramonte en su obra *La biología contra la democracia* (La Habana, 1930), mas nada tan definitivo y claro para desnudar la exacta posición de Lamar, como su actitud, sus artículos y su libro *Cómo cayó Machado* (1934), en los que se encierra una dramática confesión de chafado estetismo.

Mariano H. Cornejo (1866-1942), spenceriano y wundtiano, profesor de Sociología de la Universidad de Lima, autor de una *Sociología General* (1907), trató de construir un ideario de la autocracia para el uso del gobierno de Leguía. Gran vocero del "ideal", orador que defendió la democracia en cien discursos, devoto de Proteo por la aparente inconstancia, encarna en su significativa mezcla de mecanismo spenceriano y de verbalismo a lo Castelar, de idealismo empenachado a lo Hugo, de cincelado fraseario a lo Guizot y de cazarería de criollo Tayllerand, él encarna también a Proteo, "el inasible". Cornejo —que ha publicado *El equilibrio de los continentes* (1932) y *La organización de la paz* (1930)—, presenta con más franqueza sus ideas y proyectos.

En Gonzalo Zaldumbide (1888-1966), representante ecuatoriano del arielismo, se da el caso de un crítico objetivo. Su idealismo se refugia en el Barbusse sin esperanza de *L'enfer* y en el D'Annunzio decorativo y engolado del *Triunfo de la muerte*. D'Annunzio representa el lujo y la neurastenia: plenitud material y desorbitamiento espiritual. Bergsoniano y rodoniano en las apariencias, Zaldumbide evita adentrarse en asuntos sociales. Sus tres libros están dedicados a sus tres maestros: *Barbusse*, *La evolución de Gabriel D'Annunzio* y *José E. Rodó* (1919). En un pequeño folleto canta la gloria literaria de "Ventura García Calderón" (1920). Luego consagra sendos trabajos a dos compatriotas: Montalvo y el P. Juan B. Aguirre.

La vida de Zaldumbide transcurre entre los halagos de la diplomacia y de los viajes oficiales. Individualista y europeizante, cree que su país se puede salvar por medio de una oligarquía de intelectuales, e imitando a Europa. Desarraigado, habita sin mayores inquietudes "haciendo" literatura fuera de su país, como casi todos sus compañeros de promoción. Usando términos de Carlos Arturo Torres, lo estético ahoga a lo ascético. Iniciada la marcha deslum-

bradora del imperialismo, los profesores de idealismo no se dieron cuenta de ella, o no se atrevieron a señalarla y, quieras que no, lo usufructuaron. Sin embargo de lo dicho, Zaldumbide y Gallinal son de los mejores críticos de Rodó. Al primero pertenecen, aparte de otras alusiones al “mal de las democracias”, los siguientes conceptos sobre América en el minuto de advenimiento de *Ariel*:

*“Reclamábalo (a Ariel) aquel momento de incertidumbre y desorientación. Si el positivismo, en el espíritu de nobles pensadores, conducía a una estoica exaltación de toda la verdad y a una total sinceridad, llena de fuerte candor, ante la vida real, en la conciencia inferior de los pueblos había rebajado la calidad de los ideales. Y si fue el bienvenido entre nosotros por los muchos verbalismos y quimeras que había de destruir, pronto bastardeó su interpretación de la realidad”*¹⁶.

*“Y como todo lo esperaba nuestro mestizaje de la democracia más irrestricta, el cundiente aplebeyamiento en todos los órdenes y propósitos no podía hallar ambiente más favorable que el creado por el positivismo con las agravantes del utilitarismo y el cosmopolitismo...”*¹⁷

*“Sociedades de aluvión, sin estructura de tradiciones, ni médula de herencias afianzadas por la continuidad de la misma sangre, no tenían las nuestras mayores diques que oponer al igualitarismo nivelador”*¹⁸.

Antonio Caso (1883-1945), representa en México, la reacción espiritualista. Se enfrentó, enarbolando los textos de Bergson, a los contistas, discípulos de don Gabino Barreda y partidarios de Porfirio Díaz. Caso reivindicó “la existencia como caridad”; la enseñanza por medio de la música; la historia y la sociología desde el punto de vista de *La*

16 ZALDUMBIDE, *Montalvo y Rodó*, reed, cit., págs. 173-174.

17 *Ibid*, pág. 174.

18 *Ibid*, pág. 175.

Evolución Creadora. Orador y maestro, tuvo una vida ejemplar. Su idealismo fue de aula y mundo. En cambio, José Vasconcelos realiza un idealismo militante. De las páginas de su *Ulises Criollo* y *La Tormenta* mana un individualismo exasperante. Por consiguiente escapa sólo a medias del rubro "Ariel y Compañía". Hace años, en una sonada polémica periodística, enfrentados Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano, líder sindicalista mexicano, filocomunista, aquél recibió de éste un rudo —y no siempre exacto— ataque cuya síntesis se halla en el párrafo siguiente: "Don Antonio Caso pasó, a su vez, del positivismo al intelectualismo, de éste al intuicionismo, y por último a la metafísica religiosa. Y como consecuencia inevitable de su involución filosófica y científica, de la concepción cristiana de la vida a la doctrina política del fascismo"¹⁹. Pocos años después, Lombardo por sumisión política aceptaba el *diktat* de Stalin y colaboraba primero con Hitler, y después con los dictadores de Centroamérica.

El pendón de "Ariel" fue mantenido así por manos de hombres nativamente confortables. En mi adolescencia, ellos eran los representativos de la "intelligentzia" americana, los "profesores de idealismo" según sus dichos, libros, artículos y discursos.

Más tarde, al acercarnos a ellos y examinar sus ideas y sus biografías, empezó a variar poco a poco nuestro criterio. Casi ninguno aplicó a la realidad sus principios ni los de Rodó. Con el tiempo algunos traicionaron su prédica. Hablaron de idealismo, pero no pudieron resistir el embate de la adversidad. Los profesores de idealismo deben ser, como Cristo, sino crucificados al menos perseguidos y frecuentar alguna vez a la miseria. A Tolstoi le damos crédito porque vivió rodeado de pobres y se evadió de su comodidad por ser fiel a sus principios (y agobio de su mujer, según

¹⁹ VICENTE LOMBARDO TOLEDANO, *Escritos Filosóficos*, México, 1937, pág. 210.

De Monzie) ^{19b}. Goethe nos desconcierta con su sensualidad, nos deslumbra como artista, y como ideólogo, y sin embargo, carece de la fuerza ejemplar y persuasiva de un Galileo. Martí inspira fe, como González Prada, como Sarmiento, como Juárez, como Montalvo, porque demostró a través de dolorosas persecuciones la pujanza de su genio y la firmeza de sus creencias. Los arielistas, en cambio, se mostraron, casi todos y casi siempre, cortesanos del poder, alabando a “caudillos bárbaros”. Por eso no inspiran confianza ética, aunque sean maestros de estética. Pero ¿pueden andar separadas ambas? El idealismo arielista se traduce, prácticamente, en una sumisión ante la fuerza. Sus campeones son como la “Cleopatra intelectual” de que habla Plejanov en *Materialismo Militante*, asequible a todos los poderosos.

Es muy instructivo, el *mea culpa* o *De profundis* dicho sobre la tumba de un miembro de aquella promoción, por uno de sus más calificados exponentes, me refiero a José de la Riva-Agüero y a su discurso pronunciado en Lima ante el sepulcro de José María de la Jara y Ureta, el 9 de noviembre de 1935 ²⁰. Ese discurso es una confesión pública de errores también públicos. A la luz de la natural parcialidad del discursante, su promoción no logra, empero, salir mejor librada. “Demasiado optimistas e ingenuos —dice aquel sermón fúnebre —confiábamos sobradamente en la espontaneidad y bondad de la naturaleza humana, y en la sensatez de la opinión pública; y profesábamos nimio respeto supersticioso a las libertades individuales y en particular a la de la prensa que proclamábamos ilimitadas e intangibles. El antiguo Partido Demócrata (del Perú) más previsor y experto no había caído en tal red; y en su declara-

19b ANATOLE DE MONZIE, *Les veuves abusives*, París, Plon, 1938. Trad. al castellano. Santiago, Ercilla, 1941.

20 “La Prensa”, Lima, 10 de noviembre de 1935.

ción de principios había reclamado, con mucha mayor energía y acierto, la severa represión y a menudo la prevención del delito de propaganda subversiva. Pero, en el instante en que nuestro grupo se definió (1915), todos en el Perú estábamos aquejados de exceso de tolerancia, de culpable lenidad. Caro lo hemos pagado. Mi desengaño se advierte muy claro desde el 18 en algunos artículos que publiqué, especialmente en uno para la revista *El Mercurio*.

En realidad ocurrió, para explicar tales palabras, que Riva-Agüero congregó a la promoción novecentista peruana en un fracasado partido político titulado Nacional-Democrático. Era una "élite" aristárquica con veleidades democráticas. Hijos de familias católicas, pero con ribetes de librepensadores. Cortejaban a la masa, desdeñándola. Escribían libros eruditos, y querían ser llamados maestros. Voceaban libertad, pero a los cincuenta años —y antes— los libertarios de antaño sirvieron a despotismos primitivos y se entregaron a una especie de oratoria aulladora, tronpeta de odios y rencores, de prejuicios y ambiciones tardías. . . Cuando aquel partido apareció, otro sector del novecentismo peruano —constituido por el periodista Luis Fernán Cisneros y otros—, lo saludó con mofas. Refiriéndose a aquello, cuenta Riva-Agüero en 1935: "Una algazara vil celebró nuestro fracaso, que era el del Perú; y a poco más de dos lustros, la justiciera historia, con el irresistible curso de los hechos, había convertido a todos, vencedores y vencidos, perseguidores y víctimas, burladores y vejados, renovadores, restauradores y demolidores, en una colección de fracasados lastimosos"²¹.

21 Dijo González Prada sobre los fundadores del Partido Nacional Democrático —o "futurismo"— del Perú, que presidió Riva-Agüero: "Eclécticos y doctrinarios, pero no a lo Cousin ni a lo Royer-Collard, sino a la criolla, se figuran ponerse a la cabeza de la evolución nacional cuando se escabullen a la retaguardia, en las filas de un Piérola o de un Vivanco. Piensan encender un foco de mil bujías y prenden su vela de sebo. Loyolas, que, de puro

“¡Fracasados lastimosos!” Es una “confesión de parte” la de Riva-Agüero. Jurídicamente, haría prueba plena. Sin embargo, no es exacto ese fracaso absoluto. Fracásó la “intelligentzia” organizada como clase; fracasó tan sólo un sector oligárquico. El otro no, porque Rodó mantuvo en alto el ideal de la libertad. Rodó amó a la juventud, al porvenir, a la acción idealista, aun cuando no siempre acertase en el sendero más conveniente para lograrlo. Los discípulos enarbolaron sólo el cartel de Rodó. Vocearon idealismo, sin practicarlo. La libertad fue dogal en sus manos. La democracia, oligarquía autocrática. El porvenir, estaba en su pasado. Y el americanismo que, con Rodó, empezaba a destacarse, tratando de encontrar su senda propia, se retrovierte en colonialismo y eruditismo, en ciego culto al pasado, de lo cual sólo se salva un puñado de páginas: las de *Ariel*, *Motivos de Proteo*, *El Mirador de Próspero*, *La Creación de un Continente*, *Camino de Perfección*, *Sermones Líricos*.

Rodó rindió culto a Bolívar. Algo de esa fe vuelve a aparecer en Francisco García Calderón. Otro novecentista bosquejará un Bolívar oratorio, legislador y de aspecto reaccionario. Aquel de más allá lo atacará por defender

jesuítas, no llevan sotana, merecen llamarse *arrieristas*, arribistas o ambas cosas al mismo tiempo, que van con el rostro vuelto a las espaldas marchando adelante y mirando atrás, como el Eurípilo de *La Divina Comedia*. Sin desdeñar contingente alguno, queriendo hacer leña de todo palo, admiten en su seno a los ejemplares de todos los colores y de todas las marcas. De un mal libro compuesto por Alarcón, decía Quevedo: “Es un coche de alquiler”. Del Partido Nacional Democrático podemos decir: “Es una carrosa di tutti”, donde se juntan el radical, el liberal, el demócrata, el constitucional y el civilista, amén del obispo, el cura, el padre comendador, el monaguillo, el sacristán y la madre abadesa. Con la trinidad fraseológica del nombre y el verbalismo universitario del programa quisieron disimular el verdadero móvil de su organización; pero no bien salidos a la luz, se denunciaron ellos mismos, revelaron su condición de apéndice o cola: cola hoy del civilismo y cola mañana de cuantas banderías surjan para eternizar la dominación de una casta o familia”. M. GONZÁLEZ PRADA, *Propaganda y Ataque*, Buenos Aires, 1939, págs. 120 y 121.

feudalmente el antibolivarismo de un antepasado. Los políticos de 1900 defendieron a los gobiernos "fuertes", fueran el de Rosas, el del doctor Francia o el de Juan Vicente Gómez. En los altares de los "caudillos bárbaros", casi arrieron dos promociones de intelectuales americanos. ¿Ariel había perdido las alas? No llegó a cristalizar en sus discípulos el noble sueño de Rodó.²²

22 Sobre el esteticismo de América y, en particular, de la promoción novecentista, conviene citar lo siguiente:

El Conde de Keyserling decía: En Sudamérica encontramos ya hoy en día indicios de una concepción autóctona y original del universo. La cual reposa en la primacía de la *delicadeza*. El argentino *Leopoldo Lugones* postula para su país una cultura al modo antiguo, basada en la Belleza, y ha sido, a mi saber, el primero en distinguir con pleno conocimiento la existencia de culturas determinadas por la Verdad y otras basadas en la Belleza. Pero el pensador más representativo es el mexicano José Vasconcelos. El cual quiere cimentar *en el placer y en el antojo*, la futura civilización integral por él esperada. A su juicio, el gusto acabará por conducir un día incluso a una eugenesia bien entendida. Los seres feos acabarán por no querer reproducirse. Vasconcelos distingue tres períodos: el primero, ha sido, la era materialista o guerrera; a ésta sigue la época intelectual o jurídica, pero la meta estaría en el período espiritual o *estético*". Vide, KEYSERLING, *Meditaciones Sudamericanas*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1933, pág. 231.



JOSE INGENIEROS

CAPITULO SEPTIMO

LOS CALIBANES

“Y no nos imitéis.”
VASCONCELOS, Discurso en Medellín,
Colombia (1930).

Repito: es peligroso hablar de generaciones; más vale, de promociones o sectores. Existe, cierto, un clima de cada tiempo, pero dentro de él cada cual responde a su respectiva conciencia social y a su modalidad individual. Así ocurre con la promoción de “Ariel y Compañía”. Mientras el tono de la época indica que los Calibanes habían adoptado el disfraz de Ariel, hubo un sector que, por el sendero de la ciencia y de la ética, desdeñando la retórica, ahondó en el tema de la justicia y dirigió sus pasos hacia un concepto social de la vida. No fueron quizá los más brillantes; pero, sí, los más constructivos. De ellos han aprendido mucho las gentes que han venido después. En medio de una etapa eminentemente esteticista, tuvieron el valor de enarbolarse su pendón ético. El tiempo exigía ese cambio de rumbo. Las antenas señalaban el despertar del tiempo nuevo y de las nuevas aspiraciones.

La mayor parte de estos orientadores sale del sur, del Plata. Ellos son Korn, Ingenieros, el ya citado Vaz Ferreira, Ugarte, Palacios, Frugoni, Domínguez, y en el norte, Vasconcelos, Turcios, Masferrer, García Monge. No se trata de pensamientos idénticos. Se trata de actitudes semejantes.

Este grupo presenta características diversas al anterior, aunque son ramas de un mismo tronco. Lo paramental pasa a segundo plano. Ellos siguen fieles a Rodó, pero por diverso modo. Sustentan el idealismo de *Ariel*, pero sin convertir en espíritu la letra. Al revés: hasta de la letra hacen espíritu. No se satisfacen con el bienestar, y admiten, como hecho incontrovertible, la lucha social en la cual toman parte. Dentro del campo americano, no se limitan a lo cultural. Comprenden que el factor económico es decisivo, y descubren en la dictadura y el imperialismo la raíz de más de una seria discrepancia. La unidad que fomentan no descansa en la tradición latina, ni en la uniformidad idiomática o litúrgica, sino, antes que nada, en la similitud de la tradición política, del fenómeno económico y del problema social. Frente a los Estados Unidos no reaccionarán ya en nombre de la cultura ni del espíritu, sino en representación de la necesaria autonomía del sur. Los arielistas adorarán el panamericanismo decorativo, bajo la égida de Yanquilandia; los nuevos orientadores constituirán ligas de "Unión latinoamericana" o Indoamericana. Aquéllos manifestaron vagos impulsos; éstos desembocan en fórmulas más realistas.

Además del movimiento antiimperialista, continentalista y reivindicador, surge entonces un suceso que define mejor que todo el divorcio de los dos sectores: me refiero a la Reforma Universitaria.

Apenas producida la revolución rusa, al liquidarse la Gran Guerra, la juventud americana se lanzó por caminos hasta allí no transitados. La Argentina, nación a la cual el aporte inmigratorio acercó más a las inquietudes euro-

peas, fue la primera que rompió la marcha. Dentro de la feudal Universidad de Córdoba se inició en 1918 el movimiento reformista, que si bien, al principio, sólo exigía modificaciones gubernativas y pedagógicas, más tarde, bajo la inspiración de Korn, la intervención de maestros como Palacios e Ingenieros y la dirección de los entonces estudiantes Gabriel del Mazo, Gregorio Bermann, Deodoro Roca, Saúl Taborda, Florentino Sanguinetti, Héctor Ripa Alberdi, etc., concretó su ideología orientándola primero a definir y establecer la discrepancia entre dos grupos humanos; segundo, a fijar la verdadera misión de la Universidad, y tercero, a abrir para ésta el campo social.

El movimiento de Córdoba se extendió ese mismo 1918 a todo el país argentino; en 1919 al Perú, donde lo dirigió Haya de la Torre; en 1920, a Chile donde aparece la lírica y martirizada figura del poeta y líder Domingo Gómez Rojas; en seguida sacude a otras repúblicas y, en el Congreso Internacional de Estudiantes de México, 1921, comunica su fuego al resto del continente.¹

¿Cuál fue la posición de los “arielistas” ante el conflicto, que no se limitó a un mero episodio universitario sino que significó una conmoción juvenil y la aparición de una nueva conciencia? Los “amantes de la juventud” —ya había muerto Rodó—, los “devotos del porvenir”, los “custodios del ideal”, los “guardianes de la renovación” —*renovarse es vivir*—, prefirieron callar, dejar hacer o, simplemente, oponerse. Fueron realmente pocos de ellos los que apoyaron ese movimiento en el que afloraba una nueva conciencia. Los “profesores de idealismo” reclamaban jerarquía intransigente e inmutable. En tanto, los otros, los “calibanes”, comprendiendo pronto y bien su misión, no

1 Véanse los seis volúmenes de DEL MAZO, *La Reforma Universitaria*, B. Aires, 1926-1927, o bien la reedición más completa, en tres grandes volúmenes, La Plata, 1941. Reedición aumentada en 3 vols., Lima UNMSM, 1967-68.

desdeñaron esfuerzo en pro de la causa juvenil. Korn, Ingenieros, Palacios, Vasconcelos y, en parte, Caso, Frugoni y los más jóvenes encauzadores de las nuevas mesnadas, Haya de la Torre en el Perú; Arciniegas en Colombia; Gómez Rojas, David Schweitzer, Santiago Labarca y Carlos Vicuña Fuentes en Chile; del Mazo, Roca, Taborda, Bermann, González, Ripa Alberdi, de la promoción universitaria argentina; Cosío Villegas, Pellicer, en México; Martínez Villena y Mella, entre los cubanos; Quijano, Zavala Muniz y otros entre los uruguayos; coincidieron en la necesidad de arquitecturar una nueva ideología para el nuevo tiempo, para el punto desgarrado donde le tocaba vivir a la promoción nacida alrededor de 1900; incorporar a los postulados de lucha estudiantil otros de mayor trascendencia que la mera sustitución de profesores, horarios o programas; tales fueron: la pugna contra las oligarquías nacionales, el anti-imperialismo, la democracia efectiva y económica, la unidad continental, la solidaridad con empleados, obreros y campesinos. Así, de esa insurrección de estudiantes, brota el movimiento más auténtico y en el que cuajan mejor que en ninguno las aspiraciones de la nueva América: el "Apra" (Alianza Popular Revolucionaria Americana) fundada por Haya de la Torre en México, el 7 de mayo de 1924.

Prácticamente se vio, entonces, de qué lado estaban las declaraciones benevolentes y de qué lado la voluntad de realizar; en dónde el idealismo efectivo; quiénes eran los profesores de idealismo ilusorio (redundancia sólo aparente), y quiénes fueron los "calibanes" que, a fuerza de "materialismo", enseñaron por contradictorio modo, a profesar y abrazar un viviente idealismo a la jineta.

La Reforma Universitaria señala una profunda división entre dos grupos o generaciones americanas. Los "profesores de idealismo" se quedaron con el pasado en nombre de una jerarquía sin contenido tangible, existente sólo por propia definición. Los otros, los "calibanes", que desfilan

en seguida, prefirieron la conducta a la palabra, y optaron por adecuar ésta a la otra.

Carlos Octavio Bunge (1874-1918) es un precursor de los "calibanes". En su célebre y ya citado libro *Nuestra América* (1903) examinó con más intuición que conocimiento los problemas de nuestra raza y trató de establecer fórmulas salvadoras, demasiado imbuidas de prevalencia cultural. *La educación* (1903), otro libro suyo, afronta tanto el aspecto técnico como el social de aquella disciplina. Predominaba entonces en cierto sector universitario el positivismo. Un modesto poeta, al par que experto criminalista mexicano, Julio Guerrero, publicaría por aquel tiempo (1899), su copioso libro *La génesis del crimen en México*, en el que trata de definir por manera científica la realidad de su país. El krausismo avanzaba en España y, de rebote, en América. Lombroso ejercía su dictadura en el campo penal, y, a través de jactanciosas afirmaciones decimonónicas, el pensamiento americano trataba de libertarse de los excesos verbales del arielismo.

Y, sin embargo, nadie repudió a Rodó. Y es que el idealismo puede coexistir con los más tenaces materialistas. Nuevamente debo recordar a Romain Rolland cuando (observando el frenesí con que los adictos al materialismo histórico defienden a costa de sus vidas el credo que abrazan) afirma que un materialismo de tal jaez es realmente un auténtico idealismo, puesto que la esencia de éste es creer con firmeza en un ideal y sacrificarse por él.

Alejandro Korn (1860-1936) destaca también entonces una personalidad ética vigorosa y un pensamiento de diáfana claridad. Nacido de inmigrantes alemanes, salidos de su país por discrepancias políticas, a causa de ser liberales, sufrió que su familia, por no aceptar coacciones en el turbulento Uruguay de la segunda mitad del siglo XIX, hubiera de pasar a la otra banda del Plata en busca de (entonces) libertad. Así nació en la Argentina, Alejandro Korn.

Su vida es rica en episodios de dignidad auténtica. Médico de profesión, alternó sus menesteres de tal con los de maestro. Cuando se fundó la ciudad de La Plata (1882), se trasladó a ella con un modesto cargo. Trabajó, leyó, y pensó, siempre en filósofo. Pero no un filósofo desprovisto de contenido humano, sino, al revés, apasionado y realista. Cuando estalló el movimiento de la Reforma Universitaria en Córdoba, Korn, catedrático como José Ingenieros, se puso resueltamente al lado de los alumnos. Korn había sido diputado radical en 1894, pero, en 1917, al advertirse las primeras manifestaciones intervencionistas de Hipólito Yrigoyen sobre los gobiernos conservadores de las provincias, se apartó del Radicalismo y se afilió al Partido Conservador; un año después, en 1918, se había ya dado cuenta de la tendencia oligárquica y mentidamente democrática de su nueva tienda, y renunció a ella. A los 71 años de edad, después del golpe de Estado de Uriburu, Korn ingresó al perseguido Partido Socialista, al que, aunque uno de sus biógrafos (Luis Aznar) afirme lo contrario², no estuvo adherido antes: su inscripción, como la de Ricardo Rojas al Radicalismo, en 1930, se realiza ante todo como una forma de dar ejemplo a los intelectuales para que se jugasen enteros por el interés público en forma concreta. Fue de los animadores de la revista *Nosotros*. En 1910 publicó su estudio "Las supersticiones nacionales". En 1919 terminaba su enjundioso trabajo *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, que ha aparecido en su texto definitivo como edición póstuma.³

La juventud platense y porteña depositó en él su confianza. Hacia 1918, maestros y alumnos le llevaron al

2 LUIS AZNAR, "Alejandro Korn", prólogo a *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, por A. Korn, Buenos Aires, "Claridad", 1936.

3 La Universidad de La Plata publicó sus obras completas en tres tomos, con motivo de su muerte. Posteriormente también la editorial "Claridad", en un grueso volumen.

decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, venciendo a José Ingenieros. En 1919, al acentuarse la rebelión universitaria, Korn se mostró más radical que el alumnado, el cual a veces se refugiaba en reformas reglamentarias. El filósofo fue más allá, apoyando a la vanguardia estudiantil: “*el actual conflicto —dijo— es un pleito de generaciones y no un simple asunto pedagógico; compromete la esencia misma de la Universidad*”. Las palabras de Korn orientaron el debate. La Reforma Universitaria argentina y, por ende, la de América le debe mucho al maestro de La Plata. Cuando en 1922, conoció al líder estudiantil peruano Haya de la Torre, reafirmó Korn sus puntos de vista y su fe en la juventud. Existe una jugosa carta de Haya contestando a Korn, que así lo demuestra.⁴

La visión alerta de Korn, no desdeñaba ningún tema. Fundó la revista *Valoraciones*, en 1923 y desde ella mantuvo su magisterio. Libros de arte, de ciencia, de filosofía, de sociología, de historia; todo era juzgado austeramente por él. Sus discursos sobre D’Ors e Ingenieros, sus comentarios a libros de Colmo, Vasconcelos, Groussac; sus juicios sobre Hegel, son ejemplares. Los *Apuntes filosóficos* proyectan una claridad meridiana. Corresponden a la época en que el anciano maestro, acreedor al respeto unánime, acudía como militante socialista a los locales del partido, y ante mínimos auditorios desarrollaba temas trascendentales, con hondura, elevación y llaneza. Creyente en la misión de la cultura, su libro *La libertad creadora* (1930-1936), ronda ese tema que le apasionaba tanto. No aceptó honores de última hora, ni después de su jubilación quiso reincorporarse a la docencia, aunque la juventud le reclamaba.

Poco se ha alabado el estilo de Alejandro Korn, porque rehuyó el lucimiento; no fue diplomático ni goberna-

4 *Revista Socialista*, N° 95, Buenos Aires, mayo de 1938.

dor, a semejanza de tantos "ariels". Pero yo creo, y así me lo confirma Pedro Henríquez-Ureña, gran catador de estilos, que el de Korn es uno de los mejores de Argentina, como que su mente fue una de las más lúcidas. Hombre de una pieza en su pensamiento y en su acción, profesó un amor beligerante y creador a la juventud. Por eso, ido ya, sus amigos, que fueron sus discípulos, publican sus obras como ha ocurrido con Ingenieros, maestro siempre, a pesar de sus extravagancias y arrebatos.

José Ingenieros (1877-1925) ⁵, representa, acaso como nadie en la Argentina, una tentativa científica para realizar la justicia social. Hijo de inmigrantes italianos, con un padre luchador, poseyó Ingenieros claro talento, ahogado a ratos por excesivamente ostentosa erudición. Padecía del mal, muy siglo XIX, de la ostentación letrada. Sus libros principales denuncian a un descubridor casi profesional. En el ambiente indiferenciado del Buenos Aires de principios del 900, Ingenieros se enorgullecía de sus hallazgos, que, sin embargo, ya habían dejado de ser novedades en el mundo. Aunque con arrogancias algo pueriles, fue, sin embargo, desbrozando una evidente personalidad de investigador y de maestro. En *Sociología argentina* (1913), afirmó algo que revela su conciencia social: dijo que la oscilación entre anarquía y autocracia en Sudamérica obedece a la ausencia de partidos políticos, y que éstos, para ser tales, tienen que responder a realidades económicas, a intereses sociales y por no organizarse según la producción. En la América del 900, esto sólo bastaría para consagrar a Ingenieros como un revolucionario auténtico. Empero, se dejó sugestionar por las apariencias pigmentales, y proclamó la supremacía de la raza blanca con ardor digno de un Rosenberg. En *El hombre mediocre* (1913), Ingenieros trazó el diagnóstico de los sabihondos

⁵ SERGIO BAGÚ, *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Claridad, Buenos Aires, 1936.

de su tiempo. Arremetió contra los que “pueblan su memoria con máximas de almanaque y las suscitan de tiempo en tiempo, como si fueran sentencias”; contra los que “apiñan datos” que no es lo mismo que “aprender”; contra los rutinarios que “siempre son intolerantes” (su “exigua cultura los condena a serlo”) y contra la solemnidad conatural del mediocre. Los mediocres “son incapaces de estoicismo”, “su frugalidad es un cálculo para gozar más tiempo de los placeres”. Y agregaría, resumiendo su credo: “*Sin idealistas sería inconcebible el progreso. El culto del hombre práctico, limitado a las contingencias del progreso, importa un renunciamiento a toda perfección. El hábito organiza la rutina*”. Cuando se lee esta frase y se la conjuga con el juicio de Ingenieros sobre la raíz económica —según la producción— de los partidos políticos y el proceso íntimo de la revolución emancipadora argentina, se comprende que en él se unían el concepto científico del adicto al materialismo histórico con el ímpetu y vuelo idealista del verdadero maestro, ya que materia sin espíritu es yerta verdad neutra y espíritu sin materia conduce al desenfreno verbalista.

En los dos volúmenes sobre *La Evolución de las Ideas Argentinas*, en sus textos sobre *Criminología* y *La simulación de la locura*, Ingenieros destaca un profundo deseo de contribuir a fundamentar científicamente la cultura del continente, dentro de las limitaciones y estridencia de su jactancia pueril. Finalmente, en *Las fuerzas morales*, su último libro reafirmaría aún mejor su fisonomía de creyente en las generaciones posteriores, de porvenirista de veras. “Los sermones laicos reunidos en el presente volumen fueron publicados en revistas estudiantiles y universitarias entre 1918 y 1923, quinquenio generador de un nuevo espíritu en nuestra América latina...⁶ Cada generación

6 Subrayado por mí: LAS.

renueva sus ideales. Si este libro puede estimular a los jóvenes a descubrir los propios, quedarían satisfechos los anhelos del autor, que siempre estuvo a la vanguardia de la suya y espera tener la dicha de morir antes de envejecer"—así comienza *Fuerzas Morales*. E Ingenieros, mezclado desde 1918 a todos los movimientos juveniles, tuvo la dicha que anhelaba: morir antes de envejecer. En aquel libro avizor se pronuncia el independiente ateo contra todo dogmatismo, aboga por un humanitarismo constructivo, protesta contra la educación pasatista, se yergue contra la doctrina de Monroe que "expresa hoy su decisión de tutelar y explotar a nuestra América Latina, cautivándola sin violencias por la diplomacia del dólar" y reitera su fe en la nueva generación "si logra ser tan nueva por su espíritu como por sus años. Sea ella capaz de resistir a las pequeñas tentaciones del presente, mientras adquiera las fuerzas morales que la capaciten para emprender nuestra gran obra del porvenir: desenvolver la justicia social en la nacionalidad continental". Así termina este nuevo sermón de un Próspero de nuevo cuño.

Recordemos, porque ejemplos así son confortantes y aleccionadores, algunos dichos y hechos de Ingenieros que nos lo revelan plenamente.

En 1911 emprendió viaje de estudio a Europa, viaje en que publicó varios libros. Estando en Europa se produjeron en Argentina ciertos sucesos políticos que no merecieron la aprobación del escritor, y, además, el gobierno solapadamente se convirtió en árbitro de la Universidad. Desde Heidelberg, el 28 de agosto de 1913, Ingenieros renunció a su cátedra recalcando: "advierta el señor decano que escribo desde Heidelberg y no desde Montmartre". Alentó el movimiento de la Reforma Universitaria en 1918, y formó el grupo "Claridad", filial del que Anatole France y Henri Barbusse constituyeron en París. Más tarde fundó la Unión Latino Americana. En 1925 se le ve en París

actuando en asamblea antiimperialistas en unión de Miguel de Unamuno, Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Eduardo Ortega y Gasset, Haya de la Torre, Miguel Angel Asturias. En una de esas asambleas que él presidiera, recibió el siguiente elogio de Haya de la Torre: "De los precursores de la lucha antiimperialista en América Latina, ha sido Ingenieros, maestro de juventud de América, el que se ha acercado más a este concepto económico, realista, del gran conflicto histórico en el Nuevo Mundo. Por eso Ingenieros preside con tanto derecho esta asamblea".⁷ Fue entonces cuando Ingenieros pronunció las memorables palabras: "La nueva juventud americana ha precisado la ideología de la lucha contra el imperialismo yanqui, y todos los hombres mayores, sumados a las filas juveniles deben declararse guiados y no guías". Más preciso aún fue en un discurso académico en que dijo: "Respetad el pasado en la justa medida de sus méritos, pero no lo confundáis con el presente, ni busquéis en él los ideales del porvenir, no es verdad que todo tiempo pasado fue mejor. Mirad siempre adelante aunque os equivoquéis; más vale para la humanidad equivocarse en una visión de aurora que acertar en un responso de crepúsculo. Y no dudéis que otros, después, y siempre mirarán más lejos; para servir a la humanidad, a su pueblo, a su escuela, a sus hijos, es necesario creer firmemente que todo tiempo futuro será mejor".

Ingenieros simboliza al maestro que se decidió a "aprender de sus discípulos", según acertada frase suya en un mitin en París, 1925. Mientras casi toda la promoción arielista no quiso desprenderse de su "ascético sentido de autoridad" —paradoja viviente—, Ingenieros no tuvo empacho en abdicar de su señorío ante quienes representaban la aurora en marcha.

⁷ HAYA DE LA TORRE, *Por la emancipación de la América Latina*, Buenos Aires, 1927, pág. 107.

Alfredo L. Palacios (1878-1965), tuvo una conducta parecida. Ocurre igual con Ricardo Rojas, a quien me referiré particularmente en el capítulo siguiente. Palacios, socialista de la vieja guardia, personificación del diálogo permanente entre el esteta y el socialista científico, pero francés, hay en su fondo. Analizar su obra es contribuir a esclarecer la posición de dos promociones frente al problema social.

En Palacios se debe diferenciar al orador del escritor. En general, casi siempre parece lo primero. Pero, el orador es académico, político o didáctico. El orador académico, que viajó por el continente, dictando armoniosas lecciones de optimismo en 1919 y 1920, poseía todo el encanto y muchas de las imágenes y citas de Rodó. Porque Palacios ha sido, repito, un socialista francés, más cerca del humanitarismo jauresiano que de la fría lógica marxista. Parece que creyó en la evolución por medio de la acción parlamentaria, pero nunca se le vio oportunista ni claudicador. Las leyes argentinas del trabajo le deben mucho. En el Perú influyó contradictoriamente en dos personajes y dos movimientos distintos: en la emoliente reforma legislativa sobre el trabajo, y en la Reforma Universitaria. A Palacios lo recibían los supérstites de las viejas oligarquías al par que las mesnadas juveniles. No se pueden juntar impunemente tan dispares homenajes. El reformismo social tipo II Internacional, de Palacios, sufrió con ello. Sin embargo, nadie puede enrostrar a Palacios una sola debilidad ante el poder o la sensualidad. Uno de sus últimos libros, lo presenta igualmente en pugna con aspectos del régimen de Hipólito Yrigoyen y con el derrochador de éste, el general Urriburu.⁸ En *Universidad y Democracia* se estudia el drama del maestro que defiende

⁸ PALACIOS, *En defensa de las instituciones libres*, Ed. Ercilla, 1936.

a los estudiantes y que quiere conciliar el principio de autoridad con el del libre examen. En *La Fatiga y El Dolor Argentino* (1938), así como en su prólogo a *La Sociedad primitiva*, de Morgan, se revela el profesor, el docente, hombre de seminario y cátedra. En *El Nuevo Derecho* (1926) aparece el tratadista lleno de ímpetu americano, suscitador de una democracia nacional y continental al mismo tiempo, y en *Espíritu y técnica* (1943), sus meditaciones sobre el problema de la Universidad. En su libro sobre las islas Malvinas se muestra el adversario implacable del imperialismo inglés, si bien, evidencia más la estructura jurídica del polemista que su posición económico-social. Palacios, con Ingenieros, motorizó la "ULA" o Unión Latino-americana, institución destinada a unir los países del nuevo continente, contra el avance del enemigo común. El violento viraje de la lucha, colocó a Palacios en una posición acaso sobrepujada, variada en 1960, al incorporarse el movimiento pro Fidel Castro. Nadie duda de que, con dotes magníficas para el virtuosismo oratorio y literario y para el magisterio, pudiendo haber desempeñado funciones oficiales distintas a las emanadas del sufragio popular y universitario, prefirió ser sólo ungido por la voluntad ciudadana y respetado por las falanges juveniles. Como Ingenieros, transitó por Europa, pero siempre con la mirada puesta en su Continente al revés de los que, hasta desde América, no hicieron otra cosa que mirar a Europa.

Manuel Ugarte (1874-1951) dedicó gran parte de su existencia a la prédica contra el imperialismo yanqui. Proveniente del socialismo, practicó la literatura vernácula. Poeta en *Jardines ilusorios*, antologista en *Cuentos de la pampa*, crítico en *Letrados de América*, ensayista en *El Porvenir de la América Latina*, *El destino de un continente* (1926), *Mi campaña hispanoamericanista*, *La Patria Grande* y el desilusionado *El dolor de escribir*, Ugarte siempre se opuso a los Estados Unidos, hasta estos últimos

tiempos en que ha evolucionado al compás del nuevo sesgo de la política del "New Deal", para, después, unirse al carro justicialista que acabó dejándolo de lado. Ugarte, por su fortuna personal y sus gustos, pudo figurar entre los arielistas, y, a veces, no se distanció mucho de ellos. Atacó al imperialismo, pero sin mezclarse en los altibajos de la política indoamericana. Creyó, como Rodó, que Estados Unidos no son otra cosa que la "Yanquilandia Bárbara" de que habla Ghiraldo. Se limitó a una campaña denunciatoria, sin insistir en la complicidad decisiva de las oligarquías criollas.

De todos modos, Ugarte señala el tránsito entre dos mundos, entre dos sensibilidades. Sin embargo, tal es nuestra incomunicación, no obstante su larga campaña contra Estados Unidos, que sólo en 1926 llegó a despertar el interés general con su libro *El destino de un continente*.

Alberto Masferrer (1868-1932), salvadoreño, es uno de los más hermosos ejemplares de idealismo cabalgante, es decir, de adecuación, justa entre el decir y el hacer. No titubeó en aplicar su inmensa y vasta cultura, y su indiscutible delicadeza, para el servicio de su pueblo. Su teoría del *Mínimum Vital* es de una claridad meridiana. Sus "Cartas a un obrero", rotuladas *¿Qué debemos hacer?*, y su proposición para lecturas básicas: su sólida combinación de sociólogo y esteta; la feliz amalgama de un estilo centelleante y un pensamiento certero — belleza y sagacidad—, el uso de afortunados apólogos, referidos directamente a la vida real; la generosidad con que se dio a su prédica y con que reconociera el aporte creador de los demás (Gabriela Mistral, Haya de la Torre, Vasconcelos, etc.), revelan el trasfondo viril y apostólico de hombre tan egregio.⁹

⁹ A. MASFERRER, *Obras*, San Salvador, Universidad, 1951, 3 vols. Id. *Páginas escogidas*, selección de J. L. Martínez, El Salvador. Ministerio de Cultura, 1953.

Antes de tratar de Vasconcelos y Frugoni, también “Calibanes”, debemos citar a Alcides Arguedas, de quien me ocuparé más largamente en el capítulo siguiente. Arguedas, siguiendo ciertas recetas de Zumeta —también teorizante del “gendarme necesario”—, escribió *El pueblo enfermo*, que es una corta y amarga lección de sociología pesimista.

Emilio Frugoni (1881) encarna, como Palacios e Ingenieros, la fidelidad a una doctrina. Frugoni fue, en su iniciación, poeta. Es, por definición, político. Militante y dirigente socialista, víctima de varios destierros y persecuciones, sigue la trayectoria del socialismo uruguayo. En él asoma aún la facundia novecentista, que enturbia a veces un poco la limpidez de su pensamiento y la graficidad de sus argumentos. Con todo, en *Poemas montevideanos* (1923) hay páginas perdurables. *El socialismo* (1928), revela mentalidad de verdadero catequista. *La sensibilidad americana* (1929) trata de enfocar el proceso del pensamiento continental, aunque el orador gane al estudioso, y el periodista pueda más que el sociólogo. En *La revolución del machete* (1933), crítica del golpe de Estado de Gabriel Terra, se manifiesta el panfletario y el polemista que conoce el valor de las cifras y que analiza la penetración imperialista como uno de los motores de la política interna de nuestros países. Frugoni alcanza así una cima que hasta entonces no había coronado, y en ella se desenvuelve ahora.

Evidentemente, su libro más revelador antes de *La esfinge soviética*, es *La sensibilidad americana*. En él —como Zum Felde, en su *Estética del novecientos*— trata de examinar el contenido de América. No es un libro orgánico, sino una colección de artículos. Anota que la exaltación de lo aborigen da personalidad a nuestras artes: “La campaña de reivindicación artística del pasado americano —escribe— suele adquirir, actualmente en México y

Perú, acepción de solidaridad revolucionaria con el aborigen esquilmado y despreciado por los explotadores extranjeros que lo consideran como una raza inferior". Se exaltan los valores morales y espirituales del indio.¹⁰ Sin embargo, Frugoni —de stirpe italiana—, reincide en el criterio de Alberdi y Sarmiento sobre la necesidad de la inmigración europea. América, sostiene, *debe europeizarse sin europeizarse demasiado* (p. 25). Puntualizando esta contradicción aparente —o real, a mi juicio— afirma: "En vez de una cultura de América —con cosas exclusivamente de América— debemos desear una cultura para América, que no excluya las cosas de América" (p. 47). Y de todo esto deduce: "Surgirá una poesía social, que no ha de ser por fuerza socialista" (p. 41). Libro periodístico, en el que vale resaltar la mentalidad renovadora y autonomista de Frugoni, deja mucho por decir acerca de la sensibilidad americana. Mucho más tarde, en *La Esfinge roja* Frugoni analiza y critica a la Unión Soviética, reiterando su fe en la democracia.

Y llegamos, por fin, a Vasconcelos, el más personal e intenso de los adocrinadores del 900. Sus contradicciones, su andar a contrapelo consigo mismo, su ímpetu filosófico, su arribar político, su nueva partida literaria, su ímpetu polémico, su aparente mansedumbre cristiana y su ornamentalismo pagano, sus odios, todo hace de José Vasconcelos el más intenso de los hombres de aquella promoción y de este sector.

Vasconcelos (1881-1959), pasó su infancia en la frontera con los Estados Unidos, según refiere en *Ulises Criollo* (1935). Creció escuchando dicterios contra el mexicano y aprendió a estimar en el "gringo" su disciplina, su perfeccionamiento técnico y su osadía. Y a menospre-

¹⁰ E. FRUGONI, *La sensibilidad americana*, Montevideo, 1929, pág. 19.

ciar su impiedad y su avaricia. La juventud de Vasconcelos fue como tantas, sensual. No refleja muchas preocupaciones intelectuales; más bien muchas sensoriales y sentimentales. En 1907, editó en la *Revista positiva*, su tesis *Teoría dinámica del Derecho*. Le sacudió la revolución contra Porfirio Díaz (1910), cuando ya admiraba a Justo Sierra. Madero fue su ídolo, magnífica estampa de caudillo civil; cuando le fusilaron, sintió que algo se quebrantaba dentro de sí; y nació su vocación política. Ruda tiranía la del tigre Victoriano Huerta. Vasconcelos, desterrado, partió a Sudamérica. Sus amigos en el exilio fueron los miembros de la generación arielista. No le trató mal esa proscripción. Residió largos meses en varias ciudades, entre ellas en Lima, donde anudó amistad y gratitud con Riva-Agüero y otros, que hoy representan la reacción disfrazada de *intelligentzia*.

Dedicado a estudios filosóficos orientalistas, Vasconcelos publicó entonces: *Pitágoras, una teoría del ritmo* (1916), *El monismo estético* (1918), *Prometeo vencedor* (1920). Con los apuntes obtenidos en diversas bibliotecas escribiría años después las páginas de sus *Estudios indostánicos* (1921). Vasconcelos volvió a México y sirvió a la revolución popular. Obregón le llamó a su lado para organizar las misiones escolares, la inmensa tarea docente desde la Secretaría de Educación Pública. “El país le debe la salvación de la educación pública”, dice Castro Leal.¹¹ Manejó honesta y eficazmente uno de los presupuestos más crecidos de su patria, aumentó la actividad pedagógica, pero, si bien puso apasionado interés en el indio, más le preocupó el problema de la educación superior. Conciertos de Beethoven en la Plaza del Toreo; ediciones de clásicos —Plutarco, Plotino, Homero, Esquilo, Eurípides, Platón, así como Rabindranath Tagore, Romain Ro-

11 A. CASTRO LEAL, “José Vasconcelos”, en *Revista de las Indias*; 2ª época, Nº 11, Bogotá, noviembre, 1931, pág. 25.

lland, Tolstoi—, más al alcance de los espíritus selectos que del pueblo; actividades esencialmente universitarias y difusoras. En lo primero revelaba su intelectualismo; en lo segundo, una visión a fondo del problema indoamericano, que gobernantes miopes creyeron poder circunscribir a México. Esta faz “internacionalizante” diferenció entonces a Vasconcelos de sus amigos los arielistas académicos, y al par de los generales pragmáticos.

Pesaba demasiado sobre el pensador la tradición indostánica, propicia al nirvana; lo dominaban su sentido estético, su vocación de profesor universitario. Pero aquel ímpetu internacionalizante, su cooperación al movimiento de Obregón y su apoyo a la tarea de educación indígena, le captaron la adhesión juvenil. En 1924, Vasconcelos fue el personaje más autorizado y querido de los estudiantes indoamericanos. Los universitarios de Colombia, lo habían proclamado en 1923 Maestro de la Juventud. Poco después hacían lo propio los del Perú. Por tales días, Vasconcelos, no obstante su investidura oficial, promovía en Chile, a cuyo Congreso Panamericano concurriera, varios incidentes. Luego, estando él en Constantinopla, ocurrió el drama entre Chocano y el escritor Edwin Elmore por defender éste a Vasconcelos. No insisto en el trágico episodio, pues yo fui uno de los 14 intelectuales que pidieron respeto para Vasconcelos, sin mengua de lo que pudiese opinar —no insultar— Chocano. Este había asumido una actitud lugoniana en defensa de las “dictaduras organizadas”. Vallenilla Lanz, desde Venezuela, secundaba a Chocano; Vasconcelos pertenecía al gobierno que rompiera relaciones con la tiranía de Juan Vicente Gómez, y los intelectuales arielistas —y oficialistas— de Caracas y sucursales militaban, por eso, en las filas adversas al ex Ministro de Educación Pública de México.

Pero, cuando Vasconcelos trató de ser Presidente de la República, cerráronle el paso los generales. Había sido

Obregón asesinado por el fanático León Toral. Vasconcelos representaba a la "intelligentzia" excesivamente deshumanizada y letrada. Plutarco Elías Calles lo avasalló. El derrotado político se consoló escribiendo libros y acariciando rencores. Nadie esperaba esto de Vasconcelos. Tampoco se esperaba un viraje tan repentino hacia el conservatismo primero religioso y luego hispanizante. Por supuesto, dado el temperamento de Vasconcelos, tenía que desembocar en una como mística a la española, por exceso de personalidad. *Raza Cósmica* (1925) sistematiza los primeros asertos sociológicos de Vasconcelos. Separándose de los arielistas, sostuvo que América es y será el centro del mundo. En los trópicos —singularmente en el Brasil— germinará una raza nueva, pujante, la "raza cósmica", señora del universo futuro. Dos años después publicó *Indología*, donde confiesa su fe en el criollo, hijo de indio y de español, contrastando su actitud con la de Rodó, casi insensible a lo indígena; con las de Sarmiento y Alberdi, clamantes por lo europeo. Sin embargo de que, por su *Indología* y por el alcance continental que él diera a los principios de la revolución mexicana, Vasconcelos destacábase como una figura de revolucionario, por otros conceptos de ese mismo libro, su actitud se revelaba contradictoria.

Además, al producirse su derrota política, Vasconcelos concibió una pasión obsesionante contra Calles y el "callismo". Nadie le niega el derecho que tuvo para adoptar una actitud de repudio y crítica constante a su torvo vencedor. Pero, suponiendo que todos los cargos de Vasconcelos fuesen justos, no supo mantenerse al enunciarlos al nivel de su alto título de Maestro de las Juventudes de varios países. Descendió al pormenor en la diatriba. La pasión se le desbordó por los poros de la inteligencia. He tenido ocasión de conversar largamente con fervorosos admiradores de Vasconcelos en Panamá, Cuba, Ecuador, Colombia, Chile, Argentina, y casi todos reconocen que no supo crear

una razón teórica esencial para diluir en ella y robustecer con ella sus arremetidas contra el "callismo". Y, llevado por esta obsesión en la que los motivos personales avasallaron a los doctrinarios, llegó a afirmar que movimientos de auténtica raigambre popular y de innegable justicia en sus bases y objetivos, eran ramificaciones "callistas". Esta supeditación de lo general a lo particular, esta expresión reiterada de individualismo confirma a Vasconcelos como uno de los representativos del 900, aunque, desgarrado por una auténtica pasión.

Durante todo ese tiempo, entre 1926 y 30, Vasconcelos, el Ministro omnipotente que manejara millones sin aprovecharlos para sí —caso raro en Sudamérica— vivió en Europa de su pluma y en pobreza. Haya de la Torre, que lo encontró de nuevo entonces, recalca lo exótico que era ver a un político, por cuyas manos pasó el dinero en abundancia, tomar vagones de tercera y usar un gabán de raído forro.

De 1928 a 1935 se cumple otra etapa en la vida de Vasconcelos: sentimentalmente se reincorpora a su grupo original —los arielistas— aunque éticamente se acerca a las nuevas generaciones. Exceso de estetismo y algo de arbitrariedad no censurable, le inspiraron las páginas de una filosofía propia: sus volúmenes *Tratado de metafísica* (1929), *Ética* (1932), y *Estética* (1935) retratan, igual que muchas páginas de Sarmiento, al autor antes que al mundo. Y el autor andaba agitado por amargas pasiones. Para liberarse de ellas, y tras el prelude de *Bolivarianismo* y *Monroísmo*, ha llegado a escribir el libro que aleteaba en su pluma, desde décadas atrás; su *Autobiografía*, *Ulises Criollo* (1935), *La Tormenta* (1936), *El Desastre* (1937) y *El Proconsulado* (1939), son documentos psicológicos e históricos de indudable valor. Por último encalló en el hitlerismo a través de la revista *Timón*.

Vasconcelos aparece como uno de los pocos escritores indoamericanos que han tratado de crear una filosofía. Menos profundo y claro que Korn, menos sistemático y realmente creador que Vaz Ferreira, menos didáctico que Molina y Deustua, menos orgánico que Orrego, menos experto que Francisco Romero, pero más lleno de fuego creador y de soberbias arbitrariedades, con más capacidad fecundadora y de belleza que todos ellos. Empero, el *yo* puede en Vasconcelos más que el *mundo*.

La tesis sanguínea, tan hispana, limitada por la parquedad indígena, introduce a Vasconcelos en la familia de Unamuno. Varona, que escribió de filosofía, pertenece a otra categoría de hombres razonantes. Caso es un esteta objetivo. Haya de la Torre, un sistematizador, que engendra una filosofía política, materialista por sus bases económicas e idealista, por su raigambre ética. Vasconcelos no mira el objeto sino a través de su pasión indudablemente sincera. De ahí que su "unamunismo" sea tan marcado. Leer una radiografía espiritual de Unamuno equivale a asistir a la disección de Vasconcelos... más el indio.

Desde luego, en el ámbito internacional, Vasconcelos supera a sus coetáneos, por su ética pública. En *Bolivarismo* y *Monroísmo* destaca una vez más su oposición al yanqui. El Monroísmo es el panamericanismo, en el que creen todos los oligarcas del 900, toda la "intelligentzia" que regenta hoy políticamente a nuestro mundo americano. Vasconcelos se encara al Monroísmo, porque éste sólo sirve para encubrir el poder de Wall Street. El "Bolivarismo" consiste, en cambio, en la unión salvadora de nuestros pueblos. ¡Después, empero, lo identificó con totalitarismo!

La preocupación religiosa empapa más de una página del autor de *Indología*, pero el Vasconcelos católico no disfruta de la plena confianza de sus cofrades. En la inminencia ortodoxa este hombre influye mucho su rechazo al protestantismo en el cual cree descubrir un instrumento de pene-

tración sajona. Para los hombres de nuestros días, el problema se plantea en forma distinta a la enfocada por Vasconcelos; desde el punto de la ética internacional, de la necesidad vital y doctrinaria, la invasión imperialista sajona, germana o latina es execrable y se le debe combatir por todos los medios; desde el punto de vista de la ética, nos interesa el hombre integral, apasionado por la verdad, dispuesto a *servir* sin vanidad, responsable de su misión. Los marbetes importan entonces poco. Dejarse sugestionar por ellos implicaría flaqueza de mente, inminencia de graves errores. Justo es reconocer que Vasconcelos se emancipa a menudo de etiquetas y apariencias. Su desbordante individualismo le empuja a toda clase de aventuras intelectuales, en las que sobrenada a fuerza de talento y audacia. Es peregrino oír a este devoto de María Santísima cuando refiriéndose a su vida sensual de París, afirma categóricamente en *La Tormenta*, que si pudiera vivirla así de nuevo, lo haría sin titubeos. Y el París de entonces era el luciente y efervescente de Darío: "Circulaba el oro en Luises. Regulaba el ingenio Anatole France; mediaba el año de mil novecientos trece. Thais era la reina invisible de París. El Gorro Frigio era la garantía de la licencia"¹². En aquel ambiente deambulaban los "indianos", los "metecos". Metecos modernistas, que iban a contemplar de lejos a las celebridades parisienses. Algunos con éxitos amatorios y artísticos. Gómez Carrillo acabó conquistando a Raquel Meller, diez años más tarde, y Carlos Reyles, diez años antes, disfrutó de los favores de la Bella Otero. Pero, los demás... ese meteco que "por un consulado en Estados Unidos o Europa se humilla ante cualquier rufián improvisado dictador. Por una Legación... Por una Legación vende el alma"¹³ Vasconcelos que amaba los ornamentos

12 VASCONCELOS, *La Tormenta*, 4ª ed., México, 1936, pág. 51.

13 VASCONCELOS, *La Tormenta*, 4ª ed., México, 1936, pág. 506.

y anduvo largos años rumiando su *Estética*, acaba, peleándose con el estilo sin poder renunciar a él, y arremete contra Gide y Proust en tono desdeñoso, como quien se refiere a dos infelices. Aparte de eso, Vasconcelos representa *una conducta*. Sus arrebatos pueden conducirlo a diversos y atrabiliarios puertos, pero no buscó riqueza ni trató de ocultar su furia tras de sonrisas, ni quiso parecer arcángel pacificador cuando eyaculaba juicios demoleedores ^{13b}.

Con tal pasión —y tal ejemplo— algo se hace, algo se construye. De ahí que sea curiosamente discriminativo este diálogo entre dos hombres representativos del novecentismo, Manuel Ugarte y Alcides Arguedas:

“¡Hemos hecho algo!— ha dicho, sin embargo, en uno de esos momentos, Ugarte, sonriendo enigmáticamente.

—Yo le envidio su optimismo, y quisiera contagiarme de él; pero nada en mi obra autoriza a acariciar tan risueña ilusión” ¹⁴.

Con todo, Ugarte tuvo esta vez más razón que Arguedas. Así mismo Vasconcelos, Korn, Palacios, e Ingenieros y Rojas y algunos más tienen derecho a decir lo propio: “¡Hemos hecho algo!” La gente de la generación inmediatamente posterior lo reconoce; juicio de posteridad y de discípulo es juicio valedero.

Evidentemente, el sector de los “Calibanes” se acerca más al idealismo juvenil de hoy que al de ayer. Por esto es que aquellos hombres no pueden militar en las filas de la sociedad anónima “Ariel y Compañía”. Están más cerca de nuestra inteligencia y de nuestro corazón. Pertenece a

13b VASCONCELOS, *Obras completas*, 3 vols., México, 1957-59.

14 A. ARGUEDAS, *La danza de las sombras*, Barcelona, 1934, tomo 2º, pág. 127.

Vasconcelos una significativa frase pronunciada en Medellín el año de 1930: “Y no nos imitéis”. Duras palabras. Un idealismo puesto al servicio de intereses equívocos —la autocracia por ejemplo— es, como advierte Rolland, simple materialismo. De donde el execrado “materialismo” de las gentes nuevas, que se dan en la lucha por sus convicciones, es de la más pura, noble y alta cepa idealista. Es ética de los combatientes superar los arrebatos estéticos de los gozadores.

CAPITULO OCTAVO

EL "ANTI-PROTEO"

LOS DOCUMENTALES

"La documentación es necesario llevarla adentro, toda vitalizada; hecha sangre de nuestras venas"

A. REYES, *Calendario*, Madrid, 1924, pág. 64.

Proteo fue el verdadero símbolo de la generación del novecientos. ¡Cambiar, cambiar!. . . Pero, sin embargo, no se pueden confundir, en inhumana paradoja, la egolatría y el *confort*, con el destino ambulatorio del trashumante. Conjugando parábolas cristianas, a muchos de aquel tiempo les interesó más la fecundidad de la pesca en el Tiberiádes, que la ética del Sermón de la Montaña.

Los novecentistas, por antonomasia "intelectuales intelectualizados", amaron el libro con exceso. Interpusieron entre la realidad y el criterio, la lumbre —a veces la opacidad— del texto. No se vea en lo dicho ningún soslayado vituperio; uno de los servicios indiscutibles que prestó al mundo pensante indoamericano la promoción arielistas fue

su capacidad investigadora. A semejanza de las postrimerías del siglo XVIII —repito—, en 1900 surgió una brillante pléyade de tragalibros. Aquéllos, los setecentistas, devoraron más horizontes que infolios —horizontes de la patria grande americana—: éstos tragaron tantos horizontes como libros, pero —libros y horizontes— ambos europeos. Buscaron, entonces, más lejanías. Ni Francisco García Calderón, ni Rodó, ni Torres, recorrieron los mares y los riscos del continente. Aquél se trasladó bruscamente a ver el Nuevo Mundo desde París. Ese, apenas si conoció, en ocasión conmemorativa Chile, y, luego, desde el Río de la Plata, pegó el salto a Italia. Este redujo su periplo americano a oficiales visitas a Venezuela y aledaños. La conjugación de trópico y sur, del Atlántico y el Pacífico, la realizaron en el Novecientos, Vasconcelos, los Henríquez Ureña y Reyes. Constituyen excepción, entre los de su grupo, para quienes el viaje primordial fue a Europa, y el libro que leer, de Europa; aunque, la obra por escribir, ésa sí, fuera sobre América. De todos modos, el grupo novecentista facilita el camino porque fabrica, con donaire si bien no siempre con exactitud, lentes para miopías indoamericanas. Educados por el intuicionismo, bergsonianos virtuales casi todos, no es raro que, a menudo, confíen más en la imaginación (¿intuición?) que en la ciencia. Comte tuvo fieles discípulos americanos en el Brasil y México, y, a medias, en Chile, Uruguay y Cuba.

A principios de este siglo, la lectura reemplazaba al deporte de las revoluciones e impedía que se practicara el proverbio tan latino —y tan de Calibán— de *mens sana in corpore sano*. Adiposidad conventual, engendrada por el quietismo; quietismo amparador de la lectura; lectura auspiciadora de generalizaciones; generalizaciones desembozadas en la adivinación; adivinación que trueca la misión de pensador en oficio de aeda; aeda que se tropica con la ciencia. . . La lectura tuvo a menudo un curioso proce-

so, semejante al del hallazgo de los cuerpos simples en la era medioeval. Combinando elementos dentro de la retorta del magín fueron procreados brujas, gnomos, elpos, trasgos, endriagos, fantasmas, genios, hadas, pigmeos, sombras. Con esos mismos ingredientes, cuando aprendió a ser modesta la humana inventiva, amaneció la química.

Tiempos de acusada bonanza económica, los de 1900-1910, resultaron propicios al libro, que, entre los lujos, es el de menor clientela. Los intelectuales, alejados, por pereza y escepticismo, del deporte, y, por empaque, de la bohemia, cayeron en la bibliofilia. No nació por eso una ciencia bibliográfica indoamericana, excepto en José Toribio Medina (1852-1930), perteneciente a generación anterior: a la de García Icazbalceta, Icaza, Polo, René Moreno, todos mayores que los del 90. Apareció sencillamente el deleite de leer. Para un continente bibliófobo, ello era casi la redención.

Lo mucho que los escritores del 90 hicieron enseñándonos a documentarnos, no supera a lo demasiado que ese mismo afán sirvió para escamotear la realidad viviente, la realidad real.

El dato a fuerza de exagerado, se apoderó de su buzo. El dato —Galatea, Indias Occidentales— como suele ocurrir con el estilo, aprisiona a su Pigmalión, a su Cristóforo Colombo. Dentro de la camisa de fuerza del erudito, el don profético, que empezó por las generalizaciones, se volvió consuetudinario, casi burocrático. La ilustración se apoderó del sitio de la cultura; el “record” de leer más libros fue más atractivo que el de sentir realidades. Como ocurre en todo fenómeno de asimilación a destiempo, la gula pudo más que la exquisitez, y el goloso cedió a menudo el campo al glotón.

Tal vez parezca unilateral. Veamos una cita aclaratoria:

“*¿No es terrible —me escribe el propio Henríquez Ureña—, que la simple cultura se llama entre nosotros erudición? ¿Y que la verdadera erudición se llama manía? No obstante, la prisa perezosa se conformará con seguir llamando erudito a un humanista moderno, dotado del sentido de la filosofía crítica, franco enemigo del irracionalismo y profundo conocedor de literaturas sajonas y mediterráneas*”¹

Los arielistas leyeron muchos libros, manejaron varios idiomas y viajaron a Europa (por lo menos, en viaje oficial). De ello quedan, sin embargo, algunos documentos importantes. Una novela de Pedro César Dominici puede revelar erudición sobre Bizancio, pero a los europeos les interesan más las reconstrucciones hechas por sus especialistas o por sus fantaseadores. Un tratado de Francisco García Calderón sobre *Le dilemme de la grande guerre* conmueve menos a un francés que un “bouquin” de Clemenceau, León Daudet, León Blum, Charles Maurras, Joseph Caillaux. América a pesar de tales lecturas y viajes permanecía intocada en sus esencias. Empero, sería regateo injusto callar los grandes nombres que entonces trataron de allanar laboriosamente el camino.

Animador permanente de la pasión indoamericana, el primero de todos, por la amplitud de su tarea, por su efectividad de obrero tenaz, por la modestia de su servicio —no servidumbre—, aparece don Joaquín García Monge (1881-1960). Si fuera a hacerse el balance del novecientos según el número de volúmenes publicados por cada

¹ XAVIER VILLARRUTIA, *Textos y pretextos*, México, 1940, pág. 59.

autor, García Monge apenas si tendría derecho a figurar en el inventario, porque toda su obra, salvo tres tomitos de novelas y cuentos entre 1901 y 1917, es de acogimiento, de comprensión, de consejero, de resignación, de consuetud y limpieza de maestro. Poco hubo en el continente con mayor talento y sapiencia, con más fina sensibilidad y más buida intuición de nuestro *derrotero*. Y poco han demostrado más acuciosidad para servir a una causa a costa de cualquier sacrificio excepto su propia dignidad. *Repertorio Americano*, semana a semana, mes a mes, conecta a los hombres de Indoamérica y les muestra senderos. Ahí almacena García Monge datos precisos, informaciones indispensables, sugerencias siempre nobles. Democrático, antiimperialista, antifascista, devoto de la cultura, adversario de la tiranía, creyente en América, refugio de perseguidos —lo mismo judíos arrojados por Hitler que venezolanos deportados por Juan Vicente Gómez, igual apristas peruanos perseguidos por Leguía, Sánchez Cerro y Benavides, que abecedarios cubanos tundidos por Machado—, *Repertorio Americano* cuerpo del alma de García Monge, es la enciclopedia de tres décadas dramáticas. Sus veinte y tantos volúmenes sirven de pasaporte a uno de los hombres mejor dotados para la acción y el pensamiento que ha parido Centroamérica. García Monge, novecentista por la ubicación cronológica de su natalicio y por su amor al idealismo rodoniano, revela en su curva ideológica la armoniosa belleza de un pensador sin apetitos, ejemplo permanente y alto de maestro sin tacha.

La documentalidad de García Monge es ante todo, de hechos. Documentalidad humana, vital. La de Alfonso Reyes, en cambio, alterna ambas curiosidades: la humana y la sólo erudita. Con las dos amasa una personalidad llena de facetas y destellos.

Reyes (1889-1959), produjo una bibliografía realmente impresionante y desorientadora. El poeta no intenso,

pero, sí, culto y sabio de *Huellas* (1922), *Pausa* (1926), *5 casi sonetos* (1931), *Romances de Río Enero* (1933), malabariza y prosifica, sin perder la rima o el ritmo en *Minuto* (1936), y en su cuaderno de varias épocas (editado en 1937), *Otra voz*. El crítico y erudito demuestra su pericia en *El paisaje en la poesía mexicana* (1911), *Cuestiones estéticas* (1911), *Simpatías y diferencias* (la primera serie se publica en 1921), *Cuestiones gongorinas* (1927). *Capítulos de literatura española*; en las magníficas bibliografías y anotaciones de la revista unipersonal *Monterrey* (especialmente acerca de Juan Ruiz de Alarcón, Góngora, Proust, Mallarmé, Sor Juana Inés de la Cruz), y en sus prólogos y ediciones críticas desde la de Ruiz de Alarcón y Quevedo hasta la del Arcipreste y Gracián. El artífice de la prosa revélase en *Visión de Anáhuac*, *Tren de ondas*, *Calendario*, *El testimonio de Juan Peña*, *Vísperas de España* y *Aquellos días*; el clasicista experto en *Ifigenia cruel* (1924); el polemista con sentido indoamericano en *Atenea Política*, *A vuelta de correo*, *El día americano*, *Pro Virgilio*; el humanista, en *Rumbo a Goethe*. Pero, si todo esto evidencia a un hombre de la más fina estirpe literaria y a un erudito sagaz, hay algo en Reyes que reivindica los valores humanos por encima de las lecturas: su actitud de cordialidad —sin cortesanía— ante los nuevos, su frecuentamiento de las recientes corriente estéticas, su inquietud americana, el haber vivido de su pluma en la juventud (“que es como levantar una silla con los dientes”), antes de entrar en la diplomacia; su anhelo de entender el fenómeno del continente en la amplitud concisa de sus *Notas sobre la inteligencia americana* (1936); su dignidad frente a las corrientes políticas reaccionarias, bajo la suavidad de su cortesía, sonriente pero viril. El regusto de la forma nos hizo perder más de una sugestión valedera, impartida por este hombre múltiple y nervioso que, pudiendo haberse quedado en Francisco de Icaza —dulce poeta por cierto,

pero atiborrado de libros y amarguras—, ha preferido seguir, a través del eco, el rumbo de la inevitable cabalgata de las nuevas inquietudes.

Pedro (1884-1946) y Max Henríquez Ureña (1885), encarnan actitud semejante a la de Reyes, con menos elegancia formal. Pedro Henríquez Ureña, fue, seguramente, uno de los hombres que mejor conocían de tópicos americanos, pero en quien el exceso de lecturas asordizó al poder de imaginar. La intuición creció a contrapelo, a fuerza de temer a la eruditez. El hombre que escribió *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1926); que significó para México un acicate al humanismo; que, en Santo Domingo, desplegó esfuerzos inolvidables por orientar la educación; que ha escrito varios jugosos tratados sobre la literatura dominicana (el último en 1936); que polemizó sobre política continental en diarios y revistas de Cuba, Centroamérica y los Estados Unidos de Norteamérica; que ordenó las magníficas síntesis de *Las corrientes literarias en la América Española* (1945 y 1949), e *Historia de la cultura en la América hispánica* (1947), dejó primar en él aquello que, acaso, no correspondía a su íntima vocación. Filólogo experto, trabajó en una cantera valiosa y útil —la lingüística—, sin olvidar que nuestro mundo requiere otros medicamentos. La filología y la filosofía, formas eminentes de la actividad literaria, resultan en Indoamérica, a modo de cursos de cirugía estética aplicados a un enfermo de cáncer.

Tal vez sea prosaico y desmañado este símil, pero me parece exacto. ¿Quién no sintió alguna vez latir en sus pulsos el ímpetu de crear belleza literaria, si tuvo o tiene dotes que se lo permitan? Pero, mientras ayer, hace treinta o cuarenta años, se podía ceder a tal solicitud sin remordimiento, hoy es difícil la contemplación pura. El novecientos apenas presintió las desgarraduras de hoy. Los que, como Pedro Henríquez Ureña, las han experimentado en carne

propia, no lograron sin embargo emanciparse totalmente del clima de su época, dicho sea esto sin arrojar ni la más leve nube sobre vida tan limpia como la de Pedro Henríquez Ureña.

Max Henríquez Ureña (1885 - ¿1966?) ha seguido, como Pedro, su hermano, la disciplina literaria y ha escrito bellas y útiles páginas de crítica. Gran conocedor en materia de lingüística y de política continental, ha publicado un libro sobre *Los yanquis en Santo Domingo* (fruto de la experiencia que obtuvo cuando acompañó a su padre, el prócer Henríquez y Carvajal, durante la presidencia de la República dominicana) y numerosos ensayos acerca de preceptiva, como *La decadencia de los dogmas literarios*, etc. Max Henríquez Ureña fue diplomático bajo la presidencia de Trujillo. Su *Retorno de los galeones* es un libro necesario. *Breve historia del Modernismo* en su última obra (1951), minuciosa y útil, pero nada completa ni metódica.

Genaro Estrada (1887-1937), diplomático, poeta, investigador, integra también este grupo. Su labor antológica y sus estudios históricos son menos conocidos que sus obras de imaginación y que su "doctrina" internacional. Animador de las valiosas publicaciones del Archivo de Relaciones Exteriores de México, sin embargo, más se le conoce por *Pero Galín* (1925), novela satírica y reconstructiva, de anticuario, de ironista y de poeta; así como por sus poemarios *Crucero*, *Senderillos al ras* y *Escala*.

Si bien ya me he referido a Rufino Blanco-Fombona sería irregular prescindir de su nombre aquí. Fombona, de la promoción modernista, ha realizado una inmensa labor encaminada a exaltar el espíritu creador de Indoamérica. Dentro de los cauces de un bolivarismo a veces excesivo, despertó en todos los países de habla hispana, curiosidad y fervor por el Nuevo Mundo. Su obra original, en este sentido, con ser considerable, resulta poco ante su tarea de difusor, de publicista, de editor. Por muchos años, la

“biblioteca Ayacucho”, la “Biblioteca Andrés Bello”, en general todas las dependencias de la “Editorial América” serán tenidas como fuentes inapreciables de documentación americana.

Hay otro tipo de “documentales”: los dedicados más a las letras que a la realidad, diferentes, a su vez, de los investigadores del pasado literario que, en este período, asumen considerable importancia.

Destácanse varias categorías: una, predominantemente humanista; otra, típicamente conservadora, que somete lo real a normas preestablecidas o apetecidas: y una tercera, de los que podríamos llamar neohumanistas, más jóvenes generalmente, y en muchos casos oriundos de provincias.

Sanín Cano (1861-1955?), hombre de vastísima ilustración, perteneciente cronológicamente a la promoción arielista, pero alejado de ella por imperativos de la vida; personaje pragmático y letrado, libresco al par que vitalista, encarna a uno de los más altos valores americanos. Maestro o, más bien, magistral, espiga constantemente en los campos de la filología y la crítica. Profesor de conducta y de idiomas, sus muchas lecturas quizá retardaron la elección de un rumbo sin llegar jamás a nublarle el entendimiento ni la dignidad. Con lo que sabía y escribió Sanín, habría tema y material suficiente para varios libros ejemplares, con múltiples enseñanzas. En los ensayos de *La civilización manual* (1926), o en cualquiera de sus libros, se divisa al humanista, al erudito, al sabedor, sin filiación sectaria, con fe en el hombre. No se ve allí mariposeo de ideas, tampoco agónica busca de oriente; es andarínaje de conocimientos, superabundancia de sugerencias, algo de liberalismo clásico, tolerancia desembocada en el “dogma del antidogma”. *Letras colombianas* (1944), su libro más unitario, revela sabiduría, idealismo y sagacidad.

El Luis López de Mesa (1884-1967), el recamo verbal oculta las ideas generalmente precisas, aunque demasiado veladas. El autor de *Cómo se formó la nacionalidad colombiana* y de la historia de la cultura de su país es un sociólogo que, a menudo, se dilata en la literatura o la erudición como lo demuestra su *Disertación Sociológica* (1938). Pero, López de Mesa representa, como Sanín, a un incansable animador de movimientos nuevos, y no ha perdido su contacto con la vida actual, en lo que difiere sustancialmente del estado mayor novecentista emparedado por prejuicios cronológicos y económicos. El *Estatuto de la aldea colombiana* es, sin duda, una pequeña obra perdurable.

Otros dos documentales serían: Víctor Andrés Belaunde y José de la Riva-Agüero, ambos peruanos. El primero (1883-1967) tiene una numerosa bibliografía en la que se suceden los tratados sobre diversos asuntos: derecho internacional, derecho constitucional, filosofía, pedagogía, religión, literatura, política, historia y sociología. El segundo, menos imaginativo, emparedado permanente, persistió en la veta de la historiografía literaria o política, o, meramente en el documento escueto. Belaunde, temperamento despierto y fantasía ágil, echa a veces a perder su capacidad constructiva, robustecida por copiosas lecturas, en aras de un prurito de extraversión, irrestañable. La diplomacia y el turismo se alternan en él con las lucubraciones de diverso jaez. Improvisa y destella, y hace del documento trampolín para la parábola verbal.

Riva-Agüero (1885-1944) avanza solemnemente por entre infolios y documentos, generalmente desapoderado al escoger el blanco de su esfuerzo, tanteando con lento paso pues, a menudo, llega tarde y sin oportunidad; tal es su filofascismo de 1937 y su antidemocratismo de 1931. De curiosa fantasía, maneja los libros con desesperación de avaro. Reencarnación del erudito renacentista, pospone a veces la ciencia a intereses de casta, y el razonar al volu-

men de informaciones. Empezó como positivista según se ve en *Carácter de la literatura del Perú Independiente* (1905) y en su tesis de abogado (1913). Era anticlerical y demócrata. Después de *La Historia en el Perú* (1910), excelente libro, se esperó de él una verdadera historia de la nación. Un leve y efímero infortunio político, bastó para asfixiar en él todo empeño científico, de cooperación constructiva. Riva-Agüero regresó al catolicismo pública y desafiantemente en 1932; identificó su credo religioso con el fascismo político; lo declara así en el prólogo a un libro de Carlos Miró Quesada Laos, recogido en *Por la patria, por la verdad y por la historia* (2 vols. 1937-1938); se hizo luego iracundo, autoritario y feroz. "Conmigo o contra mí" era su tácito lema. Colaboró con la tiranías castrenses del Perú, durante sus últimos diez años empujado por su desdén hacia lo que él llamaba "oclocracia".²

Frente a estas dos personificaciones impares del documentalismo peruano, asoman otros también documentales, pero humanos de nuestro tiempo. Hermilio Valdizán, Julio C. Tello y, durante un tiempo, José Antonio Encinas. Poco se sabe de Valdizán (1885-1929) en América, excepto en los ambientes médicos, y entre algunos historiadores, porque fue modesto y provinciano, y porque murió antes de tiempo. Julio C. Tello (1880-1947) es más difundido porque la antropología, la arqueología y la prehistoria seducen a muchos. De Encinas se conoce más aún porque llegó a Rector de la Universidad de San Marcos (1931) y ambuló por México, Panamá, Bolivia, Chile y Cuba, en forzada jira de maestro desterrado. Pero los tres encarnan un nuevo sentido documental. Valdizán crecido, al par de los arielistas peruanos, saboreó el desdén que el

2 Véase MANUEL MEJÍA VALERA, "El positivismo de Riva-Agüero", en *Centauro*, Año I, número I, Lima; 1949; id. otro estudio en *Humanismo*, enero-feb., 1954, México. Ver: *Documenta*, revista, Lima, 1949, N^o 1, art. por C. D. Valcárcel.

“espíritu” suele reservar a la “pobreza”, aun cuando ésta sea espiritual y culta. Se formó a sí mismo. En largas vigiliias ordenó los documentos necesarios para los ocho volúmenes de su *Diccionario de la Medicina Peruana* (se han publicado dos), los tres de su *Medicina Popular Peruana* (en colaboración con Angel Maldonado), verdadero tesoro del folklore indígena y criollo, los nutridos trabajos que constituyen *La alienación mental entre los primitivos peruanos*, *Locos de la colonia*, *Anecdotario Médico*, etc. Promotor de la psiquiatría en el Perú, maestro en la más amplia acepción de la palabra, investigador y divulgador, periodista y médico, quemó su juventud en la pelea que está reservada a todo aquel que debe iniciar una genealogía sin ancestros. Tello *amauta*, indígena de la entraña andina peruana, rompió con el “amateurismo” arqueológico y disciplinó severamente su inteligencia. Su *Perú Antiguo* y sus monografías y descubrimientos lo colocan en el más alto puesto de los hombres de ciencia de América. Encinas (1888-1957), provinciano, mestizo como Valdizán —ambos cholos— tiene una vida laboriosa. Maestro antes que abogado, proscrito pero estudioso y estudiante: fecundó las investigaciones indigenistas y ha dado un sesgo interesante a la pedagogía peruana. *Hacia una escuela nueva en el Perú*, *Historia de las Universidades de Bolonia y Padua*, *Higiene Mental*, *La Educación de Nuestros Hijos*, *La Delincuencia entre los indígenas peruanos*, sus versiones de las obras de Cunow y Trimborn, etc., constituyen un bagaje apreciable. Pero, seducido por la Cleopatra comunista, concluyó en la comparsa de la dictadura desde 1948. El documento con Tello y Valdizán, se vuelve humano, pieza viva, rueda de un engranaje creador. Ellos, como otros hombres similares en diversas patrias americanas —sin la revolución mexicana triste habría sido el destino de no pocos investigadores de la talla de Moisés Sáenz—, hubieron de luchar bravamente para no ser absorbidos por un ambiente

adverso al de “humilde origen”, al desconocido, al no europeizado. Y no obstante de que, en circunstancias ajenas a las del común de los arielistas, Valdizán, Tello y Encinas anduvieron por Europa, no reside en tales viajes el motivo de su influencia sobre la cultura del Perú.

El documentalismo estuvo casi siempre atado al virreinato y, por ende, a la capital de cada país. Los que, sin someterse, lograron vencerlo, necesitaron redoblada energía. Es el caso de las nuevas promociones en la que cada cual “es hijo de sus obras”, y, por consiguiente, se ha visto obligado a combatir no contra la obra ajena —que eso es cooperación—, sino con espectros, nombres y hombres celosos de todo valor nuevo.

* * *

Prosiguiendo en esta ojeada sobre los documentales de 1900, entre los cuales hay nombres tan difundidos como los de Ricardo Levene, Emilio Caillet Bois, Raimundo Rivas, José E. Machado, Carlos González Peña, Manuel Romero de Terreros, Julio Jiménez Rueda, Crispo Acosta (Lauxar), etc., conviene detenerse ante algunos por las singularidades que les caracterizan.

Uno de los autores de mayor fuerza de la promoción novecentista es Alcides Arguedas (1879-1946). Aunque deba su mayor renombre a tareas sociológicas e históricas, no pueden olvidarse sus obras de creación: *Raza de bronce* y *Vida Criolla*, y en parte *Pueblo enfermo* y *Caudillos bárbaros*. En Arguedas predomina el aire polémico, a cierto sentido vital de la información y de la historia. Hay en su obra vigor, pasión, ira y horribles descuidos formales.

Arguedas ha escrito una nutrida historia de su patria, iniciada con el volumen *La fundación de Bolivia* (el compendio total aparece en las macizas páginas de *Historia general de Bolivia*), completado con *Los caudillos letrados*,

Los caudillos bárbaros, *La plebe en acción*. Se trata de una "historia" subjetiva, desconsoladora y libelesca aunque sostenida por un gran impulso moral, etc. Además es autor de un panorama pesimista de Bolivia: *Pueblo enfermo* 2a. Corresponde este libro a la etapa "medicinal" de la sociología americana. César Zumeta rompió la marcha con su *Continente enfermo*, le siguió Carlos Octavio Bunge con *Nuestra América*, en cuya página inicial escribe: "Conocido el sujeto expongo ya la política criolla, la enfermedad, objeto de este tratado de clínica social, tratado que, como sus semejantes en medicina, concluye con la presentación de algunos ejemplos o casos clínicos, tres grandes políticos".³ Arguedas se documenta de lo peor, como Zumeta y Bunge para evidenciar las enfermedades de su pueblo. Corrían los días en que Max Nordau ponía en boga el concepto catastrófico de *Die Entartung*. *Degeneración* era la palabra cabalística de los novecentistas doctos en psicología social e individual. Darío había exhibido en *Los raros* a artistas "degenerados". Algunos de los documentales, demasiado apegados a la letra, siguieron el procedimiento de Nordau, y así nacieron las obras de los tres autores mencionados, y alguna de Ingenieros, Alvarez y Ramos Mejía. Cabe resaltar en beneficio de Carlos Arturo Torres, que sus ensayos sociológicos se mantuvieron al margen de las incitaciones de Nordau y de Lombroso. Rodó había impregnado con su optimismo a Bunge, inmunizándolo contra la ola de desencanto proveniente de escritores obsesivos por el propósito de hallar razones eruditas para su mal humor americano y su mimetismo europeizante. El documental de este jaez adquirió pronto cierto matiz meteco. Además, lanzado a la vorágine política, no tardó en adherirse a las

2a Cfr.: ALCIDES ARGUEDAS, *Obras completas*, 2 vols. México, Aguilar, 1959, Prólogo de L. A. Sánchez.

3 BUNGE, *Nuestra América*, ensayo de psicología social, 4ª ed., Buenos Aires, 1911, pág. 3.

dictaduras y, más tarde, al fascismo. García Calderón logró salvar con elegante esquivo la terminología hecatómbica de Nordau y sus discípulos tropicales —entre ellos Mariano H. Cornejo, consagrado y spenceriano autor de una magnífica *Sociología General*— pero su actitud básica no se diferencia mucho de la otra ya que sentencia a los países indoamericanos a vivir perennemente entre anarquía y tiranía, con lo que no demuestra Francisco García Calderón mayor optimismo que los otros “médicos de cabecera” del continente “enfermo”.

Ni Zumeta, ni Arguedas, ni Bunge, ni Fortoul, conocieron en sus esencias el continente que describían, además sobre el país a quien dedican sus divagaciones, tienen puesta mirada dominante, antes que de amor y comprensiva nostalgia. Cuando leemos las páginas de *La danza de las sombras* de Arguedas (1934), es fácil advertir hasta qué punto las pasiones personales y de círculo llegan a obliterar un criterio, interfieren la perspectiva del historiador y no le permiten divisar el panorama auténtico.

Bunge incurrió también en semejante yerro. Categórico y europeizante, generalizador por excelencia, arriba pronto a conclusiones dogmáticas reñidas con la etnología y la historia; una de ellas fue la siguiente: que el mestizo americano camina irremediamente hacia la degeneración.⁴

Aquello era una falaz “Entartung”, un ideal al revés que se cumplió felizmente sólo en el libro, mas no en la realidad. Frente a ello habrían de alzarse más tarde el ensueño de la “raza cósmica” de Vasconcelos y las afirmaciones definitivas de expertos como el sociólogo Finot, el biólogo Lipschütz, el economista Siegfried, el periodista Inman, el intuitivo Keyserling, por no citar sino a aquellos observadores de América que no pertenecen a nuestra estirpe.⁵

4 BUNGE, Ob., cit., pág. 134.

5 J. FINOT, *El prejuicio de las razas* (¿1901?), nueva ed.

Arguedas padece de europeísmo, ese europeísmo denostado por Martí, Lastarria y González Prada. El Novecientos —No lo olvidemos— constituye una etapa de fiel devoción a Europa. Eso contribuyó sin duda a descubrir nuevos horizontes. Pero también sirvió para enfeudar a América. En el fondo, tales americanistas lamentaban no ser de Europa. 1914 llegó antes de lo previsto. Europa, con tecnicismo, tenía que desembocar en la matanza dosificada y científica. América conservó su capacidad de evolución, pese al desgano de los profetas de infortunios. Arguedas estaba documentado para afirmar, en todo tiempo, su desdén por el Kolla y el mestizo: ¡él, boliviano de tez cobriza! Lo único deplorable en todo ello es que Arguedas, en virtud de tal deseo, olvidara, como tantos, que el libro tiene menos fuerza que los hechos, y que el pigmento, si bien no proporciona argumentación absoluta, tampoco es susceptible de escamoteos ni constituye motivo de vilipendio.

* * *

El documento en cambio sirvió, con eficacia, a los exégetas de nuestra vida intelectual. Los nombres de Ricardo Rojas, Alberto Zum-Felde, Ventura García Calderón, los ya citados Pedro y Max Henríquez Ureña y Alfonso Reyes lo demuestran.

En Rojas (1882-1963), aparece, por cierto, uno de los investigadores más acuciosos y nobles de América. Su vida, no ofrece sino motivos de encomio. Desde *Restauración nacionalista* hasta *Eurindia* y *El Cristo invisible*,

Ercilla, Santiago, 1940. A. LIPSCHÜTZ: *Indoamericanismo y raza india*, Stgo., 1938 y 1940; A. SIEGFRIED, *América Latina*, París, 1932, Stgo., 1934; H. KEYSERLING, *Meditaciones Suramericanas*, Madrid, 1933; S. G. INMAN, *Latin America's place in world's life*, New York, 1937; FRANK TANNENBAUM, *Una revolución por la paz*, Santiago, 1937.

desde *La Argentinidad y Blasón de Plata* hasta *La Literatura Argentina* y *El Radicalismo de mañana*, desde *Elelín* hasta *El santo de la espada*, desde *El titán de los Andes* hasta *El profeta de la Pampa*, hay en la obra de Rojas un fervor autoctonista indudable; argentino cien por ciento, jamás perdió de vista su objetivo, que, por lo demás, no es de aquellos que la razón inventa, sino de los que la realidad ofrece.

Pocos estudiosos más tenaces que Rojas. A veces hasta abusa de la documentación. La *Literatura Argentina*, con todos los excesos oratorios que se quiera, con todos los defectos o reiteraciones que anoten los críticos, se yergue como un monumento perdurable del pensamiento argentino. La división en “gauchescos”, “coloniales”, “proscritos” y “modernos” es, acaso, uno de sus aciertos, aunque peque de anticientífica. Cuando Rojas enfoca el problema de la educación argentina se ve al maestro que, sin armazón previa, se lanza a puro instinto. Hora difícil para un pesquisador de entelequias la de decidirse a intervenir en la fenoménica vida pública. Rojas, apolítico, escoge la boleta de la Unión Cívica Radical, cuando esta fuerza política es arrojada del poder (1930), y empieza a verse perseguida. Escribe entonces *El radicalismo de mañana*. La pasión no logra oscurecer el criterio. El propagandista se vale del documental. Pero el documental tiene su brújula propia para navegar por piélagos riesgosos.

En otra escala, algo semejante ocurre con Alberto Zum-Felde. Tras los solfeos de *Crítica de la literatura uruguaya* desemboca en *El proceso intelectual del Uruguay*. No cae en la ingenuidad y abundancia de Roxlo. Va más allá de las monografías críticas de “Lauxar”.

En casi todos los documentales (y no es el caso de Rojas) predomina una tendencia "centralista". Rara vez habla la "provincia". Cuando lo hace, su acento heterodoxo, rompe la uniformidad del coro litúrgico.

Predominio de la capital implica enfeudamiento ideológico del resto del país. A toda cultura de este tipo —feudalista, no demócrata— corresponde una orientación medieval, entre teológica y eruditesca. La teología de entonces no expresó ninguna adhesión al Dios de los católicos. Tiempos de confort aquéllos, predisponían para la tolerancia, en cierto modo para el escepticismo. Nació, de consiguiente, una teología del escepticismo, una erudición laica de estirpe positivista y vestidura decadente.

La yuxtaposición de tan encontrados elementos se produjo, porque entre otras cosas, la cultura llegó por vía de aluvión. Fue trasplantada. Más aún: postiza. Aquello que Siegfried anota en su *Amérique Latine* acerca de los salones de Buenos Aires, Río y Santiago de Chile, adictos a la última moda de París —"le dernier salon où l'on cause"— no es un hecho sólo del año 1931, en que él lo observó; constituye una resonancia o apéndice de lo que primaba desde antes de 1910. De ahí el enorme prestigio de los maestros franceses entonces; lo cual, en Argentina así como en Chile, asumió los caracteres de una dictadura espiritual a manos de Paul Groussac y de Emilio Vaisse (Omer Emeth).

Paul Groussac (1848-1929) ha dejado en el pensamiento y el estilo argentinos huellas más hondas que las visibles, con ser ya éstas extensas y profundas. Este ciudadano francés que se posesionó de la afrancesada sociedad del Plata, casi no ocultó su desdén por lo nativo. A él se debe en parte *La gran aldea* de Lucio López, sátira recargada contra la naciente cosmópolis bonaerense. A él, ciertas alusiones y sátiras contra los científicos y poetas. Groussac estaba poseído del demonio de la suficiencia, que

es uno de los peores enemigos de la tolerancia y de la comprensión. Groussac irradió claridad en un ambiente tormentoso, pero allegóse a la historiografía argentina con manos ávidas; la disciplinó, la sistematizó produciendo páginas imperecederas como las de su *Mendoza* y *Garay*, mas es útil tener en cuenta que ya habían iniciado —cierto que tormentosamente— ese camino Mitre, López y Gutiérrez. Groussac dictó recetas de retórica y preceptiva literaria, atacó a escritores que le desplacian; alabó a unos pocos; e impuso el afán de equilibrio.

Omer Emeth ejerció gran influencia en Chile. Trabajó veinticinco años, sobre todo en la crítica literaria. Como Groussac en Buenos Aires, se asentó en la Biblioteca Nacional de Santiago, pero, mientras Groussac dirigió el instituto oficial de los libros de la capital argentina, Emilio Vaisse no fue sino jefe de una sección. Ciertamente que Chile era bastante más nacionalista que Argentina, y cierto que *Omer Emeth* era espiritualmente diverso a Groussac. De todos modos, *Omer Emeth* dominó la crítica literaria chilena. El guió a los chilenos europeizantes a la vía del criollismo, y fue tan escuchado su consejo que desde entonces, lo criollo, en su aspecto decorativo —aquello que más impresionaba a un extranjero como Vaisse— ha sido tema predilecto de la novela chilena.

El europeísmo del Novecientos se expresó pues, no sólo en su misión ante Europa, sino también en acatamiento a los europeos —no es lo mismo “lo europeo” que “los europeos”—, erigidos en señores de las letras indoamericanas.

Muchos de los más eminentes arielistas descubrieron la realidad sólo a través de los libros. Tocqueville y Bryce disfrutaron de mayor crédito que lo popular o autóctono y su ambiente, vistos directamente con los ojos de la carne y el entendimiento.

Casi todos pues cayeron en el historicismo. Si hubieran leído todo Nietzsche y no sólo el de *Así hablaba Zaratustra* y *Genealogía de la moral*, es probable que algunos hubieran aprovechado oportunamente la discusión sobre la historiografía que plantean las *Consideraciones inactuales*.

El historicismo cayó de redondo en un neo-colonialismo. Lo indígena apenas fue tomado en cuenta. El virreinato bastaba para los sueños de muchos. Era "la hora del habedes", de que habla Genaro Estrada. La hora de la "tradicción peruana", sin la gracia de Ricardo Palma.

Siendo colonialistas, necesariamente redujeron el centro de sus preocupaciones a las ciudades capitales. La provincia permaneció al margen de los escarceos eruditos de entonces. Es raro el caso citado de Ricardo Rojas, un documental ciento por ciento, que escribiera el elogio de *Las Provincias*, y reivindicara en *Blasón de Plata* y *Restauración nacionalista* la importancia del "pajuerano".

Por cierto, que la atmósfera que regía era hispanizante, más que eso: borbónica; regalista antes que peninsular, y metropolitana antes que ibérica. Al ser borbonizantes, ¿cómo iban a no sentirse clericales, también, los pesquisidores de documentos? Si en determinados instantes parecieron escépticos y librepensadores, presto saltaría la realidad oculta bajo tal aspecto. El ingreso o reingreso al catolicismo de muchos de los arielistas, en la hora semicentenaria de sus vidas, no es sólo fruto de la fe, la casualidad, la conveniencia o el miedo; responde a razones de origen y ambiente que la pasajera adhesión a Renán les hizo olvidar durante la juventud. La historia documental se hizo anecdótica y descriptiva. Riva-Agüero surge como el más caracterizado y valioso exponente de la obliteración de la historia, encajada en el episodio familiar. A menudo la crítica literaria se limitó al detalle gramatical. Con todo, los novecentistas (documentos vivos) han facilitado grandemente la tarea de sus herederos. Pero, en la vida y en el arte existen valores

y valores: el de creador y el de escampavías; el que aparta el follaje y el que adivina o encuentra la senda; el de acreedor y el de pionero. Todas son tareas, desde luego. Pero, cada una tiene su calificativo, su valor especial. Confundirlas en sus esencias, en su significado, aleja de algo que un evaluador no puede aconsejar; aleja de la tabla de valores. Con todo, el haber iniciado la evaluación del documento debe serle abonado en la cuenta del 900, al formular un balance y liquidación de su tarea.

CAPITULO NOVENO

ESTETICA DEL NOVECIENTOS

“Vienen a ser novedades
las cosas que se olvidaron...”

LOPE DE VEGA, *El desprecio agradecido*,
acto I.

“Ciencia del conocimiento intuitivo” llamaba Benedetto Croce a la estética, allá por los comienzos de siglo ¹. El neoidealismo batía entonces sus alas sobre el Novecientos. Croce, neohegeliano; Bergson, neokantiano, y Boutroux, contingentista, conformaron el pensamiento y la actitud de los escritores. El individualismo y el jerarquismo de Nietzsche y Guyau hicieron el resto. Con menos ambiente de seguridad exterior, pudo surgir un auténtico romanticismo americano, nutrido de esencias y no remedos. No es posible exigir absoluta perfección a un hombre o una época: a nadie. Ya ha dicho San Ambrosio: “todas las cosas que se corrompen son buenas, porque no pudieran corromperse si no tuvieran bondad”: cabal concepto. Para corroborar, si

1 BENEDETTO CROCE, *Estética*, Roma, 1902.

fuese necesario, la aplicación de esto al Novecientos, bastarían dos ejemplos: los de Alfonso Hernández Catá (1885-1940) y Alfonso Reyes (1889-1960).

Reyes cuenta en *Las vísperas de España* (compilación de *Cartones de Madrid*, *Horas de Burgos* y *La saeta*), en *Calendario*, en muchas crónicas de *Simpatías y diferencias* y en *Pasado inmediato*, sus andanzas por Francia y España cuando, separado del servicio diplomático (1914), hubo de ganarse el pan escribiendo para diarios y revistas de Madrid, "que es como levantar una silla con los dientes". Menos mal que estaba premunido de la credencial de sus libros y su talento, y que el suyo era un mundo sin náuseas. Las diferencias políticas se fundían en la coincidencia humana: Azorín agnóstico republicano, podía ser subsecretario de Instrucción Pública de Alfonso XIII, y amigo de Alfonso Reyes; Ortega declaraba su republicanismo sin espanto de la Monarquía; Manuel Azaña presidía el Ateneo de Madrid, pese a su reconocida filiación republicana ^{1a}. Las patrias de prestado para los proscritos, eran como propias (casos de Reyes, Henríquez Ureña, etc.). Dificultades, sí, pero no persecución constante como padecemos desde nuestra juventud los que venimos después. A su turno, Hernández Catá, cuando perdió su cargo consular (y antes de tenerlo), fue considerado un español, en España, pese a su nacionalidad cubana. Con Blanco Fombona ocurrió lo mismo: Madrid no le fue menos propia que Caracas; ni París, tampoco. Los desterrados de entonces obtenían no solamente pan (que eso hasta ahora suele lograrse), sino también patria, sin abdicar de la suya, pasaporte, tolerancia, respeto; y no se les hacía sentir su condición foránea. Durante el derrumbe de 1914, de algo había que alegrarse: bajo cualquier meridiano se tomaba pulso y medida a la comprensión humana. Una

^{1a} Cfr.: MIGUEL MAURA, *Cómo cayó Alfonso, XIII*, 4ª edición, Madrid, Abril, 1966.

razón más para el optimismo y el idealismo: no se vivían esos “tiempos de desprecio”, según la acuñada frase de Malraux; pero la ausencia de patetismo cotidiano lejos de facilitar, dificultó y hasta impidió el crecimiento de una mística, para la cual se requiere la exasperación que produce el combate y hasta la desesperación de una momentánea impotencia.

Volvemos, pues, a lo inicial: el confort, la seguridad generalizada, la diferencia de dos mundos comunicados (los pobres-pobres y los demás) influyó para favorecer un estilo de vida, de pensamiento y de expresión, vistoso, ornamental, sereno, sin desgarramientos pascalianos. Se trataba de un cartesianismo de lujo, un imperio de la caridad sobre el deber social (*Liberalismo y jacobinismo, La existencia como caridad*), de la exaltación del individuo sobre la mediocridad (*Camino de perfección, El hombre mediocre, Idola Fori*); de la glorificación de una forma graciosa, cuajada de neologismos, descriptiva, jubilante. Cuando Neruo exalta el paso de su amada, mira el Ave María sólo en su aspecto gozoso: dejando de lado el “bendito es el fruto de tu vientre”, recoge no más que el “eres llena de gracia”: “Era llena de gracia como el Ave María; quien la vio no la pudo ya jamás olvidar”.

En plena angustia iberoamericanista, Rubén temblará sólo bajo una amenaza formal: “¿tantos millones de hombres hablaremos inglés?” (*Canto a Roosevelt*). Lo exterior, la forma, he allí uno de los valores decisivos, el decisivo diría yo, para los Modernistas y sus discípulos inmediatos, la gente del Novecientos.

Federico de Onís advierte que, a renglón seguido de los Modernistas, sobreviene una reacción literaria que él califica de “conservadora”. Si apuramos el análisis, acaso se trate de una despreocupación consuetudinaria por las esencias humanas; culto a los sentidos; exceso de optimismo. Por lo común, el presente es el único tiempo que realmente cuenta. Pese a Marinetti y su pretencioso y mecanizado “fu-

turismo”, el Porvenir carecía de atractivos. Como los victorianos ingleses, los novecentistas americanos juzgaban que todo se había alcanzado ya; que apenas quedaban incógnitas por resolver; que el optimismo era, pues, de hecho, la religión y la actitud correspondiente a tan complacida humanidad. Veámos el caso con más detalles.

a) LOS POETAS

Enrique González Martínez (1871-1952), el modernista de más larga duración, pese a su finísima sensibilidad y a los dolores reales con que le agobió la vida (por ejemplo, la prematura muerte de su hijo, el poeta Enrique González Rojo), no pudo olvidar el tono jubiloso de sus primeros cantos. Era, sin embargo, y se debe resaltar, la antípoda de Rubén. Existe ya hasta un simil cristalizado: Rubén es el poeta “de los cisnes”, González Martínez, el “hombre del “búho” (título de la primera parte de sus memorias). González Martínez fue una como continuación, en estilo menos coloquial, de la preocupación panteista. Veámoslo más detalladamente:

*No turbar el silencio de la vida
ésa es la ley. . . Y sosegadamente
llorar, si hay que llorar, como la fuente
escondida.*

.....
*Tuércela el cuello al cisne de engañoso plumaje
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia, no más, pero no siente
el alma de las cosas ni la voz del paisaje.
Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan acordes con el ritmo latente*

*de la vida profunda . . . y adora intensamente
la vida, y que la vida comprenda tu homenaje.
(Los senderos ocultos, 1911.)*

Amado Nervo abre esta ruta, pero sin abdicar de su más próximo parentesco con Rubén. Desde *Perlas Negras* hasta *Serenidad*, desde *Las Flores del camino* hasta *Plenitud* y *Elevación*, nos brinda una especie de sístole y diástole vital; pasa del ornamento a la desnudez; de las dudas de San Antonio a la entrega total a un tácito yoguismo erótico. Amó entrañablemente a una mujer —Anita— y guardó durante diez años el secreto para ofrecérselo a Dios, cuando ya había ella muerto:

*Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
es todo lo que puedo yo ofrecerte . . .
Tú me diste un amor, un solo amor,
un gran amor . . . ¡Me lo robó la muerte!
(La Amada Inmóvil.)*

Nervo expresa un antagonismo insoluble entre el pasado mundano y el presente beato. Empieza:

*Para librarme de lo imprevisto
cuando la estancia se queda sola,
guardo en mis ropas un Santo Cristo,
un Santo Cristo y una pistola.
(El éxodo y las flores del camino.)*

El diálogo trascendental entre estos dos grandes poetas desgarrados resurge al repasar el último libro de González Martínez: *El Nuevo Narciso y otros poemas* (México, 1952), en el cual ratifica su antiguo credo:

*Tropel de sombras; mas el ojo lleva
en su retina la visión del viaje.
Alcé mi voz al astro que se eleva;
cantando espero que la noche baje.*

*Del coro soy; ni resonancia nueva
ni raro timbre de inicial mensaje;
me seduce la eterna melodía,
que, por ser la de todos, es la mía.*

(“Estancias”, en *El Nuevo Narciso*.)

Este contrapunto revelador de mansa resignación ante la vida; este otoño perenne sin derrota: este sosiego esencial caracteriza a Nervo y a González Martínez, dos hombres “del buho” —y sin embargo, largo tiempo, los dos diplomáticos.

La versatilidad de Lugones; su facilidad para adecuar su voz a la de Hugo (*Las montañas del oro*), a Laforgue (*Lunario sentimental*), a Herrera y Reissig, o viceversa (*Crepúsculo del Jardín*), etc., no anulan, ni mucho menos, el coloquio entre su devoción por las esencias y las apariencias de la vida.

Siendo una constelación de personalidades aquella época —y aquel movimiento—, no sorprende a nadie que pertenezcan al mismo grupo, Luis G. Urbina (1868-1934). erótico y madrigalesco, precursor de la nueva poesía mexicana, de quien son estas confesiones:

*Vivo, y basta. Muerdo los frutos amargos
de mi otoño, anuncio de un vecino invierno;
para mi fastidio los días son largos,
ásperas las piedras y el camino eterno. . .*

(*Lámpara en agonía*, 1914.)

Rufino Blanco Fombona, un luchador, confesará empero siempre usando el verso:

*Los cantos mejores son nuestros amores,
son nuestros amores y nuestros dolores...
...El mejor poema es el de la vida;
de un piano en la noche la nota perdida,
la estela de un barco...*

(Pequeña ópera lírica, reed. 1904.)

Los poetas inmediatamente posteriores, por ejemplo, Luis Carlos López, revelan cada vez mayor alejamiento de los factores parentales, y subrayan el predominio de la ironía, y cierto voluntario prosaísmo. Ello se advierte incluso en hombre de tan agitada vida y tan complicado arte como Miguel Angel Osorio (que usó los pseudónimos de Ricardo Arenales y Porfirio Barba Jacob) (1880-1943). Contradictorio, insomne, lujurioso, cavilador, oigamos sus confidencias:

*¿Morir?... Con que esta carne cerúlea, macerada
en los jugos del mar, suave y ardiente,
¿será por el dolor acongojada?*

“Mi poesía es para hechizados”, dijo Osorio, y así se comprueba leyendo sus poemas *Canción de la vida profunda* y *Acuarimántima*. En otra composición, *Canción sin nombre*, escribe refiriéndose a sí mismo:

*De simas no sondadas, subía a las estrellas.
Un gran dolor humano vibraba por su acento.
Fue sabio en su delirio, y humilde, humilde, humilde,
porque no es nada una llamita echada al viento.
.....
Era una llama al viento, y el viento la apagó.*

Una predominante sensación de dudosa alegría, de luminosidad y descreimiento inunda los versos y prosas de

Reyes, Hernández Catá, Ventura García Calderón; es una suave melancolía, sin grandes desgarramientos, como en los poemas de Manuel Magallanes Moure, Carlos Mondaca y Leonidas N. Yerovi, a quien se debe el siguiente soneto —clave—:

*Con un ir y venir de ola de mar
así quisiera ser en el querer:
dejar a una mujer para volver,
volver a otra mujer para empezar.*

*Golondrina de amor en anidar,
huir en cada otoño del placer,
y en cada primavera aparecer
con nuevas, tibias alas que brindar.*

*Esta . . . aquélla . . . la otra . . ., confundir
de tantas dulces bocas el sabor,
y, al terminar la ronda, repetir,*

*y no saber jamás cuál es mejor,
y, siempre ola de mar, ir a morir
en sabe Dios qué playa del amor.*

(“Recóndita” en *Poesías líricas*, I, Lima, 1921.)

Me atrevo a afirmar que Yerovi fue el auténtico representativo peruano del post-Modernismo: nació en 1881 y murió asesinado en 1917.

Hacia 1910, precisamente, se perfila la generación intermedia entre la Novecentista y la nuestra —los de 1920. Si, como dice Ortega, cada generación tarda quince años en definirse, hay casos, como éste, en que se deben estrechar las fechas. La generación de 1900 podría, en verdad, ser llamada de 1895, y la de 1920 fue súbita consecuencia de la Primera Guerra Mundial, que, con inesperada prisa, maduró las uvas del entendimiento y la sensibilidad.

Chile da un buen ejemplo. En 1915, intempestivamente, publicó Gabriela Mistral (1889-1957) sus *Sonetos de la muerte*, y se organizó el famoso grupo de "Los Diez". Lo presidía Pedro Prado, en cuya "torre" se reunían músicos, escritores y pintores como el dicho Prado, Alberto Reid, Julio Ortiz de Zárate, Alfonso Leng, Eduardo Barrios, Rafael Maluenda, durante un tiempo Augusto D'Halmar, Juan Francisco González, Acario Cotapos, Manuel Magallanes Moure, Ernesto Guzmán, Armando Donoso: los unos con carácter permanente, los otros de pasada. A ellos se vincularon Carlos Mondaca, Gabriela, el joven Domingo Gómez Rojas, etc. Prado escribió definiendo al grupo, cuyo secretario fue Carlos Contreras Labarca, más tarde secretario general del Partido comunista:

"Oh, Belleza, alma del mundo: para el hombre, como él mismo, tú naciste de mujer" . . .

. . . "Es requisito imprescindible para pertenecer a 'Los Diez' estar convencido de que nosotros NO encarnamos la esperanza del mundo"². Corresponde al movimiento chileno de "Los Diez", el "Colónida" de Perú, cuyo precursor fue don Manuel González Prada y cuyo capitán sería Abraham Valdelomar (1888-1919). La revista así titulada, saturada de dandysmo, rindió pleitesía a José María Eguren y a José Santos Chocano, verdadera conciliación estética del suspiro y el grito, del matiz y el color. Decía Eguren:

*En el mirador de la fantasía
al brillar del perfume
tembloroso de armonía;
en la noche que llamas consume,*

² *Los Diez*, revista, número I, Santiago de Chile, setiembre, 1916.

*cuando duerme el ánade implume,
 los órficos insectos se abruman
 y luciérnagas fuman. . .
 . . . Peregrin cazador de figuras
 con pies de diamante
 mira desde las ciegas alturas.*

(*Simbólicas*, 1911.)

Entre los “colónidas”, cualquiera fuese su predilección estética, predomina el individualismo (tal ocurre en Valdelomar, Federico More, Percy Gibson, César A. Rodríguez, y, desde luego, Eguren). Allegados suyos serán almas tristes y parcas como las de Enrique Bustamante y Ballivián y Alberto J. Ureta. Cuando éste mira pasar las horas, llevándose “tantos goces y dolores”, se quejara de que no le queda ya sino

*un recuerdo muy tenue que se esfuma
 y un puñado de tiempo hecho ceniza*³.

(*El dolor pensativo*, 1917.)

Cierto que, junto a la suave tristeza de Samain, aparece la pánica alegría de Walt Whitman, de quien serán eco Juan Parra del Riego (1891-1925), Carlos Sabat Ercasty y Pablo Neruda. Esta mezcla de optimismo y melancolía, de individualismo y colectivismo, de evocación y profecía, son palpables en los poetas, aun cuando medie entre ellos a veces distancia cronológica, como sería el caso entre Ricardo Rojas, Enrique Banchs y Arturo Marasso, argentinos. Rojas exclama:

³ *Colónida*, revista, números 1-4, enero-mayo, 1916, Lima. ALBERTO J. URETA, *El dolor pensativo*, Lima, 1917; Varios, *Las Voces múltiples*, Lima, Rosay, 1916.

*Ya en los manjares del mundo
 probé las heces amargas.
 Ya en la orgullosa melena
 me van pintando las canas.*

(*Poesías*, Buenos Aires, 1923, ed. definitiva.)

Marasso responderá en espontáneo y casual contrapunto:

*Dichoso aquel que vive en mansión heredada,
 oye cantar los tordos que escuchó cuando niño;
 ve llegar los inviernos entre lluvia y nevada,
 y siente el mismo acento de familiar cariño.*

(*Paisajes y elegías*, 1921.)

Si uno examina las notas distintivas de los poetas de aquel tiempo, será fácil reconocer como rasgos típicos de su estética, los siguientes: renunciamiento, evocación, egocentrismo, sonoridad. A menudo citan como lema ciertos significativos versos de sus poetas predilectos; por ejemplo: *Mon âme déjà grave comme une veuve* (Samain), *J'ai plus de souvenirs que si j'avais mil ans* (Baudelaire), *La chair est triste, hélas, et j'ai lu tous les livres* (Mallarmé), *Il pleut sur la ville comme il pleut sur mon coeur* (Verlaine).

La elegancia, la aristocracia suele revestirse de insolencia o de desgano. En este camino andábamos en 1915. Hubiéramos sido "decadentes", sin dejar de ser pueriles, si la guerra mundial y sus resultados no presentan, como nuevos protagonistas de la historia, a Rusia, Estados Unidos, el nacifascismo y un poco también a Indoamérica.

b) TESTIMONIOS ARGENTINOS

En 1931, la revista *Nosotros* de Buenos Aires, celebró su bodas de plata. Con ese motivo organizó una encuesta sobre los ideales de la generación finisecular ar-

gentina. Conviene recoger de primer agua algunos de esos testimonios.⁴

Alfredo Bianchi (1882-1952) —autor de *Teatro Nacional* y de *25 años de Teatro Nacional*— traza la historia de la revista: 1916, muerte de Darío; setiembre de 1924, (XVI de la revista) Giusti se retira por no poder estar en una publicación apolítica; mayo de 1923, encuesta sobre los ideales de la generación argentina: “La encuesta revela que era una generación (la de 1924) sin maestros. Se vanagloriaban de no admirar a nadie y de no pertenecer a ninguna escuela”.

Alfredo Colmo (1868-1934) —autor de *América Latina* y *Política cultural de los países latinoamericanos*—, dice: “Las generaciones de mi época (sic) presentan individuales categóricamente superiores, dentro de la relatividad del concepto. Las actuales se nos ofrecen mejor como conjunto”.

Juan Pablo Echagüe (Jean Paul) (1887-195?): “Mi generación se ha formado bajo la influencia espiritual de Paul Groussac. Muchos de los que la experimentaron se empeñan en negarla y repudiarla: la historia del potro levantisco”...

José Gabriel (López), novelista y periodista: “Yo, escritor argentino, no tengo antepasados ni contemporáneos, ni futuros; nací de la nada, vivo solo, me dirijo al vacío”.

Manuel Gálvez (1882-1966), el afamado novelista: “Llegamos a la vida literaria cuando aún se discutía arduamente el modernismo. Fuimos modernistas sin exageración... Los “martinierristas” nos han calumniado sin conocernos... Nos han acusado de haber sido materialistas e ignorantes... Nosotros, salvo excepciones, no lo fuimos...”

4 *Nosotros*, Buenos Aires, número LXXVI, págs. 27, 29, 30, 48, 49, 58, 59, 60 y 128. La revista desapareció y volvió a salir en 1936. Sus directores fueron siempre Alfredo Bianchi y Roberto Giusti.

Nuestra generación tiene otros méritos. Señalaré el de haber perfeccionado —y aun introducido en ciertos géneros—, la técnica literaria” . . .

Carlos Ibarguren, profascista confeso, casi tanto (quizá o menos) como Gálvez: “Nuestros ensueños se disiparon, y los ideales de aquella época están marchitos . . . La obra de esa generación está en bancarrota”.

Julio Noé, reputado crítico: “La Universidad no sirvió sino para hacer ‘doctores’, y éstos se lanzaron a la vida con el más pobre bagaje de ideas generales que es dado concebir . . . Eran también los tiempos felices en que la cultura, casi toda la cultura, se esperaba de Francia, y se podía beber en las colecciones de tres o cuatro editores . . . La política como acción continuada y esfuerzo fervoroso, atraía poco a quienes hacia 1910, tenían veinte o veinticinco años. Si la buena fortuna los había puesto cerca de los jefes políticos, podían esperar de ellos, sin grandes inquietudes, los beneficios ansiados. Si no, érales más conveniente echarse a andar por otros campos. Y así lo aceptaban y así lo hacían . . . *Nuestra generación, por lo demás, ha sido menos renovadora que la de los ‘modernistas’ y menos curiosa que la que nos sigue.*”

Alfredo L. Palacios, a quien nos hemos referido en el capítulo anterior, autor de *El nuevo derecho, La fatiga, Espíritu y técnica en la Universidad*, etc., escribe: “La literatura entonces era un remedo europeo, naturalmente opaco y retardado. *Ni la realidad social, ni el sentimiento argentino, atraían la atención de nuestros escritores, salvo la excepción valiosa de los que, con fervor, cultivaban el acervo de nuestra cultura autóctona, como el franciscano del laicismo Agustín Alvarez y el narrador sincero y punzante que había en Roberto J. Payró*”.

Hasta aquí los testimonios entresacados de *Nosotros*. Un escritor argentino, nacido poco después del 900, Eduar-

do Mallea (1903) escribe: "Los hombres que nacimos en la Argentina después del 900, nos encontramos con que en nuestro país, todo dividía, todo era motivo de división: la cultura dividía, la política dividía, la codicia, el arte, la idea de nacionalismo, la vacua suficiencia individual dividían".⁵

La tarea de unir o integrar, hasta que el comunismo y el fascismo se empeñaron en desunirlos todo, fue obra de varios elementos: la Reforma Universitaria, la lucha contra las dictaduras y el imperialismo agresivo, la oposición a la oligarquía, el afán por la Justicia social. Esa tarea se corporizó en grandes partidos políticos, de los cuales Haya de la Torre y el APRA son los más reconocidos precursores.

LOS MEXICANOS

Corresponde a la "generación del Centenario" (1910), de México, la misión de recoger el mandato neoidealista y antipositivista que Rodó encarnó inicialmente en el Sur, y que se extendió a toda América después. Enrique José Varona (de Cuba), aunque positivista en su inicio, abriría el paso a la misma corriente, a punto de que Rodó le llamó el Próspero de un nuevo Ariel. Comentando aquello, Alfonso Reyes ha descrito aspectos fundamentales de la evolución mexicana desde Gabino Barreda hasta Antonio Caso, pasando por Justo Sierra, egregio desbrozador de ideas: *Entre la vida universitaria y la vida libre de las letras* —dice Reyes— *hubo entonces una trabazón que indica ya, por parte de la llamada 'Generación del Centenario', una preocupación educativa y social. Este solo rasgo la distingue de la literatura anterior, la brillante generación del*

5 EDUARDO MALLEA, *Conocimiento y expresión de la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Sur, 1936, pág. 19.

*Modernismo que —ésa sí— sólo vivió en la torre de marfil. Este rasgo, al mismo tiempo, la relaciona con los anhelos de los estudiantes que, en 1910, resolvieron examinar por su cuenta aquellos extremos que les parecían de urgente consideración.*⁶

La nueva gente reaccionaba contra todas las corrup-telas del porfirismo, incluso contra la “facilidad de palabra” como pasaporte para obtener cargos electivos. En los tomos segundo y tercero —*La Tormenta y El desastre*— de la autobiografía de Vasconcelos, se refieren numerosos episodios al respecto. Pedro Henríquez Ureña, el gran polí-grafo dominicano, animador de la vida intelectual mexicana de entonces, la pinta así: *Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos, a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Léíamos a los griegos que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, la que había quedado relegada a manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte pompier; nuestros compañeros que iban a Europa, no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las Academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en aptitud de des-*

6 ALFONSO REYES, “Pasado inmediato”, en *Sur*, N° 64. Buenos Aires, enero de 1940, pág. 24.

cubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico. ⁷

No se necesita más para explicarse la actuación de Vasconcelos como Ministro fundador del Despacho de Educación mexicana en 1921.

Años después, en 1935, un diario mexicano (¿“El Universal”?), dio cabida a una polémica entre Antonio Caso, mentor de la *Generación del Centenario*, y Vicente Lombardo Toledano, que hablaba en nombre de la de 1920: aquél bergsoniano; éste marxista. En el artículo *Pompa fúnebre de un renegado claudicante*, Caso refiere su gestión al lado de Jesús T. Acevedo, Henríquez Ureña, Ricardo Gómez Robelo, Vasconcelos y Reyes: *Nosotros, al abandonar el positivismo, pensamos acogernos al idealismo hegeliano, a través sobre todo de la obra entonces conocida de Benedetto Croce; por esto, Pedro Henríquez Ureña, refiriéndose a nuestras Conferencias sobre el desarrollo del Positivismo, asentó que buscábamos en el idealismo absoluto, el remedio a nuestra situación filosófica. Pero, bien pronto, las obras de Boutroux, Bergson y James, nos convencieron de que, al lado del Intelectualismo puro, se desarrollaba la filosofía de la Intuición. . .* ⁸ El señor Lombardo Toledano, que tras una actitud de aparente objetivismo, bate el hierro en torno a la conversión conservadora y al estruendo cristianista de Caso, hay una que sirve de mucho para esclarecer la orfandad de la generación del Centenario en México, orfandad análoga a la de Argentina que se ha visto anteriormente.

Lombardo, con increíble humildad, expone su situación de la siguiente manera: *Me he limitado a rehacer mi cultura en silencio, hasta hoy que las circunstancias me*

⁷ PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México*, cit. por Reyes, op. cit., pág. 46.

⁸ Sobre Gómez Robelo, véase: J. VASCONCELOS, *El desastre*, págs. 86-88.

*permiten valorizar en alta voz mi experiencia de alumno. Para satisfacción de don Antonio Caso y de mí mismo, declaro pues, que reniego de lo que recibí como exacto, por contradictorio, por falso en cada una de sus partes, por haber despertado en mí la duda respecto de la veracidad de todos los principios, por haberme inclinado a aceptar en mi adolescencia, una posición infecunda y de pereza mental, la solución espiritualista en los conflictos históricos y la teoría del término medio como definición de la justicia.*⁹

No olvidemos que Lombardo fue seminarista en su adolescencia y actuó después como criptocomunista, desde las oficinas de la CETAL (Confederación de trabajadores de América Latina) y del diario "El Popular".

Escuchemos otros testimonios mexicanos, por ejemplo, el de Vasconcelos: *Creo que nuestra generación tiene derecho a afirmar que se debe a sí misma casi todo su adelanto; no es en la escuela donde hemos podido cultivar lo más alto de nuestro espíritu* (1910). Refuerza Jenaro Fernández Mac Gregor: *Entre nosotros, la acción estaba a punto de perecer, envuelta entre los vendajes del positivismo como una momia faraónica* (1920). Concluye Julio Jiménez Rueda: *Espíritus ambiciosos y juveniles mal se avenían a la cárcel de oro en que los encerraban sus maestros.*

Más adelante, Lombardo Toledano —partidario sin embargo del latín como base de la educación humanística— acusa a Caso de ampararse en la fe para cerrar los ojos a la reforma social y confundir cristianismo con fascismo.¹⁰ Se ve que Lombardo no había leído a Riva-Agüero, ni a Belaunde, ni a Zum Felde, ni a Antuña, ni a Zaldumbide, cuya proclividad totalitaria se confunde con sus tardías conversiones al catolicismo.

9 V. LOMBARDO TOLEDANO, *Escritos filosóficos*, México, 1937, pág. 210.

10 *Entretiens* de la reunión de los P. E. N. Clubes, realizada en Buenos Aires, setiembre de 1936. Palabras de ALFONSO REYES. Edición Buenos Aires, 1937.

Ya diría otro mexicano, Xavier Villaurrutia, de la generación del 20 (puro esteta, eso sí): *El amor a lo decorativo por lo decorativo, que es un vicio de la poesía modernista, no aparece, por fortuna, en la poesía del mexicano López Velarde. Una 'tentativa para alcanzar la expresión lugoniana' le parecen a Antonio Castro Leal ciertos poemas de Ramón López Velarde.*¹¹

¿No es verdad que todo esto define con nítidos caracteres la fisonomía ideológica y formal del Novecentismo?

¹¹ XAVIER VILLAURRUTIA, *Textos y pretextos*, México, 1940. pág. 25.

CAPITULO DECIMO

ESTETICA DEL ARIELISMO (II)

c) LOS PROSISTAS

La prosa del Novecientos, como toda expresión literaria, debe ser considerada desde el punto de vista de la forma y del fondo. Conviene subrayar que, seguramente, la prosa tanto o más que el verso retrata a aquella gente. Si Darío y sus discípulos encarnan aparentemente con sus poemas la esencia misma del Modernismo y sus continuadores, si juzgamos con cuidado caeremos en la cuenta de que la prosa de Darío, Nervo, Gómez Carrillo, Ventura García Calderón, Díaz Rodríguez, Barrios, Prado, Reyles, Reyes, Zaldumbide, Rodríguez Mendoza, González Martínez, Arévalo Martínez, Masferrer, Larreta y —*last but not least*— Vargas Vila, posee un encanto único, y menos imitable que el verso. Los cuentos de esa generación no tienen par en el idioma; en cambio, las poesías, sí.

Desde el punto de vista del fondo o “temario”, habría que considerar la actitud de los Novecentistas frente al tiempo, a Dios, a la sociedad y al hombre. En cuanto a la forma, nadie negará que la economía de palabras, caracte-

rística de aquella promoción, no va en mengua, sino al revés, de su afición al ornamento.

Así, respecto al tema del *tiempo*, los prosistas del Novecientos optaron generalmente por el Virreinato, es decir, por España. Larreta, al pintar la vida de un hidalgo bajo Felipe II, en *La Gloria de don Ramiro*, no hace sino magnificar lo que, envuelto de ironías, había presentado Ricardo Palma cuarenta años antes. Emilio Rodríguez Mendoza, no obstante de pertenecer a un país en donde el Coloniaje fue tan pobre, se solaza describiendo aquella época y sus pintorescos episodios en las adobadísimas páginas de *Santa Colonia*. Cuando Clemente Palma, hijo del tradicionista, ensaya la novela, también describe el virreinato en la inconclusa relación casi picaresca *La nieta del Oidor*. Desde luego, los casos de Perú, México y Guatemala deben ser puestos aparte, por cuanto la riqueza de Virreinato y Audiencia fue allí extremada. Por tanto, a nadie sorprenda el regusto con que escritores de todas las épocas, se deleitaron pintando escenas de los siglos XVI a XVII, cual se ve en el general Vicente Riva Palacio, en don José Milla y Vidaurre, don Emilio Gutiérrez de Quintanilla, etc. No varió mucho tal predilección con el Modernismo. Gente de indudable estilo contemporáneo (por ejemplo, Genaro Estrada), que se mofaba de la "hora del habedes" y de la "fabla", se rinden al embrujo colonial, en *Visionario de la Nueva España* y en los donosos contrastes del anticuario Pedro Galindo, más conocido como *Pero Galin*. Los prosadores del Novecientos, en Ecuador, caen en lo mismo: para ello sígase la pista de José Gabriel Navarro, crítico de arte; Cristóbal de Gangotena y Jijón (*Al margen de la historia*), genealogista y evocador amenísimo; en Chile, la de Aurelio Díaz Meza (*Episodios*) y a ratos Sady Zañartu y Magdalena Petit (*La sombra del corregidor; La Quintrala*). Pese al afrancesamiento modernista, el virreinato español seguía ejerciendo evidente influencia sobre los es-

critores imaginativos. Acaso porque pusieron en un mismo pie a la Francia de los Luises y a la América de los Virreyes, a la Perricholi y la Pompadour, etc.

La afición al pasado abarca otros campos. Siguiendo tras Pierre Louys, se remontará a Sibaris y Bizancio con novelistas como Tulio Cestero, Pedro César Dominici, y, hasta en lo presente, planteará el duelo entre la segunda y tercera generaciones republicanas con las últimas del coloniaje. Tal se advierte en *Idolos Rotos* y *Sangre Patricia* de Díaz Rodríguez; *Casa Solariega* de Armando Chirveches; *Vida criolla* de Alcides Arguedas; *En la sangre* de Eugenio Cambaceres; *El hombre de oro*, de Blanco Fombona, que pinta la tragedia del burócrata bajo la autocracia, etc. En Venezuela, Pedro Emilio Coll escribe dos cuentos magistrales, que figuran en *El Castillo de Elsinor*: los titulados "Opponax" y "Diente Roto". Revélanse ahí dos notas adicionales del temple literario del Novecientos: la sutil indagación psicológica y la deificación de París.

Coll presenta en *Diente Roto* a una especie de "Pacheco" criollo: mientras éste acrece en importancia a medida que calla, el héroe de Coll disminuye su personalidad a consecuencia de un diente roto, que afea su risa. De ahí sus largos silencios y su dilatada seriedad. Le nace la fama de talentoso como resultado de tal defecto. En otro pasaje Coll se manifiesta como es: escéptico, antidemocrático, admirador de las personalidades fuertes. Oigámosle: *Las leyes no sirven sino para la orientación de los grandes rebaños sociales conducidos por unos cuantos pastores.*¹ Encarándose a Renán, le dice: *Maestro, sálvame.* La efigie del maestro le responde: *¿Por qué me llamas Maestro? ¿Qué te he enseñado?* Coll adora París. Mas, en contacto con su realidad, escribe melancólicamente: *Lo peor es que*

1 P. E. COLL, *El Castillo de Elsinor*, Madrid, Bib. Andrés Bello, (1916), pág. 17.

*este París 'de carne y hueso' desvanece día por día mi otra ciudad interior, fantástica y divina, que me empeño en evocar y que miro ya hundirse en el horizonte del recuerdo. Pronto, la noche del olvido caerá sobre la etérea ciudad de mi adolescencia, a donde no podré ir en romántico peregrinaje*²: Páginas más adelante agrega esto que es realmente muy significativo: *En mi concepto, los simbolistas franceses han ejercido poca o ninguna influencia en América, donde son casi desconocidos; lo que se llama 'decadentismo' entre nosotros no es quizás sino el romanticismo exacerbado por las imaginaciones americanas* (p. 60). Este concepto, reproducido en parte ahora por Juan Ramón Jiménez (quien afirma que el Modernismo se basó en el Parnasianismo, y que el Simbolismo lo importaron a España él y Machado), coincide más con el de Onís que con el de Argüello, Díaz Rodríguez y Goldberg. Debemos reconocer que sin Gómez Carrillo, los Machado, Jiménez, Diez Canedo y Marquina, el simbolismo habría sido una incógnita en nuestro Continente. Bastará recordar las traducciones de los más de éstos, así como algunos hechos aparentemente sin importancia como el de que Darío consagrara en *Los Raros* tan persistente atención a Verlaine y Poe, y destacara que Lautréamont había nacido en el Uruguay.

No obstante la tendencia al decorado (recuérdese la citada frase de Xavier Villaurrutia), característica de los novecentistas, es visible que no logran romper del todo con el romanticismo ni con el naturalismo. Todo lo cual podría tener relación con el ambiente europeísta que rodeó a aquella gente, al punto de que un hombre tan de avanzada y tan americano como Emilio Frugoni, dirá: *Debe (América) europeizarse, sin europeizarse demasiado... En vez de una cultura de América —con cosas exclusivamente de América— debemos desear una cultura para América que*

2 COLL, *ibid*, pág. 35.

*no excluya las cosas de América*³, lo cual puede inducir a confusión, tal como ciertos escritores de hoy pretenden que la revaluación de lo indígena se identifica con un movimiento de repudio total sin concesiones a España, a pesar de que son, precisamente, ellos, los hispanistas, quienes niegan sistemática y absolutamente la visible e inevitable presencia de lo indígena en nuestra vida actual.

A despecho de lo anterior, el Novecentismo produce, las más claras vertientes criollas, integralistas, como las representadas por Eustasio Rivera (1889-1928) y Rómulo Gallegos (1884).⁴ La prosa de uno y otro es cristalina, pero repujada; sus temas mestizos y pictóricos. El preámbulo de *La Vorágine* tiene semejanzas con el de *María* de Isaacs, y su deleite verbal acusa el contacto con los estetas del 900; la descripción del llano en *Doña Bárbara* y la presentación de *Pobre Negro* están escritas en una prosa vibrante, poética como la de *Música Bárbara* de Díaz Rodríguez. Pero, desde luego; la intención es otra, los respuntes sociales dan a la obra de Rivera y Gallegos —como a la de Azuela, otro novecentista— un tono diverso, que las entronca con sus sucesores.

En los libros del Novecientos, rara vez asoma Dios. Salvo en Nervo y a ratos Darío, Dios es un hombre, más que un Ser Supremo; se identifica con el Todo, en una curiosa especie de panteísmo cristiano, muy propio de aquella época solicitada por el naciente empuje de Oriente y sujeta por el grillete europeo. Al cabo de agudas crisis sensoriales, Dios acude a consolar los excesos del poeta: es el Dios de *Sagesse*, por cierto.

Cuanto al problema social, excepto en unos pocos

3 EMILIO FRUGONI, *La sensibilidad americana*, Montevideo, 1929, págs. 25 y 47.

4 JOSÉ EUSTASIO RIVERA, (1889-1928), *La Vorágine*, Nueva York, 1928. RÓMULO GALLEGOS, (1884), *Obras completas*, Habana; Lex, 1949.

(Rivera, Gallegos, y de muy tenue modo Güiraldes), pasa casi inadvertido en los novecentistas. El drama político, sí. Las novelas denuncias de Pocáterra, Blanco Fombona, Cestero, Morantes, Reyes, y tantos más, escapan al gusto modernista, aunque caigan dentro de su órbita cronológica. Sin embargo, no es mucho. Predomina la tendencia a investigar al hombre, a descubrir su alma, a deleitarse con sus expresiones, tanto es así que, en esa actitud se confunden Larreta (en *Zogoibi*), Güiraldes (en *Don Segundo Sombra*) y, muy apartados de esto y de aquello, el magnífico y singular Rafael Arévalo Martínez (*El hombre que parecía un caballo*): este último, sin duda, el más original de los novelistas psicologistas y fantásticos. Que, sin duda —y debemos decirlo— constituye uno de los aportes principales del Modernismo a la literatura, la atención hacia la psicología de autor y personajes, la abolición de la simplicidad espiritual, la admisión de que somos uno y vario, diversos y el mismo (singularmente visible en Nervo, Reyes, Díaz Rodríguez, Ventura García Calderón). De ahí, el anacronismo de Vargas Vila: si bien su prosa se alumbra de metáforas y se somete a la melodía modernista, sus temas y sus protagonistas adolecen de una simpleza impropia del Novecientos.

La forma modernista adquiere en la prosa indudable elegancia. Los cronistas (Darío, Gómez Carrillo, V. García Calderón, J. J. de Soiza Reilly, etc.) la manejan con inusitada gracia. La hacen ágil y melodiosa. El idioma se puebla de útiles neologismos. No sólo el francés, sino el latín, el griego, el italiano y el inglés proporcionan nuevos elementos. “Falenas”, “maganta”, “obsoleto”, “bulbules”, “papemor”, “olvidanzas”, “tristías”, vienen a imprimir novedad a la lengua, cuya riqueza metafórica no se limita a “ninfa”, “nieve”, “cisne”, “laca”, “reseda”, “raso”, ni a la mera verbalización de adjetivos.

Reina un evidente amor a la expresión musical. Lo mismo en prosa que en verso. Se buscan también giros es-

tatuarios. Un reportaje de Soiza Reilly a D'Annunzio, termina más o menos de la siguiente manera: "Y por no tener el honor de darle un puntapié, me despedí enseguida". Los libros de Vargas Vila y Soiza Reilly abren el apetito a los degustadores de frases cinceladas. José Lora y Lora dirá, en 1907, en su primer y último libro, algo así: "He aquí el diseño de un proyecto mío: —el plinto, un giro de González Prada—; la estatua, un verso de Rubén Darío".⁵ El ensamble es singular y certero. La prosa de Prada puede figurar, sin duda, entre las más repujadas y firmes de su tiempo; el verso de Rubén, entre los más gráciles. De parnasiano a parnasiano se enhebra un modo único de expresarse, un estilo inimitable. Dígase lo que se diga, a partir del Novecientos, la prosa americana adquiere mayor sentido del ritmo, amor a la música, gallardía y belleza.

d) PEQUEÑO TESTIMONIO DEL AUTOR

Toda época contiene elementos éticos y estéticos, desganados y entusiastas, descreídos y creyentes, sacrificados y gozadores; pero, si tal heterogeneidad resulta indispensable para el humano progreso, en cada período predomina uno u otro elemento. De ello depende el tono —o "temple"— de cada época. Por lo común, lo ahora minoritario resulta mayoritario mañana, y viceversa. Por eso, bueno será dejar en claro que el acento estético es característico de la generación del Novecientos, no fue ni es exclusivo de ella: persiste, sectoral o fragmentariamente, hoy. Si se quiere un ejemplo insobornable de la fusión de ambos factores, no vacilaría en mencionar a Héctor Ripa Alberdi.⁶

5 JOSÉ E. LORA (Y LORA), *Anunciación*, París, Garnier, 1907, prólogo de V. GARCÍA CALDERÓN y Carta-prólogo de Vargas Vila.

6 RIPA ALBERDI (1897-1923) fue uno de los conductores de la Reforma Universitaria argentina, delicado poeta, fino prosador, clara mente pensante. Sus *Obras* divididas en dos tomos: (I, Prosa; II, Poesía) se editaron en La Plata, 1925.

En la inauguración del Colegio Novecentista de La Plata, en 1919, Ripa Alberdi pronunció un discurso que explica y justifica el idealismo de su tiempo, y aclara la razón por la que *Ariel* fue y es una lección inmarcesible. Poniendo a la belleza por sobre toda preocupación humana, llega a encomiar a De Quincey, el autor de *El asesinato como una de las bellas artes*. ¿Cabe tal actitud con la de nuestro tiempo? ¿No provocaría censura y rechazo? Y, sin embargo, Ripa Alberdi fue un protagonista de nuestra misma lucha, entendió los problemas de ahora como pocos, pertenecía a la generación de 1920; mas, a la vez, en él concurrían elementos de otra edad, rezagos arielistas, manifestados en su predilección por el *bel decir* y hasta en cierto goce sensual en combinar palabras. Se sobrepuso la actitud ética. Las notables palabras pronunciadas por él en el Congreso Internacional de Estudiantes, celebrado en México, 1921,⁷ sintetizan su posición estética y social. *Hoy tenemos una ética para nuestra voluntad y una estética para nuestra fantasía. La falta de lo primero había hecho perder a los hombres del Ochocientos el carácter y la nobleza: el carácter para imponer la propia voluntad; la nobleza, para llevar a la acción la integridad del pensamiento. O bien olvidaban la convicción, porque la convicción era un obstáculo para la vida, o bien olvidaban la vida para sustentar una convicción. Cuando lo propio de un hombre total es infundir la convicción a la vida, darle a la una calor de espíritu, y a la otra, fortaleza de realidad.*

No se dan tan fácilmente actitudes así. Alfonso Reyes, nacido ocho años después que Ripa Alberdi, regresa a la inquietud colectiva, de que partiera, después de una larga y azarosa navegación por los meandros de la literatura nueva, yendo y viniendo de Gracián a Proust, de Góngora a

⁷ GABRIEL DEL MAZO, *La Reforma Universitaria*, T. II, pág. 92. La Plata, 1941.

Mallarmé, de Goethe a García Lorca, de Alarcón a Valéry. Pero, en Ripa Alberdi ocurre otra cosa. No se aparta un solo instante de su fuente rodoniana, en la más noble y alta acepción del vocablo, ni de su finalidad reformista o revolucionaria, en su más constructivo modo. En otro campo, Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes, Porfirio Barba Jacob, —y más tarde, Germán Arciniegas, Mariano Picón Salas— ahorman lo uno y lo otro, mantienen la pureza de intención y la armonía de la forma. ¿Podría afirmarse que la inquietud social está reñida con la emoción literaria? ¿Habría necesariamente una relación de dependencia o causalidad entre lo apostólico y lo feo? Si en los escritores más representativos de 1920 —tales Vallejo, Borges, Neruda, N. Guillén, Carrera Andrade, el ya clásico López Velarde y Gorostiza— se asiste al conmovedor espectáculo de una perfecta simbiosis entre la angustia del sentimiento y la singular belleza de forma, ¿por qué repudiar las excelencias verbales a fardo cerrado? ¿No es Herrera y Reissig, uno de los nuestros? ¿No sentimos acaso a Abraham Valdelomar como un personaje de nuestros días, cuyas inquietudes formales y de fondo, cuyos temas y cuyos giros nos pertenecen? ¿No advertimos que ahora, en vez de partir nosotros en busca de lo criollo, es lo criollo lo que viene en procura nuestra?

La nueva prosa es menos oronda, cierto. El verso, más ceñido y parco. Pero, ¿es que sólo hay belleza en las rojizas carnosidades pintadas por Rubens, y no en las enjutas figuras de Gauguin? El que los muslos sean hoy “de pez” y los senos “de cristal”, y ayer fuesen de mármol y nieve, no quita que sigan siendo seno y muslo, y que por sus venas circule la vida.

Uno de los indudables prestigios de José Carlos Mariátegui (1894-1930) consistió en su prosa ágil, plástica, deportiva, mezcla de rezagos modernistas y de anuncios vanguardistas: las lagunas de su pensamiento se rellenan con

los aciertos de su estilo. Lo que en Haya de la Torre fue, hasta hace poco, nada más que directa y manifiesta intención de “decir cosas” y “enseñar diciendo y haciendo”, fue en Mariátegui, a falta de “tantas cosas que decir”, modo eminente de decirlas. En la madurez, Haya, en un evidente retorno a los clásicos de la literatura, limpia su expresión y la enaltece, convirtiendo su mensaje en doblemente persuasivo; por contenido y forma. ¿No se diría lo propio de Rodó, de Vaz Ferreira, de Torres, de Vasconcelos, de Masferrer, de López de Mesa, en quienes se dan cita ambos extremos: el *cómo* y el *qué*?

Situados en el eje de las dos generaciones; adolescentes del 14; jóvenes del 18; hombres del 30; adultos del 39 ¿sería acaso traición al mensaje de un tiempo aterido de problemas y dudas, tratar de vestir mejor lo que se pensó bien? ¿Habría, por suerte, que renegar de *Ariel* sólo porque estuvo bien escrito, cuando lo detestable consiste en que haya quienes se parapeten tras de su belleza expresiva para tratar de abrir paso a un feísimo contrabando de renunciados y claudicaciones?

Con el Novecientos hace un nuevo estilo vitalizado, y, como todo lo que amanece, balbuceante e indeciso. Pero eso escapa a nuestro fin. Nos basta dentro de él recordar que la estética del Novecientos fue, como corresponde a su origen, entroncada con el Modernismo, decorativa, musical, plástica, más atendida al aspecto exterior que al impulso interno. Comienzan a ser comprendidos valores que ayer se negaban: Gauguin, entre ellos, y Kierkegaard, y Novalis. Aunque, a través del futurismo, la estética de lo vistoso y externo halle modo de perdurar, en realidad la preocupación artística de la gente nueva tenderá a lo simple, a lo significativo, a lo conciso, poniéndose así fin a la *kermesse* del fin-de-siglo, entregándose a dramática perplejidad en medio del laberinto de buscar un derrotero.

CAPITULO UNDECIMO

RELIGIOSOS, CONVERSOS Y CALCULADORES

“Y edades no hay más que tres:
La edad en que se dice: Todavía no
puedo. La edad en que se puede sin
decir. La edad en que se dice: Ya
no puedo”.

RICARDO GÜIRALDES, *Poemas solitarios*, (Poema firmado en febrero de 1921. Libro editado póstumamente en 1928, Buenos Aires.)

Características de los novecentistas son el racionalismo, la sumisión jerárquica (siempre que los demás sean los que obedezcan), un liberalismo formal, y cierto elegante escepticismo. Renán no es buen forjador de dogmas. Nietzsche huye de Cristo y se refugia en el Superhombre. Si lo definitivo de toda herejía reside en el culto a la inteligencia y al individualismo (*Castelio contra Calvino*), ninguna generación más herética que la del Novecientos. Si la tolerancia es fruto del *confort*, nadie más tolerante y, por tanto, menos dogmático que los novecentistas. Si el confort conduce al sibaritismo y éste, por la vía de la sensualidad, al materialismo, jamás hubo grupo humano más dispuesto al mate-

rialismo que el del Novecientos. Sin embargo, a los cincuenta, gran parte de los novecentistas aparecen como una promoción católica, liberal en lo ético y, a contrapelo, autoritaria en política, como ciertos liberales criollos del 1840. En tiempo de mística, como los de ahora, se muestran dogmáticos. La mística, que es fuerza centrífuga, es reemplazada —en ellos— por una fuerza centrípeta, de la liturgia hacia la fe.

Entre 1900 y 1914 casi todos los corifeos de *Ariel* (no Rodó, gran sacrificio), se ufanaron de aparecer como campeones del escepticismo. Bajo la heterodoxa égida de Renán se mostraron tolerantes para con toda idea y desdeñosos para la ortodoxia. Rodó había recalcado su adhesión a Cristo: no tanto a Roma.

Los mentores de la América de entonces se muestran a veces cristianos, no siempre católicos. Discípulos de González Prada, Lastarria, Barreda, Montalvo y los grandes laicos del continente, muchos no parecen dispuestos a admitir la férula de la Iglesia. Vallenilla Lanz sonrío sardónicamente de Roma. La liturgia sibarita desagrada a Pedro Emilio Coll. Nervo resulta un singular creyente, que mezcla a su cristianismo, ingredientes indostanos. El hinduismo influye también en Vasconcelos. Entre “un Santo Cristo y una pistola”, clamando por el “erial” que mostró Kempis, Nervo ora y blasfema. Vasconcelos, como hemos visto, se alza juvenil ante la vorágine de las pasiones, y, desde la altura de la posible serenidad de su 1936, afirma impenitentemente que volvería a saborear los placeres del París de 1913, si le fuera dado regustarlos.

Por otra parte, la vida que llevaron los principales novecentistas no es la más apta para un cenobio. La placidez aleja de la Cartuja. La “vida ascética” —Carlos Arturo Torres lo advertía— pugna con la “vida estética”: y el novecientos fue un movimiento predominantemente estético. Darío balbucea plegarias en sus postrimeros poemas,

mucho después de la embriaguez de *Prosas Profanas*. El eremita literario de los últimos días no ha roto, sin embargo, sus ligaduras con la carne ni con el pagano amor. Pero, de repente, surge la crisis. ¿En dónde?

He aquí otro elemento importante. La crisis de 1914-1920 fue ante todo europea. La guerra dejó, como secuela, desesperación y angustia. En el fondo de las trincheras, el individuo desconcertado acudió al auxilio ultraterreno. Pero, al terminar el conflicto, se encontró con un mundo en crisis. Hambre, desorganización, ruptura de la jerarquía, "orden nuevo". Mauricio Barrés publicó por aquellos años un libro documental titulado *Las diversas familias espirituales de Francia*, en el que reúne cartas del frente, ordenadas según fueran sus suscritores católicos, protestantes, judíos o ateos. De ella surge una conclusión: Francia tendía a la religiosidad como consecuencia de la guerra. Sólo un empecinado pudo no advertir el renacimiento católico a causa de la necesidad de orden y fe. En el naufragio de principios, precipitado por la guerra, el primer "dogma" herido fue el del esceptismo racionalista fin de siglo, un dogma al revés. Rusia cayó en brazos de la mística social y de la religión marxista. Los pueblos que, como Alemania, mantuvieron, en plena crisis, cierta dosis de clarividencia y racionalismo, fueron en el momento de la catástrofe los menos videntes y los menos racionales. A la social-democracia alemana le faltó fe. Si la social-democracia, en vez de discutir tanto sobre cuestiones teóricas y especulativas, acepta el comando de otras fuerzas oscuras pero potentes, la hora de Weimar no habría pasado en Alemania. Hitler representa el clamor de ese sentimiento exasperado, la "desesperación organizada", según frase de Haya de la Torre.¹ Mística retardataria y bárbara, pero que, en un momento

¹ HAYA DE LA TORRE, *Excombatientes y desocupados*, Santiago, Ercilla, 1936.

de desesperanza, demostró la vigencia de la pasión por sobre el racionalismo.

Mas, aquello afectaba a Europa. En América la crisis de la guerra, significó temporal holgura. Mientras nuestros productos alcanzaron altas cotizaciones, en Europa crecían las colas de cesantes y desmovilizados. Nuestros presupuestos se inflaban al par que los europeos decrecían. Sin embargo, se nos transmitió el virus de la desesperación y del "religiosismo" inevitable allá, en un continente deshecho.

La tendencia hacia la religión entre 1920 y 1927 fue en América postiza. Quizá por eso, la promoción novecentista, al reducir su escepticismo en materia religiosa, aumentó su autoritarismo en política.

La verdadera crisis social, precursora de un desgarramiento humano con resonancia eclesiástica, ocurrió entre nosotros hacia 1929. Los últimos años, en cambio, se distinguen por cierta desorbitación interior, jamás idéntica a la de Europa. Los directores espirituales y políticos del Viejo Mundo se han visto obligados a revisar ajenos y propios idearios. Al revés, la actual crisis de América, iniciada en 1930, ha elevado al gobierno a muchos hombres del Novecientos. Los novecentistas experimentaban, pues, angustias quizá más imaginarias que reales. . . . El temor a perder su seguridad, el miedo al futuro, el espanto a verse privados de su placidez, aunque no de la vida, precipitó a muchos a someterse a uno de los requisitos de todo "liberal" clásico de América: tolerante en religión y autoritario en política. Puede ser que ello sea sólo vejez. Mas el problema de la vocación individual, tan escudriñado por Rodó, el individualismo que ello significa y la afición cabalgante por la jerarquía, primaron en definitiva sobre el barniz de escepticismo religioso y político. Numerosos novecentistas, discípulos de Renán, se convirtieron en terribles dogmáticos. Es posible que el temor a perder sus prebendas engendrara su irascibilidad. Sentimiento interesado y alusivo; no desin-

teresado y trascendente como debiera ser. Por eso, en lugar de partir de una fe para, después de la liturgia, encallar en el dogma, partieron del dogma y se han refugiado en la liturgia, reemplazando la fe religiosa por el pánico social. Empleando el lenguaje de Carlos Arturo Torres, o sea el de los "idola" de Bacon, nos hallamos ante una nueva *Idola Fori* al encarar la discutible religiosidad de los novecentistas, cuyas exteriorizaciones suelen parecer mitines políticos más que reuniones espirituales, remedo de Cruzadas para conquistar no ya el Santo Sepulcro, sino, en muchos casos del Poder², al margen de los fervorosos creyentes de veras, que no siempre logran distinguir la paja del trigo.

Cuando predomina la conveniencia individual, se explican ciertos casos de contradicción disimulados bajo un aparente dogmatismo religioso. El movimiento fascista surgió como una tendencia idolátrica del Estado sin relación con el Vaticano. Mussolini atacó a los masones porque cobijaban en sus Logias el viejo espíritu carbonario y demoliberal; necesitaba destruirlos para gobernar él sin temores. La Iglesia fue buscada sólo cuando se hizo necesario apuntalar la permanencia del Duce sobre bases que no eran ya las iniciales del fascismo. Pero, desde antes, muchos novecentistas manifestáronse cultores de la fuerza, ciegos devotos de la jerarquía política del Estado, sin reparar si ella disminuía la autoridad eclesiástica.

El movimiento nazi alemán persiguió a la Iglesia Católica y a la Evangélica. El odio racial significa un ataque a las bases del cristianismo. Fue, por excelencia, anticristiano y, en realidad, ateista, ya que atacó furiosamente al mosaísmo hebreo que es anticristiano. Sin embargo, un considerable sector novecentista, que representa a esa promoción en la jefatura del Estado, pretende la imposible paridad de la autocracia totalitaria hitleriana con una su-

2 Véase mi libro *¿Existe América Latina?* (México, Fondo de Cultura Económica, 1945) donde explano estos conceptos.

puesta catolicidad, hecho visible cuando la guerra de España. Su desdén por la masa es temor a la democracia, a la que algunos de ellos suelen apellidar “oclocracia”. Su fervor por la “disciplina” y el “orden”, se opone a la “inteligencia”, el “espíritu”, la “razón” y la “fraternidad” cristianas. El recogimiento vistoso con ocasión de los Congresos Eucarísticos, no está de acuerdo con la implacable saña con que muchos connotados novecentistas persiguen a sus adversarios políticos o ideológicos. Por eso, más que católicos, éstos suelen parecer musulmanes: como los descendientes de Mahoma, subordinan la idea religiosa a la idea política, y se valen de aquélla como pretexto para predicar la “guerra santa”. Si la filosofía fue considerada en la Edad Media como la *ancilla theologicæ*, la religión ha pasado a ser en manos de muchos novecentistas una *ancilla politicæ*, en pugna con los principios fundamentales de la Iglesia.

Y no es que la religión en sí haya perdido su importancia. Al contrario. Pero su autenticidad está con frecuencia en razón inversa al poder y a la riqueza. Nunca fue la comodidad el terreno más propicio al cristianismo. A menudo le cerró el paso. Y cuando los promotores de la “angustia espiritual” disfrutaban de sospechosa plenitud material, su religiosidad se resquebraja. ¿Desde cuándo, si no, el repleto sintió hambre? La religión es consuelo de dolientes, refugio de oprimidos sin esperanza terrena; ayuda de contritos; fortaleza de agonistas; nunca espejo de arrogancia.

Creo indispensable advertir que no me refiero aquí a la religión en sí: me limitó a la religiosidad de una época. En consecuencia, la “religión” a que aludo ahora es la religión tal como la practican y ostentan los “profesores de idealismo”, algunos de los cuales se jactan de representar a la fe católica, después de haberse declarado laicistas, escépticos y ateos. Eso es todo.

La religiosidad de los novecentistas se inicia miméticamente, al par que la de Europa. Sólo que allá ardió al alma

sedienta a raíz de la crisis de la postguerra: aquí, tras el auge también de la postguerra: nueva prueba de la actitud gregaria de nuestra "intelligentzia". Después de 1929, al producirse la bancarrota, el novecentismo esperó... esperó lo suficiente para copar el poder público en casi todos los países en donde no lo detentaba ya. Una vez adquirido o recuperado ese poder, se lanzó a pregonar una angustia que no se fundaba en gran parte sino en el miedo a perder el confort. Identificó la angustia del mundo europeo, anheloso de rumbo, con el miedo criollo a cualquier renovación.

El renacimiento católico americano, desprovisto de las poderosas fuentes de dolor que conmovieron a Europa, ha nacido, por eso, con sospechosas máculas materialistas. Algunos centros de educación, no siempre mantuvieron su papel docente, sino que, en determinados casos, asumieron actitudes belicosas contra la educación del Estado, convirtiéndose en factores de intolerancia y, lo que es más grave, en reductos oligárquicos y políticos para cubrir los efectos de ciertas arbitrarias clausuras de centros laicos. El interés de mantener el criterio de autoridad —*de cualquier autoridad*— alentó los impulsos aparentemente religiosos de numerosos líderes novecentistas. Claro que hay numerosos, numerosísimos creyentes auténticos, pero, a menudo, el "profesor de idealismo" se ampara tras aquella fe con objetivos inmediatos y terrenos. Mucho novecentista arrepentido se refugió en la Iglesia cuando temió perder su confort a causa de los movimientos sociales. Y el miedo, hasta hoy, no ha sido consejero leal.

En esta súbita religiosidad, se advierte idolatría de la inercia, del orden, cualquiera que sea, y de la autoridad sin discutir su origen; espanto ante toda renovación democrática; desconfianza en el *demos*; interés en conservar posiciones; susto de perder el comando. Mucho "idealista", sabedor de que el catolicismo es una organización poderosa, decidió utilizarla como trinchera y catapulta; como disfraz.

Por miedo, muchos liberales de ayer, han caído en la intolerancia. Egoísmo de intelectuales. Individualismo exacerbado. Nietzscheanismo por encima de toda consideración humana y ultrahumana.

El tránsito de la liturgia a la fe —y no al contrario— es, por sí solo, una confirmación del estetismo (y el decadentismo) predominantes en el Novecientos.

Hay un aleccionante caso personal: el de Joris-Karl Huysmans: su conversión empezó en la liturgia, en la belleza del rito, no al revés.

Pues, la tardía y contrahecha fe del burócrata Huysmans³ se parece a la “fe” interesada y estetista de los burócratas del Estado en la América postnovecentista. También ellos gozaron de seguridad material, mediana o mucha, y no experimentaron crispaciones ni agonías. Llegaron a la religión por la vía de la belleza y del interés: sensualidad y sensualidad. Por eso, lejos de robustecer, debilitan la fe de los humildes. Sus Congresos han tratado de crear partidos políticos católicos o han permitido que un autócrata reciba la hostia de pie, no de rodillas (Luis de Francia era rey y se hinojaba). En Medellín tuvo rozamientos con el liberalismo colombiano. En Lima, recomendó la toma del gobierno por el clan conservador y pretendió aprovechar la oportunidad para constituir un Partido Católico. En Argentina, muchos de los promotores del Congreso encabezan agrupaciones de tendencia retardatario-fascista. Evidentemente no fue nada de eso lo que movió a las masas católicas en tales Congresos ni lo que dirige a la Iglesia: el entonces Cardenal Pacelli, hoy Papa⁴, está muy por encima de tales idólatras. De ahí la difundida desconfianza que existe sobre esas manifestaciones decorativas.

* * *

3 J. K. HUYSMANS, *L'oblat*; cfr: *Au rebours* y *La-bas*, así como *Sainte Liduvine*, del mismo autor.

4 Se refiere a Pío XII, que era Papa cuando se publicó este libro.

Estos juicios, por objetivos que traten de ser, resultan siempre recusables. Preferible es que hablen los propios arielistas sobre tema tan arduo:

El doctor John A. Mackay, de las misiones presbiterianas escocesas, doctor en Filosofía y Letras de la Universidad de San Marcos de Lima, ex editor de "Mercurio Peruano" y colega de los arielistas limeños, argentinos, mexicanos y algunos chilenos, sintetiza en su libro *The Other Spanish Christ* (1933), dichas inquietudes, a lo que agrega nuevas consideraciones en otra obra: *That Other America* (1935) ⁵. Desde luego no es el único testimonio, ni el más autorizado por su filiación.

Ya, desde el siglo XVII, durante el Virreinato, el francés Frezier apuntaba que la religiosidad americana era más litúrgica que íntima. El panorama no ha variado. La religiosidad súbita y tardía de algunos arielistas guarda, con respecto a la conducta y a la expresión de sus mantenedores, parecida armonía a la de Enrique VIII de Inglaterra con la monogamia.

Francisco García Calderón, en su artículo "La restauración católica" inserto en el libro *Ideologías*, escribe que "el catolicismo americano se ha convertido en una fórmula social y en un rito elegante", y que "prácticas parasitarias" reemplazan a las "creencias tradicionales". Alberto Cabero, en *Chile y los chilenos*, advierte que, en su país, la gente va a la Iglesia "por costumbre" ⁶. Juan B. Terán, católico, ex rector de la Universidad de Tucumán, en el capítulo "La irreligiosidad de América" del libro *La salud de la América española*, observa que para las clases altas, la religión es "asunto de mujeres" (1927). El propio Francisco García Calderón reitera, en *La creación de un continente*

⁵ Hay edición en castellano, México, 1952.

⁶ A. CABERO, *Chile y los chilenos*, Santiago, págs. 375 y 376.

(1912), dudas acerca de la autenticidad del sentimiento religioso americano. Carlos Octavio Bunge, el maestro argentino, apunta en *Nuestra América* que “el catolicismo hispano es anticristiano y anticatólico” Alberto Zum Felde, al prologar *Dioses en cadenas* de Jinarajadassa (Montevideo, 1927), expresa su fe esteticista en una religión esotérica antes que en el catolicismo tan de capa caída en el Uruguay de Batlle y Ordóñez. Unamuno refiere que un reputado escritor sudamericano le decía en cierta ocasión: “Yo soy católico, pero no cristiano”⁷. José Gálvez, autor de la “Canción de los Estudiantes” expresa en un documento citado en inglés por Mackay:⁸ “Creo que González Prada, a quien admiré mucho, contribuyó por medio de sus escritos irreligiosos, a hacer de mí un radical. Fui ateo. No sonrías. Fui algo así como un frailófobo. Pero, después mi alma reaccionó. Comencé como un adolescente a contemplar mucho el cielo, a mirarlo libre de una gran preocupación astronómica. Lo miraba con religiosa, casi con mística preocupación. . . Sentí la necesidad de creer y creí en un poder supremo; en una fuerza que está dentro y fuera de mí, pero todavía no se ha constituido definitivamente dentro de mí la religión que necesito. Creo en su necesidad para cada cual, sin excepción, y creo que mi espíritu es, en fin, verdaderamente cristiano. Nunca alcanzó al hombre su grandeza más alta y profunda que cuando apareció el cristianismo. En mi manera de pensar, es el cristianismo el que ha transformado a la humanidad total o parcialmente. Yo soy un cristiano a mi manera, y creo vivir dentro del criterio esencial de la ideología, del sentimiento y de las normas del cristianismo, pero no me siento capaz de volver a sus ritos”.

7 UNAMUNO, *Ensayos*, VII, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1920.

8 MACKAY, *The other Spanish Christ*, N. York, Mac Millan, 1933, pág. 175.

Gálvez planteaba un cristianismo “a su manera”, es decir, heterodoxo, individualista. Hay otros arielistas que también profesan una religiosidad “a su manera” y hasta un rito “a su entender”.

Pero esto no es todo. La neorreligiosidad de América, alentada por esta promoción inteligente educada en la tolerancia y el liberalismo, no se destaca por su comprensión. Tengo algunas experiencias personales. En 1929, una sociedad “cultural”, conservadora y aristocrática del Perú, deshizo un compromiso de conferencias de Waldo Frank en su sala porque advirtió que era judío y porque el gran escritor había dicho que los niños no son inocentes como los ángeles, sino llenos de instintos demoníacos que la civilización doma. Ese mismo ambiente cerró la entrada del Perú al conde de Keyserling. En Argentina, Keyserling sufrió ataques constantes de ese sector. Se explica: el año de 1936, en Buenos Aires, el sereno y erudito historiador y periodista E. Morales me refería, con espanto, que su amigo, el novelista católico M. Gálvez le había dicho en un raptó de entusiasmo sacro: “No veo la hora de salir con una ametralladora a matar comunistas a la Plaza Mayo, y al primero que mataré es a su amigo Yunque” (Yunque es un poeta y cuentista honestísimo y valeroso, fraterno amigo de E. Morales).

Mackay cita dos hechos más —reveladores de una intolerancia que delata raíces políticas— y relativos a la religiosidad del novecentismo escéptico y renaniano. Cuando Ossorio y Gallardo declaró, en 1929, que él era y es católico y liberal —lo cual ha quedado demostrado con su austera conducta en la guerra de España— el periódico *Criterio*, órgano católico bonaerense, afirmó: “Hoy es imposible ser católico y liberal”.⁹ Y cuando el redactor del gran diario *La Nación* de Buenos Aires, señor C. A. Leumann, publicara un artículo acerca del origen de Jesús en el que no

9 MACKAY, ob. cit., pág. 87.

mostraba mucha creencia en el dogma de la Inmaculada Concepción, elementos intolerantes solicitaron y obtuvieron su despido.

Ni siquiera algunos jóvenes pueden ocultar el lastre político, interesado y temporal que adultera y bastardea hoy a la verdadera religiosidad, que es desinteresada y alta. Vasconcelos en el segundo tomo de su autobiografía *La Tormenta* refiere lo siguiente: "En la catedral metropolitana de México, el alto clero celebró Te Deums en honor de Victoriano Huerta. Los nombres de los jóvenes portadores de palios eran los mismos de una Asociación que, organizada para defender la fe católica, debió abstenerse de complicarse con una situación como la huertista, aparte de indigna, perdida a plazo corto o largo".¹⁰ Sin embargo el propio Vasconcelos, arielista neto, ha escrito una *Breve Historia de México* (1937), en donde pone al servicio de la pasión política y del rencor, no sólo la verdad histórica, sino sus conceptos religiosos. Después de haber alentado la redención del indio, en sus días de Ministro, ahora ataca al indio porque éste sostiene a la revolución agraria, y, por ende, zahiere a Guatimozín.

Pero es más singular aún, por su contenido que pudiéramos llamar psicológico, el caso de otro arielista: Víctor Andrés Belaunde. En su libro *El Cristo de la fe y los Cristos literarios* (Ed. Lumen, Lima, 1936), distingue sólo dos Cristos: el dogmático y el estético —sin parar mientes en el ético que es el Cristo por excelencia, el fecundador y el paradigmático.¹¹

Con efecto escribe: "Cristo sigue dominando el espíritu del hombre, ya en forma de símbolo o de creación literaria".¹² "Hoy más que nunca se puede hablar del Cristo

10 VASCONCELOS, *La Tormenta*, 4ª ed., 1936, pág. 83.

11 El escritor chileno RICARDO DÁVILA SILVA, en su libro *Jesús*, llama a Cristo "el Colón de la ética", Santiago, Ed. Ercilla, 1940.

12 V. A. BELAUNDE, ob. c., pág. 11.

de la Fe o del Cristo de la Literatura. Diremos por ser más exactos, los Cristos de la Literatura".¹³ Las notas típicas de la moral de Cristo que señala más adelante se caracterizan por ser precisamente opuestas a la moral de los católicos políticos y temporales de hoy: "íntima, activa y fecunda" y "enseñada por el ejemplo", pues la autoridad de Jesús "no está basada ni en la fuerza ni en la voluntad de poder, sino en la voluntad de amar".¹⁴ Exactamente lo contrario del concepto intolerante y oligárquico de muchos novecentistas, uno de los cuales, en raptó de furia antideocrática y antihumana, exclama iracundo: "La turba es siempre la misma por mucho que se intitule dirigente. Contra ella Mussolini y Hitler han obtenido, en estos últimos tiempos, tan aplastantes éxitos diplomáticos, que ante ellos palidecen los de Cavour y Bismarck en el pasado siglo": tal dice el vicerrector de la Universidad Católica de Lima.¹⁵ Así también, posponiendo el oscuro pero enorme concurso de la masa en la creación cristiana, desde la doctrina hasta la catedral, y recalcando el aspecto estético e individualista de su religiosidad, Belaunde escribe: "Como la consagración del triunfo de una fe que es insaciable, de un amor que es infinito, de un ideal que tiende a superarse, se levantará la catedral gótica. Todas las actividades se concentrarán en ella. En oro y plata trabajarán los orfebres los vasos sagrados, de pedrería estarán revestidas las reliquias; cinceladores magníficos forjarán las cruces y los candelabros, los altares y los tabernáculos. Pacientes artistas exornarán con dibujos y colores las páginas solemnes de los misales, hornacinas y columnas y se llenarán de estatuas expresivas y vivientes".¹⁶ Más que la severa lógica del Angélico y Scotto, más que la disciplina creadora de Loyola,

13 Ibid., pág. 3.

14 Ibid., págs. 7 y 8.

15 RIVA-AGÜERO, art. "Del ejemplo de Italia", *La Prensa*, Lima, 10-V-36.

16 V. A. BELAUNDE, ob. c., págs. 98 y 99.

más que el significado humano de la masa que hasta Charles Lalo exalta en *L'Art et la vie sociale*, más que todo vale lo recamado, lo vistoso, lo episódico del adorno llamativo, fetichismo artístico sobrepujando a la expresión de una fe.

Esa actitud estetista, esa supremacía del rito, se advierte también, con noble y conmovedora elocuencia, en *El Cristo Invisible* de Ricardo Rojas (1927).

“Yo discurrí aquella noche acerca del sentimiento religioso en ambas Américas, señalando la superficialidad del culto y de la vida en el alma argentina de nuestro tiempo”.¹⁷ Y tantas son las disquisiciones estéticas que hace sobre Jesús y los ángeles, que el interlocutor imaginario de aquel diálogo le dice: “Habláis como crítico literario”.¹⁸ Con razón Mackay califica a Rojas de un “religioso literario”. “Si hay algo extraordinario y admirable para mí en la personalidad humana de Cristo —dice el maestro argentino— es el misterioso poder de la palabra”.¹⁹ Y agrega algo más significativo: “Aunque os irrite, Monseñor, yo creo que, según el Evangelio, Cristo predica la pulcritud en la presencia y en la conciencia. Déjase ungir con óleos y perfumes, asiste a banquetes y asambleas, y toda su persona se nos aparece llena de una gracia estética y de una altivez moral que no son, ciertamente, los atributos de un miserable. Por algo fascinó a tantas mujeres”.²⁰

Y más adelante, después de una disquisición sobre el rito, pronuncia estas palabras asentidoras: *En toda la América española no existe el hábito ni el gusto ni la comprensión de estos problemas. Acaso en algunos países, como el nuestro, por ejemplo, nunca hubo verdadera inquietud religiosa.— HUESPED: En nuestro país como en los otros del continente, la antigua fe ha padecido con el comercio*

17 RICARDO ROJAS, ob., c., pág. 15.

18 Ibid., pág. 144.

19 ROJAS, ob., c., pág. 194.

20 Ibid., pág. 196.

*internacional y con la educación materialista; pero, la vieja brasa arde aun bajo el rescoldo.*²¹ Y concluye en un arrebato individualista: *Mi ideal religioso no es otro que revivir al Cristo invisible en mi conciencia, por misterio espiritual, como lo hicieron de un modo heroico los antiguos místicos; tal actitud no es hostil a la forma del culto externo, que otros necesitan o prefieren.*²²

El problema reside ahí. Desde el fondo de su renunciamiento, Rojas, contemporáneo de Rodó, vislumbra al “Cristo invisible” “en mi conciencia”, “al modo heroico de los antiguos místicos” pero, al otro lado del camino, un grupo de arielistas, tardíamente creyentes y siempre litúrgicos, elevan sus preces sólo “a las formas del culto exterior que (ellos) necesitan (y) prefieren”.

Mucho aclaran estos conceptos —y es opinión cristianísima— unas frases de Gabriela Mistral: “Pero, no habrá en el catolicismo de mucha gente, amigo mío, una religión de estética, es decir, esa mentirijilla que se parece a la paganía apolínea? ¿Y no habrá en otros más numerosos aún la nueva costumbre realista, tardíamente creyentes y siempre litúrgicos, elevan sus ga, en vez de llevarla sobre el pecho como un manadero de aguas vivas?”.²³

Conviene meditar estas palabras.

21 Ibid., pág. 262.

22 ROJAS, ob., c., págs. 318 y 319.

23 GABRIELA MISTRAL, Prólogo a *La Política y el Espíritu*, por Eduardo Frei Montalva, Santiago, Ed. Ercilla, 1940, pág. 21.



JOSE DE LA RIVA AGÜERO Y OSMA

CAPITULO DUODECIMO

BALANCE Y LIQUIDACION

“Pocos son los partidarios de pasadas tiranías; pero, ser liberal en los asuntos de hace cien años, es muy compatible con todas las ventajas del servilismo actual”.

BURKE

La promoción arielista se conmovió más con las inquietudes estéticas que con el reclamo social. El clima o “temple” de esa época, arremansado e intelectualista, carecía de esas razones “que la razón ignora” y de esas pasiones que la pasión no mide. Si aplicaron su atención al fenómeno de la democracia, fruto inevitable del crecimiento demográfico, la concentración urbana y el desarrollo industrial, en realidad nunca consideraron a la democracia sino como un “saber-abstracto”, no un “saber-concreto”. De ahí la rapidez con que los corifeos neoidealistas de esa época viraron hacia las dictaduras y el militarismo, hacia el fascismo y la plutocracia sin más ni más.

La oposición entre lo pensado y lo acaecido cubre diversos campos. Rudolf Eucken, uno de los maestros de

aquel tiempo, advierte, en su crítica al positivismo, que, si bien el espíritu suele verse “condicionado” por la sociedad en que actúa, no por eso debe someterse “al Estado”, pues éste también está “condicionado” por la sociedad que le da vida: la sociedad o colectividad “condiciona”, pues, al Estado y al Espíritu. Quienes cosfundieron Estado y Sociedad, creyendo servir a ésta, se sometieron a aquél: terrible oportunismo.

Además, considerando a la Democracia como un “saber-abstracto”, olvidaron que ésta no es una forma de gobierno ni una metodología política, sino una atmósfera cabal, un modo de convivencia. Se ignoraban, además, entonces las múltiples maneras de la lucha social contemporánea; los sindicatos se reducían a agrupaciones mutualistas; rara vez ocurría una huelga; el anarquismo, a la izquierda del individualismo, representaba la más extrema de las teorías, y, dentro de ella, primaban solitarios, retóricos, estetas y apóstoles, empaados de soledad. Los casos de González Prada, Rafael Barrett, Leandro Alem, el propio Rodó, el Lugones joven, bastan para ilustrar el caso.

Desde 1905, el panorama cambió evidentemente. Se empezó a legislar sobre el derecho del trabajador, pero no juzgándolo objeto de caridad, sino de deber; se eligieron diputados “obreros”, aun cuando no fuesen tales obreros: triunfó el primer parlamentario socialista —Alfredo Palacios— en Argentina; se organizó la “extensión universitaria” para irradiar “cultura” entre los trabajadores; un falaz populismo se apareaba a la vieja oligarquía: el conocido dictado de “querida chusma” y “canalla dorada” que Arturo Alessandri aplicara a los proletarios y a los “pijes” chilenos, durante su violenta campaña de 1920, representa mucho más que una simple humorada individual. La “extensión universitaria”, odioso embeleco de aquella gente, servía para preparar elecciones parlamentarias en beneficio de los nuevos Cirineos de un multánime y humanísimo Cristo a

quien todos cubrían de befas: el pueblo. A manos de una mandarinesca casta de abogados, la ley lejos de despedir destellos, acrecía la penumbra en su derredor.

La avalancha cosmopolita llegada a la Argentina y el Uruguay permitió que estos países realizaran una evolución más acelerada, pero menos americana. Se hicieron más exóticos y menos tradicionalistas. Bajo el comando de José Batlle Ordóñez, el fundador de *El Día* de Montevideo y remozador del Partido Colorado, se laicaliza definitivamente el Estado Uruguayo, a punto de borrar del calendario la Semana Santa —bien que sutituyéndola por una Semana de Turismo—; se pretendió arrojar la imagen de Cristo de los hospitales de caridad, y, a fin de combatir la autocracia y el caudillismo, se instaura, después de 1915, el Ejecutivo Colegiado, cuya desaparición dura de 1933 hasta 1951, en que el voto popular de las provincias lo restaura, aunque modificado (para hacerle desaparecer en 1967).

No sea esto entendido como crítica unilateral y mordaz. Estoy señalando rasgos “factuales”. Por eso mismo, no podría negar que los libros adquirieron entonces una dimensión insólita, al punto que Francisco García Calderón acuña una curiosa expresión: “El Perú se salvará entre el polvo de una biblioteca”. No dijo qué biblioteca, cierto, pero era un gran paso frente a la actitud cerril de los mandones de turno.

Con libro o sin él, con caridad o con laicismo, la promoción del Novecientos destaca entre sus características el más absoluto olvido del indio, a pesar de que, literariamente, acudió a él para justificarse. Rodó había enseñado a emular a griegos y latinos, a desdeñar a escitas y beocios; mas no paró mientes, sino muy entrado en su obra —*El Mirador de Próspero*—, en el charrúa (su hermano), el quechua, el azteca, el guaraní, el maya y el aimará, nuestros penates. Si en 1910 no ocurre la Revolución Mexicana, el indio habría asistido impotente a un nuevo funeral de su enlutada

estrella. Habrá algún día que hacer la valoración cultural de los agraristas de Emiliano Zapata, y rehacer el camino para darnos cuenta de cómo el Vasconcelos de 1921 constituye una prolongación de Sarmiento hacia lo hondo, o sea que, entonces, por el hilo insustituible de lo vernacular y criollo, se unen México, la Argentina y Uruguay, las antípodas, como si dijéramos, a Indoamérica. Pero Vasconcelos pertenecía a una generación más atenta a lo actual, aunque aún estetista y europeizante. Sarmiento —vale la pena la cita—, pese a sus fobias contra el indio, contra el mestizo, contra el español; no obstante sus entusiasmos por la educación norteamericana, la civilización francesa, el estilo de vida inglés, jamás dejó de ser un criollo contradictorio e inconforme. Su alternativa entre “civilización y barbarie” era infantil y falsa. El estilo de *Facundo* resulta lo menos adecuado a la primera, y mucho, sí, mucho, a la segunda. Aunque el propio Sarmiento se encargue, en cartas postreras, de ultimarse como criollo, la tradición indohispana está en él alerta, vigilante, como sonámbula, a despecho de las prédicas cosmopolitizantes y el alarde inmigratorio de su política. Si algo más fuese preciso para reforzar este criterio nuestro nos atenderíamos al divorcio Sarmiento-Alberdi. El segundo fue, sin duda, auténtico europeísta; Sarmiento lo quiso parecer por pueril vergüenza o complejo de inferioridad de provinciano, de autodidacta, de sordo, de mesócrata y raigalmente criollo.

Resulta imposible negar que los novecentistas típicos, los que se escudaron taimadamente en palabras (no en pensamientos ni en la ética) de Rodó, adolecieron de un europeísmo *enragé*. Gonzalo Zaldumbide que ha vivido el drama en Quito y París, ha dicho de Rodó: “*Nadie en América supo más ni fue de cultura más europea, ni se sintió con más genuino derecho ciudadano del mundo. Nadie sin embargo volvió a su América mirada más cargada de amor*”

inquieto y vigilante afán".¹ Esta observación corresponde a la punta meridional del continente. En cambio, de México, Centroamérica y aun de Ecuador y parte del Perú y Bolivia, brotaba un poderoso aliento autóctono. Y es curioso que, aun en el sur, mientras el hispanista volvía las espaldas al pasado indígena y criollo, fuesen los hijos de inmigrantes avizores (Korn, Ingenieros, Bunge), los que señalaron la inevitable presencia (hasta a contrapelo, como en Bunge) de las viejas razas cobrizas.

El americanismo, que la generación de los románticos exhibiera como una presea, con gesto a veces fanfarrón, tenía que adquirir calidades más profundas. Debía servir de pauta y cauce a los movimientos nacionales, cuya complejidad y unilateralismo crecía, en un ya extemporáneo y siempre absurdo afán de balcanizamiento. Si el americanismo de 1900 hubiese contado (como en la generación siguiente) con el sólido sustento de una vieja tradición propia, no habría tenido que recurrir, de nuevo, igual que con los románticos, al Virreinato. Se admitió la autoridad del libro antes que la de los hechos. La erudición ocupó el lugar de la cultura; la patria verbal y chica, el de la patria efectiva y grande; no se advirtió en su exacta dimensión la importancia del fenómeno expansivo de los Estados Unidos, el cual, si bien halló severos críticos en los iluminados (Rubén, Chocano, Rodó), sólo pudo ser cabalmente interpretado por Enrique José Varona, en su famoso y precursor estudio *El Imperialismo a la luz de la sociología*.² Mientras el wilsonismo "descrestaba" a ciertos americanistas por radar —como García Calderón, enquistado en París desde 1907—, Varona, en su codiciado *Caribe, Palacios e Ingenieros* en sus cosmopolitas observatorios del Plata, y, claro,

1 G. ZALDUMBIDE, *Montalvo y Rodó*, 2ª ed. Nueva York, Instituto de las Españas, 1938, pág. 129.

2 La primera edición es de 1907; hubo una segunda en Habana, 1933.

los mexicanos, se daban cuenta de que, sin tomar en cuenta la agresividad norteamericana, sería imposible enjuiciar a cabalidad el fenómeno total de nuestra América.

Aunque peque de reiterativo, habré de repetir que, en el fondo de tan visible indiferencia para tan importantes problemas, hay un evidente egoísmo. Suele ocurrir que el excesivo sosiego anestesia la sensibilidad. Entre 1890 y 1910, el mundo vivió horas arcádicas, las de "la belle époque". Indoamérica se entregó sin desgarramientos a los dos colosos imperiales de ese tiempo; eso le significaba quitarse una preocupación de encima. Mientras el propietario criollo disfrutaba de su pingüe renta en Europa, voraces y dinámicos empresarios rubios consagraban su esfuerzo a la tierra, explotando al indio, al señorito terrateniente y al Estado, con la tácita anuencia de los dos últimos y sus intelectuales. Sin saberlo o a sabiendas, muchos de los últimos resultaron aliados del explotador nacional y extranjero.

Laski ha dicho que la tolerancia resulta del confort. En todo caso parece evidente que hay dos formas de tolerancia relacionadas con la comodidad: una episódica y externa, y otra esencial e interna. La tolerancia de aquellos que aceptan toda idea que no difiera mucha de las propias; los idealistas verbales que practican el utilitarismo; los defensores de la democracia en el pasado y secuaces de la autocracia en el presente; el liberalismo que deviene jacobinismo directo o inverso; ese cúmulo de ingratas contradicciones vitandas, tenía que conducir, como condujo, en el momento de fijar posiciones, a lo que Lugones —el más sincero y el más desinteresado siempre— llamó en su famoso discurso de enero de 1925, en Lima, la "hora de la espada". Las más ardientes críticas no partieron (salvo el caso de don Enrique Molina, que refutó a Lugones) de los novecentistas, sino de la generación de 1920. Por ello, en esa misma hora y, sobre todo, después, llegado el día del

ajuste de cuentas con los hechos, los liberales de palabra se convirtieron en conservadores *de facto*. ¿No fue, acaso, uno de los más destacados liberales del Perú (Riva-Agüero, liberalísimo en sus obras de 1905 a 1930) quien llamó “oclocracia” al renacido “instinto democrático” de su pueblo; reivindicó un título nobiliario del siglo XVIII pagando pingüe suma; elogió francamente a Mussolini, Hitler y a la Falange española, y había cedido, sustitutoriamente, a una Universidad extranjera, la de Lovaina, todos sus cuantiosos bienes, si su legataria primordial, la Universidad Católica del Perú, mudaba de fisonomía o estructura?

Planteadó el problema de la libertad y la tolerancia, era inevitable que hasta en la vida ética se diera excesiva importancia a los intereses personales. Y no se trata de que sea condenable defender los valores individuales, en que se funda uno de los más importantes sistemas pedagógicos contemporáneos, el de Eucken; sino que hay modos y modos de considerar el asunto. De toda suerte, el vigorizamiento de la *personalidad* dista mucho de proclamar la sumisión de la sociedad al individuo. Aunque el culto a los hombres cimeros (enseñanzas de Stirner, Emerson, Carlyle, Nietzsche, Guyau) fuera característico de la gente de 1900, y Rodó le rindió pleitesía en su obsesionante preocupación por la vocación individual, no incurrió éste, el maestro, en el error de sus secuaces. De ahí que, rodoístas mediatos, pero de todos modos admiradores del insigne uruguayo, los jóvenes de Venezuela, al terminar la tiranía de Juan Vicente Gómez (diciembre de 1935), lucieran “un curioso deseo de sacrificio por el sacrificio en sí”, y que el Código de la Juventud Aprista, enero de 1934, comenzara con una severa advertencia: “Joven: prepárate para la acción, no para el placer”.³ ¡Difícil tener posición más diametralmente a la

3 Código de la Federación Aprista Juvenil, Lima, 1934, trad. al inglés en HARRY KANTOR, *The Aprista Ideological Movement*, Berkeley University of California Press, 1952.

típicamente arielista o novecentista! La vocación colectiva, tal vez síntesis de la individual, se hallaba en auge.

La exageración de los problemas individuales condujo a la generación de 1900 a dolorosas amputaciones. Cuando Vasconcelos aborda su *Breve historia de México*, después de su fracaso electoral de 1928, querrá ver hasta en Cuac-témoc un partidario de Plutarco Elías Calles, su vencedor, y hablará del "callismo" como ingrediente del aprismo, como encarnación de todo lo malo y, por tanto (¡claro!) adverso a sus propios puntos de vista y a los de la Falange Española. Ventura García Calderón, al tratar de contradecir mis primeras publicaciones sobre el tema de este libro, titulará jactanciosamente su vehemente alegato: *Nosotros* (París Brouwer Desclée et Cie, 1942). Años después será él la única persona con cargo diplomático que felicite por cable a un tiranuelo militar por haber ahogado en sangre la espontánea y popular sublevación de Arequipa (junio de 1950): ¡idealismo de a tanto y cuánto! Hasta el insigne José Ingenieros, tan generoso y progresista, caerá en terco racismo, y Alcides Arguedas le seguirá en ello, urdiendo un arrogante esquema sociológico para diluir en él los excesos personales de su ufanía intelectual y su desdén por el *demos*.⁴ A menudo los estetistas se deleitarán, a despecho de la época tensa y dramática en que viven, citando a Pascal y a Mallarmé, y trazando eruditos esguinces en torno a la sombra del Corregidor Urdemalas, autor de un importante código para bruñir espejos con azogue vegetal, en la provincia de Calcauso, situada hacia el grado 96 de latitud, meridiano de la insignificancia, en un período histórico que comienza en la No-nada.

Por haber supeditado lo colectivo a lo personal, lo ético a lo estético, lo perenne a lo transitorio, fracasó en forma

⁴ ALCIDES ARGUEDAS, *La danza de las sombras*, Barcelona, Tasso, 1934, tomos I y II.

lamentable nuestro sistema pedagógico. Con la excepción de Vaz Ferreira, casi todos los demás renovadores docentes de nuestro fin de siglo XIX y comienzos del XX, cabalgaban a lomo de mar hacia Europa para calcar algo vistoso aunque fuese inadaptable. Cada vez que en Perú hablamos de reforma escolar, se enviaban a Francia, Alemania y Suiza a gentes que volvían decididos a reemplazar la flor de la coca con los grises *edelweiss* de los Alpes, el ayllu indio con la República Helvética, y al cholo peruano con un pequeño burgués galo. *La Educación* de Bunge demuestra que en Argentina ocurría lo mismo. Hasta Sarmiento había crecido amamantado de prejuicios europeizantes. Los comtianos (Letellier, Lagarrigue) pretendieron convertir al mestizo Chile en república positivista, muy dada al culto de la Humanidad, la Razón, la Experiencia y el Progreso. Nuestros textos escolares se traducían del francés, inclusive el de historia, con lo que nuestros escolares aprendieron que el general Córdoba dijo en la batalla de Ayacucho. "No haya vencedores" (*Pas de vainqueurs*), en lugar de "Paso de vencedores" (*pas de vainqueurs*, también). Un sistema instructivo, dependiente de intereses políticos y económicos, envenenó el alma infantil. Por ejemplo, los escolares de Perú y Chile crecieron entre 1884 y 1929 (y aun después) en medio de un nacionalismo vocinglero y belicista. Así lo observa J. A. Encinas en su interesante *Un ensayo de escuela nueva en el Perú* (1933). Cuando se hicieron las paces entre ambas repúblicas se recurrió, taumatúrgicamente, al antídoto de borrar de la enseñanza toda alusión al diferendo, para regresar a la pedagogía de provocación internacional, no bien fue necesario cohonestar la debilidad interna de los regímenes de turno con la crisis de un problema exterior. Entre Paraguay y Argentina ocurrió lo mismo, y entre Perú y Ecuador, y Bolivia, Perú y Chile, etc. Los hombres de 1900 se prestaron a los consiguientes virajes en nombre de los mismos ideales, es decir,

que un mismo principio servía para el pro y el contra, con lo cual se fue sembrando escepticismo e impaciencia en el alma juvenil, en la nuestra.

La educación, además, fue enfocada desde arriba, o sea, desde la Universidad. Andrés Bello lo enunció, en 1843, al fundar la Universidad de Chile (época positivista), y Justo Sierra, al establecer la de México, en 1910 (época de inicio neoidealista). La tesis era muy simple: si la nación debiera ser renovada por los maestros de escuela, ¿quién formará a los maestros de escuela? La respuesta tenía una sequedad tajante: la Universidad. Rodó, que veía muy lejos, descubrió en Bello un predominio de la parte formal sobre la esencial. Como fuese, la Universidad —Deustua, un contemporáneo de Rodó lo aseveraría muchas veces— debía formar a la *élite*, a la minoría pensante y gobernante. Los maestros primarios podían ser . . . hasta agentes electorales, y viceversa. Cuando se fundó la Escuela Normal del Perú, con el belga Isidore Poiry, el presidente de la República no trepidó en designar profesor de sociología e historia a un entomólogo europeo. Cuando uno lee la copiosa autobiografía de Vasconcelos así como la polémica Lombardo-Caso, se da cuenta de que no sólo en el Sur se cocían habas. Por haber sido tan teórica y oligárquica la docencia universitaria —y a menudo el alumnado— casi todas las insurgencias jóvenes entre 1910 y 1920, usaron el calificativo “universitario” como sinónimo de hinchado, filisteo, beocio o simplemente hueco y sonoro.

En un continente poblado por un 75 por ciento de indios y mestizos, la instrucción seguía patrones franceses, italianos, suizos, alemanes, ingleses y, al fin, norteamericanos. De nada valía el factor económico ni agrario. Cuando los mexicanos lanzaron, con Zapata, el lema “Tierra y escuelas”, y, con Moisés Sáenz, “Tierras antes que escuelas”, hubo sorpresa y, luego, malestar entre los directores mentales de nuestra América. La Reforma Universitaria de 1918

fue, así, algo inaudito, casi inesperado para los unos; indispensable y fatal para los otros. Mientras el magisterio oficial aumentaba su crustaceidad, la juventud perdía tejido adiposo y adquiriría pensarosa magrez para encarar el mundo de la primera trasguerra. Las reivindicaciones de Córdoba en 1918, del Congreso de Cuzco en 1920, del Internacional de México en 1921, de la Internacional del Magisterio en Buenos Aires, 1928, representan una auténtica revolución espiritual y política.⁵ Se rompía el feudalismo docente; se abrían las puertas a una amplia renovación cultural y, por ende, social. Es importante recordar que muchos de los prohombres de 1900, que a la sazón (1918) oscilaban entre los 30 y 40 años, ocuparon cátedras en virtud de la Reforma, al a que se opusieron tenazmente después cuando no tenían mercedes que recibir de ella.

Desde luego, el libre examen reformista (suerte de heterodoxia o luteranismo docente) trataba de abolir el viejo *magister dixit* y todo absolutismo racionalista. Había que pedir más a la comprobación factual y a la inteligencia libre, que a la memoria y al proselitismo dogmático. Nos levantamos contra la rutina textual de los unos y la mistificación idealista de los otros.

No creo que la conjunción de ambos "estilos" fuese producto de la conjura de determinado grupo. En una carta de Guillermo de Torre a Antonio Sánchez Barbudo, redactor de "Hora de España", reclamaba aquél que su generación fue más esteta que politizada.⁶ En cambio, Alfonso Reyes señala que los intelectuales mexicanos de 1910 sembraron sensibilidad social.⁷ Dato imprescindible, por venir

5 Hemos narrado este fenómeno en nuestro reciente libro *Haya de la Torre y el Apra*, Editorial del Pacífico (Ahumada, 57), Santiago de Chile, 1955. Véanse desde luego los libros de GABRIEL DEL MAZO: *La Reforma Universitaria*, 3 vols., La Plata, 1941, *Reforma Universitaria y Cultura Nacional*, Buenos Aires, 1955, y otros.

6 En *Sur*, Buenos Aires, Nº 37, noviembre, 1937.

7 Véase el cap. X de este libro.

de quien viene. Hay más: Ventura García Calderón, paradigma de la comodidad neutralista y del servicialismo a todo gendarme fuerte, comentando una encuesta de "Le Matin" de París sobre los mercados de esclavos, escribe: "*Estamos persuadidos de que hace diez años, hace quince años, jamás un gran diario de París como "Le Matin" hubiera anunciado con todas las trompetas de la fama y un cartel en cada esquina tan peligrosa encuesta. Seguramente en esa remota época, el jefe de redacción hubiera tornado al escritor que tal asunto propusiera, ojos de asombro y de lástima exclamando: ¡Divaga usted, amigo mío! ¡Cosas de negros en un país imposible! ¡Limítese a contarnos la más excelente humorada de Tristán Bernard!*".⁸ Esto se escribía en 1935. Evidentemente en Europa las cosas eran muy diversas a las de América, porque en 1920, quince años antes, ningún joven de nuestra promoción habría formulado tan superficial y estúpido comentario.

Se explica así que, en determinado instante, los profesores de la promoción siguiente a Rodó —"mis discípulos son los que me niegan" (Nietzsche)— adularan a los jóvenes reformistas de 1918; después —en Perú— tratasen de utilizar su generosidad para oscuros fines políticos, mediante un receso de 1921, y, por último, a partir de 1924, tildaran de "bolchevique" a todo reformista, y lanzaran su recia artillería contra Haya de la Torre, ya en el exilio, crucificado por sus protegidos de las aulas. Sin embargo, en 1920, la nueva generación había ofrecido su apoyo a Francisco García Calderón, en pugna con la dictadura de Leguía; y en 1923, aclamaban a Vasconcelos como "maestro de la juventud", igual en Colombia que en Perú y en otras partes.

Nosotros despertamos a la vida espiritual leyendo a los autores de 1900. Su expertitud verbal nos adormeció

⁸ V. GARCÍA CALDERÓN, *Aguja de marear*, París, 1936, págs. 98-99, art. "La rosa y las gallinas".

como avezado fakir a ingenua sierpecilla. Fuimos sujetos de catequesis, no de investigación; fuimos, si recordamos a Kipling, Mowlis de una selva en la que Bagheera no era audaz, ni Kaa generosa.

Por lo mismo que predominó la catequesis sobre la investigación, el verbo sobre la sabiduría, cuando crecieron los años y sus consiguientes temores, nada resultó tan fácil como saltar de la tolerancia (fruto de escepticismo, no de aptitud de espíritu) al dogmatismo, y aferrarse a una religiosidad ritualista, con mira a obtener perdón, si necesario, y salvación, si posible. Muchos fueron los Torquemadas y aun Loyolas de ese tiempo; pocos, los Francisco de Sales y de Asís. Puestos a "teologizar", ¿por qué no confundirse con la furia político eclesiástica de León Daudet y Charles Maurras, dispuestos a calentarse junto a las hirvientes marmitas de la *Action Française*, pero sin dejarse dorar por su relente? Surgió una religiosidad (una catolicidad) decorativa y de hora undécima. Una religiosidad ornamental (estética, modernista) y política (utilitaria y pragmática). Un catolicismo exento de savia cristiana; suerte de mahometismo bajo la Cruz, cuyo grito, como el del Profeta, se concretaba en un "Conmigo o contra mí". Invocaban a un Cristo sin caridad, a un Cristo-Rey, que no es precisamente el que ganó para su doctrina a tanta parte del mundo, vestido de humildad y rebosante de amor. De allí una política sañuda, intransigente, sorda a todo clamor de la masa civil o clerical. Una política sin perdón. Una política totalitaria que desembocó, irremisiblemente, en simpatías a la Falange Española, al Nacismo alemán, al Fascismo italiano, al reaccionarismo ubicuo e intolerante cuya sede es tan vasta como el mundo.

La iniciación escéptica (Renán) de los novecentistas se había convertido en feroz dogmatismo. Rodó que fuera muy cristiano, aunque tal vez no tan católico, quedó al margen: fue un nombre invocado, pero sin su verdadero contenido. Uruguay, la patria del maestro, fue consecuente

en su laicismo; mas no debemos incurrir en el error de confundir el laicismo uruguayo ni el catolicismo auténtico con la actitud teatral, intemperante y pasional de quienes, al comienzo tolerantes, se cerraron después a toda voz que no fuera eco de su propio monólogo.

Generación amanecida en medio de una balsámica placidez —¿la envidiaremos acaso?—, le tocó actuar, al mediodía, bajo una luz indecisa, y enfrentarse a la amargura en su anochecer. Carecían de brújula para tan negros y encrespados mares. En vez de atarse al mástil para salvarse de las sirenas, se arrojaron a ellas, resueltos a subsistir o, si acaso, perecer con el recuerdo de un placer satisfecho.

No todos se dejaron seducir: cuando se nombra a un Korn, un Frugoni, un Vaz Ferreira, un Ingenieros, un Rojas, inclusive un Vasconcelos, un Caso, un Ghiraldo, un González Martínez, un Gallegos, un Henríquez Ureña, un Palacios, uno se siente reconfortado. Pero, siendo tan numerosas las excepciones, no representan la tónica de su época, sino la de la siguiente: A Vasconcelos pertenece la frase “Y no nos imitéis”; a Ingenieros el pensamiento según el cual la generación adulta debía aprender de la que se levantaba.

Muy a menudo, la gente del Novecientos, tocada de tardío nacionalismo, exageró tanto la nota que pareció chovinista y, desde luego, totalmente militarista. Buena parte, casi toda la “intelligentzia” de aquel tiempo aceptó la coyunda puesta por gente como los generales Rafael Reyes, Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, Leonidas Plaza, Porfirio Díaz, Victoriano Huerta, Venustiano Carranza, Andrés A. Cáceres, Oscar R. Benavides, Luis M. Sánchez Cerro, Rafael Trujillo, Jorge Ubico, Tiburcio Carías, Gerardo Machado, José E. Uruburu, y de “licenciados” como Manuel Estrada Cabrera y meros civiles como Augusto Leguía, Laureano Gómez, etc. Esta sumisión ante la fuerza —cuyo

vocero típico fuera Lugones— facilitó la política de velar con el arma al brazo, no tanto los excesos del vecino cuanto los justos reclamos de la propia casa, pero a pretexto de mantener la integridad nacional. Los doctores se hicieron voluntarios reclutas. No, no son los soldados los más responsables de los satrapazgos, sino los civiles que pusieron su inteligencia, su entusiasmo y su saber al incondicional servicio de la fuerza.

Para amenizar tan lamentable abdicación de sus propios derechos, fue frecuente la consagración de los intelectuales a temas asépticos. La Universidad, hasta 1918, distanciada de la realidad verdadera (y arrancada de su cauce ahora, en muchas partes, lo que hace indispensable una nueva Reforma), debió ser el muro de los lamentos de las vocaciones inaplicables. Casi todo escritor de entonces se graduó en alguna facultad universitaria. Igual los claudicantes que los indomeñables: todos. Repetiré, por eso, que uno de los signos de la reacción fue, primero, identificar el vocablo “universitario” con el de “beocio”, y, después, abrazar fervorosamente la causa de la Reforma Universitaria como único modo de rectificar radicalmente a la institución y a sus frutos.

Curioso es que dos mexicanos representativos, pertenecientes a la promoción siguiente a la de Rodó, pero aleccionados por el inolvidable y cruento espectáculo de la Revolución, se pronuncien con igual desagrado acerca de Gide y de Proust: me refiero a Vasconcelos (*Ulises criollo*) y a Mariano Azuela (*Cien años de novela*). Pero la mayoría de nuestros Modernistas y sus seguidores del Novecientos, rindió culto a la forma, y, por tanto, estuvo más cerca del retoricismo que del romanticismo. Salvo en Rubén y, a ratos, en la ingenua amargura de Nervo, los demás saborean su emoción, sopesan sus emociones, calibran sus giros, calculan su frenesí. Cuando surge Gabriela Mistral, en un Chile apoético, trae su amor tan a flor de

mano, y lo cuenta tan a flor de piel, que promueve una revolución en sí, la cual no se continúa ni perfila porque cuando las revoluciones lo son de veras carecen de formulario preciso y no caben en casilleros burocráticos. El Virreinato fue la gran admiración de los novecentistas. Hasta hombres tan tocados de modernismo —de vanguardismo diremos para deslindar mejor— Genaro Estrada se entregan a la evocación, a que serán fieles Arturo Capdevila, Abel Alarcón, José Santos Chocano, Clemente Palma, Gonzalo Zaldumbide, Ventura García Calderón, Emilio Rodríguez Mendoza, Enrique Larreta, Carlos Noel.

Quienes se encarguen de representar aquel modo neocolonialesco, manifestarán su actitud no ya por la sumisa adhesión a la Metrópoli, como antes, sino a toda corriente foránea, sobre todo si nacía de Francia. Además incorporaron tendencias germanas, ignoradas en nuestro medio. Y agregaron autores escandinavos, sajones y hasta rusos. Fue una paradójica manera de descubrir el propio secreto a través de los ajenos. El cosmopolitismo resultó en beneficio del nacionalismo, bien que afrancesante e hispanista. Se abrieron las puertas de la cultura universal, a trueque de cerrarse las de la conducta nacional, individual y de clase. A través de ajustadas traducciones españolas —y a menudo en idioma propio— circulan por nuestros ambientes cultos Renán, Guyau, Renouvier, Boutroux, Bergson, Nietzsche, Schopenhauer, Emerson, Spencer, Bourget, Verlaine, Baudelaire, Samain, Kipling, Tolstoy, Ibsen, Bjornson, Kropotkin, Lorrain, Huysmans, Hoffman, Croce, D'Annunzio. Empero, tardaron muchísimo en penetrar las lecturas de Marx, Lenin, Engels, Rolland, Papini, Chesterton, Shaw, Wells, Rimbaud, Proust, Wilde, Whitman, Dreiser, Sinclair, Tagore, Mann, Rilke, George, Kierkegaard, Unamuno, Hauptmann, Gorki. No debe extrañar nada de lo dicho. Cada generación toma los modelos que le son gratos. El hombre trata siempre de verse reflejado en sus lecturas.

Narcisos permanentes, nos buscamos a nosotros mismos hasta cuanto más parece que tratamos de buscar a los demás. La generación del 900 no constituye una excepción a regla tan dolorosamente humana.

Al promediar este siglo, iniciado briosa y levantadamente con el *Ariel* de Rodó, tendremos la mirada en torno en busca de asidero para tanta angustia como la que nos estremece y paraliza. Nos sentimos, según ha ocurrido con numerosas generaciones, desatados de nuestros predecesores. Eslabón suelto de cadena, en cuya solidez debemos creer aunque no comprobemos su efectividad en nuestro caso. Lo más notorio para nuestra vista habituada ya al contraste violento de tinieblas y fulgores es la manera tan diferente como nosotros concebimos la integridad del hombre: una conducta y un verbo concordes; no una conducta y un verbo desacordes. Crecidos bajo exigencias de acción, en tiempos de austeridad forzosa, se nos hace difícil entender otra actitud. Educados para la libertad, perdonamos mucho, pero jamás los atentados contra la esencia misma de la dignidad humana; y, crecidos en el acatamiento a cierto teórico predominio del factor económico, no podemos admitir el idealismo abstracto sin soportes materiales.

Empeñados en una cruzada, nos suena a felonía predicar con la palabra lo que no se practica con el ejemplo. De allí, aun cuando en ningún momento dejemos de agradecer y respetar a quienes abrieron el camino del conocimiento pleno de América, al enfocar a nuestros maestros, por acertado que haya sido el examen, lo hacemos sin alegría. No se busque, pues, jactancia ni odiosidad en lo que pretende ser un enojoso cumplimiento del deber. Llego, así, a la última página con el oscuro temor de haber efectuado una tarea contraproducente o quizás inútil. De todos modos, si de conciliar se trata, como no caben conciliaciones ni reconciliaciones duraderas sin un auténtico examen de conciencia, me atrevo a imaginar que todo cuanto de

acre o desabrido queda escrito, pueda servir acaso para despejar el camino de malentendidos, facilitar futuras colaboraciones y crear un clima de solidaridad esencial en cuya eficacia creadora deposito mi esperanza.

Santiago de Chile, 1941.

Revisado en 1954 y en Lima, 1968.

INDICE

	<i>Pág.</i>
<i>Prólogo a la segunda edición (1955)</i>	9
<i>Prólogo a la tercera edición</i>	13
<i>Prefacio: El drama de la orientación</i>	15
CAPITULO PRIMERO	
Antesala del modernismo	29
CAPITULO SEGUNDO	
El modernismo, hecho social	41
CAPITULO TERCERO	
“Meleficó toda acritud del arte...”	51
CAPITULO CUARTO	
“A falta de laureles...”	73
CAPITULO QUINTO	
Rodó, el guía	85

CAPITULO SEXTO	
Ariel y compañía	105
CAPITULO SEPTIMO	
Los calibanes	131
CAPITULO OCTAVO	
El "Anti-Proteo"	155
CAPITULO NOVENO	
Estética del novecientos	177
CAPITULO DECIMO	
Estética del arielismo (II)	195
CAPITULO UNDECIMO	
Religiosos, conversos y calculadores	205
CAPITULO DUODECIMO	
Balance y liquidación	221

Esta obra se terminó de imprimir el 30
de Noviembre de 1968 en los Talleres
Gráficos P. L. Villanueva S. A., Reg.
Ind. 9796. — Jirón Yauli 1440 - 50,
Chacra Ríos, Lima, Perú.

D421

S3

Sánchez, Luis A.

1968

Balance y liquidación del
novecientos.

